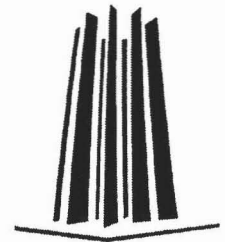


**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
CAMPUS ARAGÓN**



BAJO PROFUNDO. CRÓNICAS DESDE EL METRO

**TESIS QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO**

PRESENTA

**RAYMUNDO ZAMARRIPA FLORES
9424275-1**

**LIC. JOEL PAREDES GONZÁLEZ
ASESOR DE TESIS**

MÉXICO, 2005

m335570

A quienes me dieron todo para ser quien soy, por medio del don más grande: la vida
A quien conmigo recibió el mismo regalo para compartirlo
A quienes me conocen y, aún así, me quieren
A quienes llegaron y nunca se irán
A quienes llegaron y, por fortuna, se fueron
A quienes supieron guiarme
A quienes hicieron posibles mis proyectos
A quienes intentaron truncarlos
A quienes me hicieron reír
A quienes me hicieron llorar
A quienes haya olvidado

R.

BAJO PROFUNDO. CRÓNICAS DESDE EL METRO

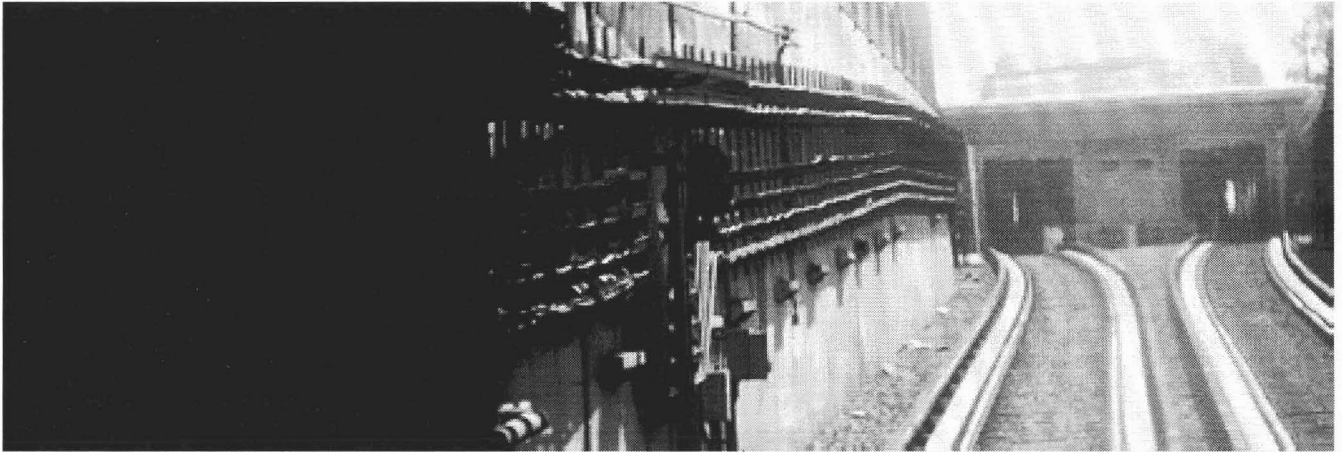


Raymundo Zamarripa Flores



ÍNDICE

Introducción	5
1. Una voz en la ciudad	12
1.1. Espacio para la vida	13
1.2. Orden y caos	18
1.3. Cuna de las voces	20
1.4. Diálogo de identidades	22
Notas del capítulo 1	25
Correspondencia	28
2. El Metro	30
2.1. Bajo la piel de la ciudad	31
2.2. Espacio y tiempo	34
2.3. La otra ciudad: el inframundo	38
2.4. Tránsito de soledades	44
Notas del capítulo 2	47
3. Crónica	53
3.1. Cacería de instantes	59
3.2. Vivir para contar historias	65
3.3. Vida y crónica	69
3.4. La frontera de lo real	73
3.5. Narrar y crear	76
Notas del capítulo 3	78
Apuntes finales	84
Anexo. Crónicas del <i>putivagón</i>	88
Notas del anexo	93
Bibliografía	94



Introducción

Hace más de treinta años el vientre de la ciudad se abrió para dar cabida a las primeras tres líneas del Metro; con esta operación dio inicio una historia que atraviesa, circunda y corona la que se escribe y se vive en la Ciudad de México.¹ La intrincada red de vías que comunica una diversidad de puntos en la geografía del valle de México es algo más que un Sistema de Transporte Colectivo: el Metro ha devenido en un tópicus de la cotidianidad mexicana (*chilanga, defeña*); en escenario de incontables dramas individuales y colectivos. Sus espacios son puntos de encuentro y desencuentro; mercado sobre ruedas; escaparate; campo de batalla, zona de riesgo y tumba; refugio de los desamparados; circo de mil pistas; catálogo humano; baño sauna (masaje incluido); cruceo sin semáforos al que acuden ex convictos que a diario han obtenido su libertad; comediantes improvisados; interminables delegaciones de una orquesta de acordeonistas y cantantes *karaokes*; habilidosos discapacitados; *milusos* analfabetas que buscan la buena voluntad de los usuarios y una moneda, por muy pequeña que sea, *que no afecte su economía*.²

Esclavo de la distancia, la velocidad y la indiferencia, el cuerpo se traslada encerrado entre las paredes del Metro, pero la mente lo abandona o se hunde en él y pierde, con esto, gran parte de la experiencia que surge a bordo en cada segundo, en cada tramo recorrido.



Decenas de gusanos de acero arrastran sus pesados cuerpos en la red compuesta por oscuros túneles y tramos superficiales y elevados, dejando y recogiendo a su paso millones de células urbanas que luchan por mantener vivo el espíritu de un cuerpo con graves síntomas de decadencia. Las células, anónimos rostros humanos, van y vienen; se desparraman y chocan; corren (quisieran volar), pero irremediamente se mantienen atadas a los treinta centímetros cuadrados que les corresponden mientras dura su recorrido por las entrañas ocultas o expuestas de la ciudad.

El Metro está ahí, aquí; y nosotros en él vamos, venimos, nos perdemos; nos encontramos inmersos en los murmullos cotidianos; nos diluimos y sin darnos cuenta, absortos, mudos, sordos, ciegos, dejamos que nos trague sin que nuestros sentidos lo perciban en toda su grandeza y complejidad. Lo reducimos a un hecho social, al satisfactor de una de las necesidades apremiantes en este vasto y retorcido universo urbano: el transporte.

Más que un simple medio de transporte, el Metro se ha convertido en borrador de nuestros sueños y espejo de nuestra miseria; diario en cuyas páginas se plasma el devenir de una sociedad; monumento al proyecto de una nación que no ha podido sacar los pies del pantano. Este ser omnipresente que todos los días transmuta su identidad y apariencia, encuentra a aquellos pocos que intentan retratar sus millares de rostros y cambios de ánimo; a quienes intentan asir, preservar y mostrar, a los ojos de quien quiera ver, la vida que contiene en su interior, los indicios, los colores, las texturas y las formas; las entradas a túneles que nos transportan en la distancia y hacia la profundidad de lo físico y lo psíquico; las historias guardadas

en sus paredes que de continuo se nos escapan y se pierden como una red pletórica de silencios, de suspiros y de recuerdos flotando en una urbe azotada por la indiferencia.

Si bien el viaje que emprenderemos con esta lectura podría iniciarse en cualquier punto del mapa temático propuesto, dado que, como



en la red del Metro, cada estación puede ser acceso a un recorrido único y distinto, así también cada capítulo podría ser el punto de partida para quien decidiera aventurarse por estas páginas sin que la ruptura del orden mermara en la aproximación al objetivo final de sus contenidos. Sin embargo, al tomar en cuenta la intención del presente trabajo, se ha diseñado un itinerario que permite al lector encontrar un sentido lógico en lo expuesto y seguir un camino que, aunque esté flanqueado por voces e imágenes diversas, lo lleve hasta donde las palabras aquí impresas intentan conducirlo y pueda darse cuenta que cada uno de los elementos que constituyen esta obra tiene una razón de ser y ocupa el lugar que le corresponde.

Lo primero es plantear el escenario que da cabida al Metro y a las historias que se desarrollan dentro de él, para dar origen a las crónicas que aquí se exponen y no sólo eso, sino también establecer el sustento físico, y por fuerza psíquico, en el que se cimienta este trabajo. Es la ciudad de México el espacio donde se conjugaron vida, tiempo, forma, frecuencia, orden y caos para que en un momento de inspiración o por obra de la rutina que penetra la mente sin descanso, se identificara un fenómeno o un problema que, por cotidiano, pudiera escapar a la reflexión. Sobre todo, se ubica al lector en el lugar donde se fecundó y germinó la necesidad de manifestar el interés por dicho fenómeno, las historias sin contar del Metro, a través del atisbo de una vocación.

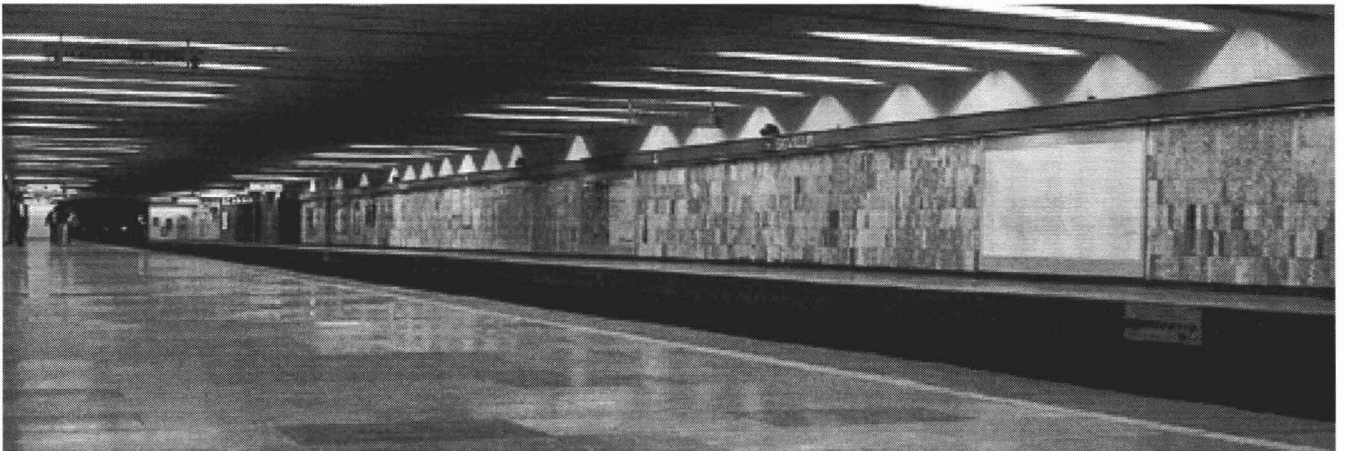
En el primer capítulo se manifiesta la importancia que tiene el entorno en la formación de la personalidad, así como su influencia directa en la toma de decisiones de índole íntima y profesional de los individuos. Se proyectan, además del escenario, algunos momentos que poseen, por su relación o por su significado, gran relevancia para

el desarrollo de este texto. En esta unidad, el lector se ubicará en un espacio y comenzará a identificar las voces, el ritmo, las historias y el terreno que pisa y en el que se adentrará, o a cuyas profundidades descenderá, conforme avance en la lectura.

Para hacer una conexión o transición entre dos niveles o, en este caso, dos líneas distintas de ideas, se establece una Correspondencia que, repito, podría conectar hacia cualquiera de las líneas trazadas en el mapa, pero que, al situarse entre el primero y segundo capítulos, funge como un peldaño de descenso en nuestro viaje al *bajo profundo*.

En el capítulo segundo continuamos con el plan de viaje y como si se tratara de un sueño, repentinamente el sentido común nos ubica dentro de un sitio que poco a poco reconocemos. El recorrido es a través de túneles, dentro de vagones, en medio de multitudes agolpadas en espacios reducidos o de manera solitaria en frías cajas metálicas donde parece no pegar la luz del sol.

En este apartado se devela la naturaleza del Metro más como un generador de significados que como un medio de transporte



urbano; un sistema, un ente, un paisaje propiciador de la vida y del reflejo de sí misma. Un laberinto en el que la mente puede perderse y el espíritu encontrarse. Este capítulo pretende dejar anclado en el lector el carácter que posee el Metro como materia prima que impulsa el desarrollo de distintas disciplinas o procesos creativos y creadores.

En el capítulo dos se presenta una serie de crónicas en un tono oscuro que bosquejan un inframundo agobiante, desolador, adverso. Una travesía por escenas o infiernos individuales y colectivos que externan algunos de los temores que afligen a quienes penan por esta edificación. En esta parte del texto quedan manifiestos los signos que caracterizan un paseo por las entrañas de la ciudad. Ya no es sólo el campo donde florecen las historias, sino la acción misma la que da paso a la creación de la crónica por medio de la palabra, conectando ésta con el ojo —testigo de las imágenes que bombardean la mente— y cuya fuerza creadora se dispara lejos de la indefensión del cuerpo que es, al mismo tiempo, vehículo y protagonista; es medio y es fin.



Al llegar a este capítulo hemos dejado atrás el paisaje urbano de la superficie donde la vida ocurre; descendemos a un mundo inferior (e interior) en el que en medio de rumores y silencios obligados, la palabra toma forma y busca una salida hacia el exterior.

Situado en esta fase del viaje, el lector se encuentra a sí mismo cada vez más hondo, en el interior de la tierra misma y de la mente y, conforme descubre las esencias que dieron origen a esta aventura arrancada de la cotidianidad urbana, percibe el vuelo de las palabras que, al elevarse, liberan la luz encerrada dentro del espíritu creador.

Una vez que esta parte del recorrido llega a su etapa final, el lector comienza a observar y estudiar su realidad con nuevos ojos. El paisaje humano que transmuta en el interior de las cavernas del Metro, las voces que se repiten en los túneles y las que han quedado impregnadas en sus paredes se redimensionan. Los sentidos se vuelven más sensibles; la luz proyecta sombras y perfila los cuerpos y los objetos de maneras nuevas e insospechadas. Presa de la soledad y de una nueva perspectiva de su entorno, el lector comienza a escuchar los susurros que habían quedado hasta ahora



en un segundo plano. Hace caso a las miradas que, desde lejos, lo observaban con atención.

En el capítulo final, el lector puede darse cuenta que en la ciudad —escenario cuya vida se remonta varios siglos atrás— y bajo los cimientos de ésta, hay espacios, lugares donde también palpita la vida. Que en la suma de sonidos, texturas, formas y colores, en el transcurrir de las identidades que se confunden, y en la capacidad para encontrar y tejer los hilos que entrelazan estos y otros elementos de un ámbito tan específico como el Metro, yacen una voluntad y una pasión: el amor por las palabras, el afán de contar historias, el oficio de cronista. El capítulo tres intenta fragmentar la naturaleza de la crónica al manifestar sus aspectos literarios y periodísticos. En vez de abordar el asunto de manera monográfica, se acerca a éste a través de diferentes versiones de un mismo hecho y de crónicas distintas cuyos estilos van de lo informativo a lo literario y ejemplifican la

riqueza simbólica y de forma que este género periodístico puede alcanzar en función de la intención o la versatilidad de la pluma de su autor.

Llegado a este punto del camino, y sin olvidar el recorrido por el que fue llevado, el lector comprende que las voces que le han estado susurrando historias al oído o que, indiferentes a su presencia, se elevan e interactúan por encima del bullicio de la ciudad y de sus entrañas, no son sino la intención de quien halla en el contar historias una razón para vivir y para crear; para reconstruir y revisitar los instantes que no desea condenar al olvido y, en cambio, los atesora para después ofrecerlos en un gesto pródigo a quien esté dispuesto a aventurarse en este y otros viajes.



Notas de la introducción

1 La ciudad de los palacios tuvo que reconocer su carácter urbano y proletario y dejar que la clase trabajadora la hiriera y marcara de por vida tatuándola con un signo indeleble:

El Metro: la frustración de los escaparates del buen gusto de antes; el Metro: la intuición salvaje de lo posmoderno; el Metro: el reino de la estética de la indiferencia.

Monsiváis, Carlos, *Los rituales del caos*, Era, México, 2001, pág. 173

2 El Metro es la ciudad, y en el Metro se escenifica el sentido de la ciudad con su menú de rasgos característicos: humor callado o estruendoso, fastidio docilizado, monólogos corales, silencio que es afán de comunicarse telepáticamente con uno mismo, tolerancia un tanto a fuerzas, contigüidad extrema que amortigua los pensamientos libidinosos, energía que cada quien necesita para retenerse ante la marejada, destreza para adelgazar súbitamente y recuperar luego el peso y la forma habituales.

Monsiváis, Carlos, *Op. cit.*, pág. 111

3 La ciudad de los palacios tuvo que reconocer su carácter urbano y proletario y dejar que la clase trabajadora la hiriera y marcara de por vida tatuándola con un signo indeleble:

TESIS CON FALLA DE ORIGEN



1. Una voz en la ciudad

Quizá sea la última vez que he de mirarla con estos ojos; la última gran excusa para asirme a ella y no huir de inmediato como miles lo han hecho: para renegarla, redescubrirla o mandarla al olvido. Tal vez desde que estas palabras comenzaron a madurar en mi interior sabía que cuando terminaran de caer no habría más razón para seguir aquí comprendiéndola, justificándola. Acaso sea ella misma quien me aleja, advirtiéndome de no volver la vista, de partir sin ocupar un día más en cuestionarme si allá, lejos, estaré mejor, si estaré bien, si logrará mi vida seguir. Puede ser que aquí no queden más interrogantes o no haya una respuesta satisfactoria para las cuestiones que me formulo.

La última de mis raíces parece desprendida y este suelo se revela cada día más inerte. Todas las noches el amanecer me llama y yo tiendo los brazos, pero el viento no llega para elevarme. Me refugio a intervalos del sol y del estruendo, vuelvo a la tierra; al brotar de nuevo, espero por otra herida salir a un paisaje diferente y no, sigo aquí, en el vaivén de mi cotidiana marcha.

Ahora todo es ruptura. Anhelo de la distancia y lo desconocido. Pero no siempre fue así.

1.1. Espacio para la vida

Hubo un tiempo en que el ritmo rector de mis pasos era un compás suave, relajado, opuesto al estruendo sintético que actualmente me acelera el pulso. Cada despertar y cada vuelta de hoja se componían de descubrimientos que maravillaban mi ser. Grandes y pequeños, los mecanismos de la vida me revelaban sus secretos, uno a uno, mientras construía el escenario de mi existencia, reconociendo el espacio donde comenzaba mi camino y donde estaban sus límites; iba por él, incrementando la firmeza y velocidad de mi andar conforme ponía en marcha las formas de proceder adquiridas.

Así vi levantarse las paredes de mi casa, sus puertas y ventanas; las escaleras del edificio y las entradas al resto de los departamentos. Vi trazarse y cubrirse de concreto y asfalto las



calles que nos conducían *aquí a la vuelta, a la avenida, a todos lados*. Erigirse el montón de edificios alrededor, las casas, las

escuelas, las tiendas, los puentes, los túneles y pasos a desnivel, los parques, camellones, fuentes, monumentos, hospitales, plazas... y vi los rostros de quienes caminaban y poblaban todo.

Al poner la mirada una segunda vez sobre un mismo lugar quedaba impresa su imagen en la memoria. Cada día contemplaba la vida ganando más espacio donde palpitar en distintas intensidades y formas. Pero hubo un momento en que el espacio se agotó y, por todas partes y en todas direcciones, comenzó a desbordarse su contenido hirviente.



Tan sólo echo una mirada por la ventana y comienza a invadirme tu presencia. Desde aquí percibo sólo parcialmente tu compleja naturaleza y, apenas con eso, nace otra vez el deseo de saciarme de ti, desbordarme luego sobre tu geografía y dar cuenta de cuanto vivamos.

Techos y paredes pelonas; algunas copas de árboles ralas verdean en distintas intensidades; postes de luz y luminarias; antenas, tinacos y alguna hilera de ropa se seca al aire libre. Y debajo de todo esto, ellos, ocultos, invisibles por lo pronto al alcance de mi vista; palpitan por todas partes; conducen autos, dan voces, queman cohetes; atraviesan la avenida o metidos en sus casas comen, reposan, discuten, miran la televisión y quién sabe qué más.

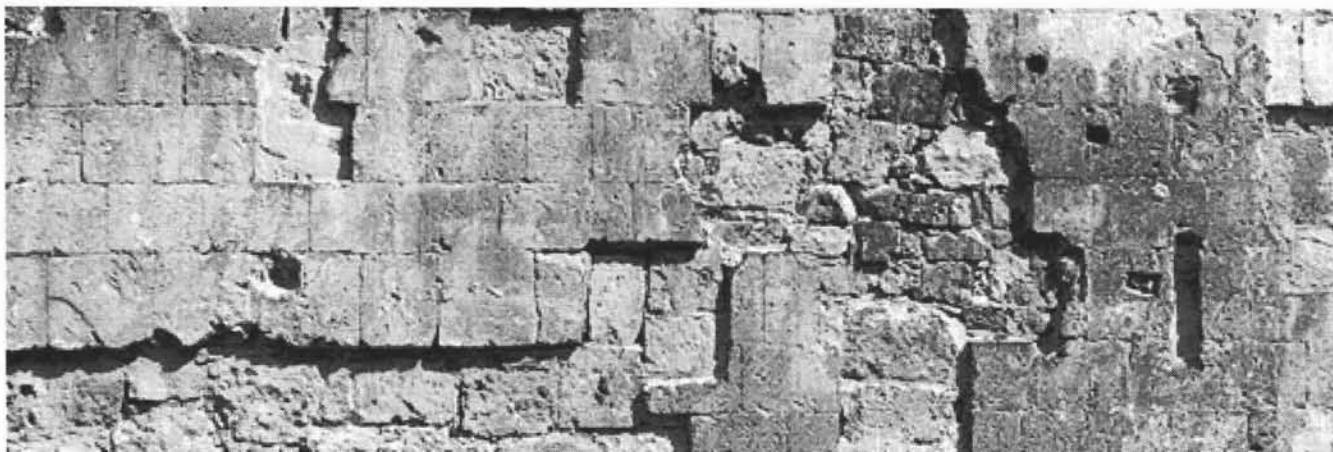
Desde aquí, el mínimo panorama que me ofrece, enmarcado por el recuadro de la ventana, es ya un hervidero de historias. Acciones que se viven, relatos que podrían contarse o contemplarse, que me son ajenos, pero que están ocurriendo en todo momento. Ahí donde ondea una toalla azul; más allá, en las construcciones ocultas por una iglesia de la que sólo veo una cruz de concreto sobresalir de entre el resto de los techos; dentro de la camioneta desvencijada que avanza por la avenida y veo a través de los vidrios de la secundaria que está ahí enfrente...

La vida se pone los nombres y los rostros de tus habitantes y todos los días se convierte en historia: tu historia; permanece anónima o silente, se queda como vivencia de cuatro paredes; si acaso las trasciende, viaja de boca en boca como chisme de lavadero o charla de café y, quizás, atraviere una generación para inmiscuirse en los recuerdos de otra, haciendo de lo que pasó el recuerdo de lo que quizá fue.

La mayoría de las veces, sin embargo, tus historias ocurren y se evaporan, se atesoran o se les oculta; en ocasiones quisiera olvidárselas. Aun así, no pasan en vano, dejan huella: en las miradas que no te contemplan; en los rostros familiares que no te saludan; en la piel que acaricias y hueles; en el andar que te acompaña en completa ignorancia de lo que haces. Son estos traslúcidos atisbos que sólo los más aguzados de mirada o sensibilidad pueden presentir, leer y capturar brevemente al intercambiar una palabra, estrechar una mano o cazar una mirada furtiva por la calle, en la oficina, al tomar el elevador, al salir del cine o llegar al banco, al subir al microbús, estacionar el coche o viajar en Metro.

Incontables voces e historias, instantes hilados o grabados en tu urdimbre que llevamos todos adentro o a cuestras donde quiera que vayamos. Si las historias de esta ciudad estuvieran contándose a sí mismas, el sonido generado se desbordaría e inundaría las calles, golpearía el cielo con tal potencia que lo atravesaría y ocuparía hasta la última quedada de este recipiente urbano.

Sin embargo, todo sigue encapsulado en un silencio que no lo es; que, a lo más, es un murmullo empaquetado que escapa por rendijas cada vez más grandes. A través de los años he visto ampliarse esas rendijas y filtrarse por sus bordes filosos, no sin ocasionar alguna herida, chorros de luz interminable: luminiscente, fonética, de naturaleza sencilla pero trascendente. Esa luz ha trazado sobre mi vista contrastantes horizontes opulentos o miserables; ha encendido el recuerdo sobre escenarios malditos y nostálgicos.



Por ratos me ha cegado y hecho girar el rostro hacia la oscuridad; y más tarde, ella misma me ha obligado a buscar su sendero una vez más.

Sendero. Qué palabra tan romántica, tan campirana. Aquí, donde habita la luz que ciega, no hay más senderos que los que imaginariamente dibujamos al seguir atados a nuestros hábitos y a nuestra sedentaria rutina. En este lugar hay calles, telarañas, puentes; brazos yertos que asfixian la tierra y se aferran al pedazo de terreno que les fue heredado. Hay túneles y pasadizos; escondrijos geometrizados hechos de concreto y frío cálculo de los que el caos ha hecho presa incansablemente.

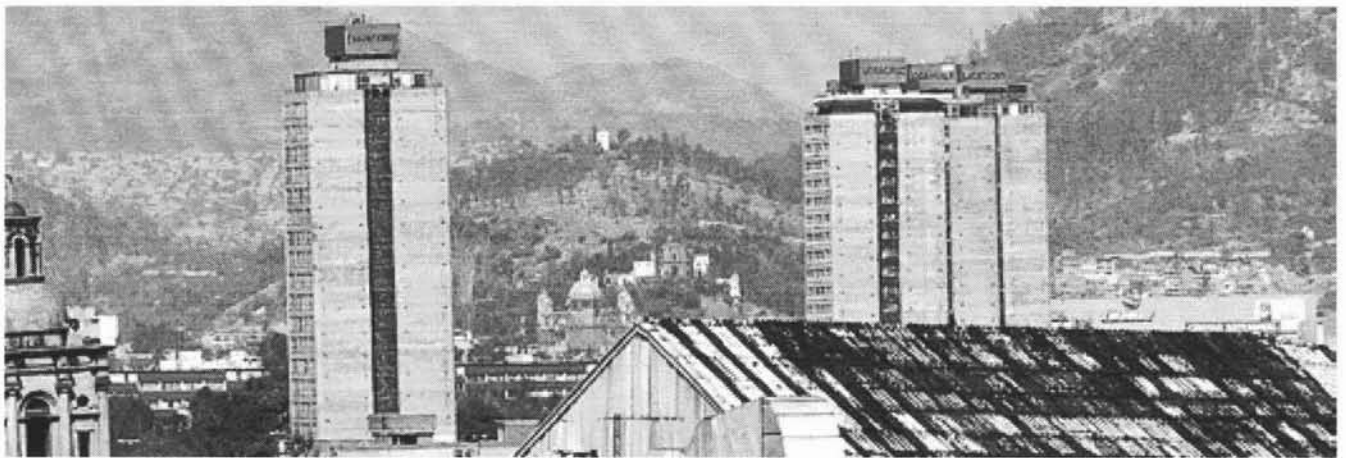
Un paisaje que se agiganta y retumba con el apelativo de ciudad, urbe, megalópolis, no contiene senderos; no da cabida a paseos soleados ni a remansos idílicos; no hace girar un camino para coronarlo con un valle fresco, pleno de naturales bondades. Este paisaje carcome el espacio, invade el cielo, oscurece las mañanas y los mediodías. Arrebata al tiempo sus pastizales alguna vez intactos; infecta la tierra, la inyecta con sus secreciones, le amputa cerros y extrae sustancias y órganos vitales; la sacude veinticuatro horas al día; le ensarta jardines de artificio, hormigueros colosales; la enreda, la confunde, la hostiga y lleva hasta sus profundidades su siniestra obra; orquesta desde su oscuro vientre el brotar de criaturas que la pueblen y se alimenten de ella con sus bocas de fierro. Este paisaje tirano, que crece en todas direcciones, ocupa el espacio en el que me ha sorprendido la vida o en el que, sin mayor sobresalto, el aliento vital me fue conferido.



Ciudad de México: ser-masa que amedrenta la tranquilidad de los medianos y nutre los sueños que habrán de convertir en realidad los inconformes. Ciudad de México: estruendoso despliegue de escenarios, interminable proyecto y acontecer de relatos que me ha llenado los sentidos y colmado de temores y anhelos. Es el lugar en el que he nacido y del que doy cuenta por cada día de vida; el que ha descubierto ante mis ojos el límite primero (ahora franqueado) del entendimiento. La primera casa del espíritu. El espacio donde la luz

se vuelve vida;¹ vida que se traduce en conocimiento, en evolución, en lucha, en poder, en ser y aparentar, en creación, en destrucción deliberada, en ausencia presente, en vestigio, en promesa, en sueño. Vida que se va en llenar espacios o que se queda, manifiesta pero inasible, en los espacios que hemos ocupado; que ensalza o envilece los nombres; que a su paso sólo voltea a ver a quienes la sujetan con fuerza para no dejarla irse de largo.

En este espacio delimitado por montañas, paredes, ríos secos, avenidas, macizos de tierra y moles de concreto, donde la historia ha plantado su pie, la vida hierve y se manifiesta estruendosa, pero a través de canales sutiles, a aquellos seres para cuya percepción no están vedados los códigos fugaces de la cotidianidad.



Mientras baja un elevador por una torre en el poniente, ladra un perro en un agujero iluminado por un foco tintineante; tira la batuta un director de orquesta distraído; una ventana se cierra; un beso se obliga; suena un teléfono; muere una mujer y muere un hombre; hay un grito que nadie escucha, que se ahoga en las entrañas de un gigante yaciente; suenan los motores de centenas de coches cuyo destino, como no sea convertirse en chatarra, ignoramos; cae un chorro de agua caliente sobre un cuerpo desnudo; llora un niño; se enciende una tele; se corta una flor; se aleja un amante de la casa de su amado; se oculta un secreto; se guarda un recuerdo; se olvida el dolor.

Y cuando el elevador toque el suelo, todo habrá terminado y comenzado otra vez; alguien olvidará un camino; se derramará una copa; estallará un transformador; se leerá un texto; entrarán quince personas en un vagón del Metro simultáneamente; se encenderá una lámpara; se entenderá un chiste; nacerá un nuevo ser; será de noche; será de día; un viernes o un domingo; se desprenderá un botón; una pareja ocupará un cuarto de hotel; caerá una piedra; crujirá una botella de plástico bajo el peso de un auto que le pasa encima; se deshará un contrato; volverá el viento; se extinguirá una angustia; una pastilla rodará al interior de un cuerpo; una camisa se teñirá de negro; se dará un sí; se dirá un no; habrá silencio; dos miradas se

reconocerán en el anónimo desierto de una multitud y gritarán, con el brillo de los ojos, el nombre que es reflejo, el canto, el sueño, el olvido y la distancia; la carrera de dos cuerpos que se atraen, que se buscan, terminará y encontrarán ellos de frente, una vez más, la vida, o la vida los encontrará a ellos y los hará caer, irremediablemente, en un abismo, sin quererlo y sin planearlo, y ahora estarán aquí, de nuevo en un espacio contiguo o compartido, mientras dure el momento, y el elevador retomará su camino y ellos estarán aquí o se habrán ido y se extinguirá una vela; se secará una sábana; terminará una película; se enfriará una sopa; volará una hoja seca, impulsada por una ráfaga de viento; al cerrarse las puertas del vagón, atrás, en el túnel, se perderá un rostro para siempre.



1.2. Orden y caos

Sin darme cuenta, la masa que ha asfixiado las décadas recientes de esta ciudad me pasó por encima y dejó su huella devastadora.² Al principio, sin siquiera saberlo, huía de ella o la bordeaba y conseguí evitar la infección de su contacto. La veía superficialmente como un elemento más en el paisaje del diario; sus formas, distintas siempre, según el capricho de su voracidad³, invadían todo terreno y me llevaron a sitios inexplorados que, aunque no lo quisiera, echaban luz en el siempre oscuro mapa mental de mi cabeza. Con sus voces, rostros y extremidades humanas y mecánicas me arrastró hasta donde más fuerza no tuvo para continuar. Me empujó hasta hacerme desconocer mi paradero y obligarme a encontrar la vuelta a casa.

Esto se convirtió en una constante vital: elegir caminos que muy pocos o nadie se atrevería o imaginaría tomar. Saber, sin tener conciencia de haberlo aprendido, que perderse es encontrarse en una calle por donde no pensábamos llegar a nuestro destino.

Y en la exigencia por excusar toda desviación o pérdida y rendir cuentas de todo cuanto de reprobable o torcido haya en el actuar y en el andar, me acostumbré a hacer del más caótico de los pensamientos la materia prima para las ideas más básicas

y concretas. En la calle más oscura y el andén más poblado hubo siempre una forma de hallar mi camino. Encontré paz y entendimiento yacientes en el desorden; escuché la voz más tímida en medio del ruido.⁴

¿Sabes?

Ahora veo, cuando la ciudad ocupa más cada vez la palma de mi mano y menos el área oscura de mi mapa mental, tu obsesión y gusto desmedidos por que cada cosa estuviera en un sitio correcto, tuviera una proporción perfecta y fluyeran tanto obras como ideas de acuerdo al ritmo marcado por el trazo de quien sabe; de quien, como tú, conoce las medidas, las distancias, el terreno, las horas y la fuerza necesaria con que el viento debe soplar para hacer girar los molinos.

Veo ahora y comprendo por qué la dinámica de este lugar, anárquica y macilenta, te satura, te exprime hasta palidecer y ocasionar que un sudor frío te aperle la frente. Es la disfunción y la parálisis creativa; la carencia de perspectiva; el descontrol; el derramamiento de linajes anónimos en el valle, en la montaña, en el bosque y en la barranca. La torsión de los caminos, de los relatos y de los días. Las vueltas inesperadas. Los terrenos inseguros o accidentados; las crestas elevadas y las pendientes tragadas por la oscuridad; los ejes que se pierden de vista. Las curvas y no las rectas.

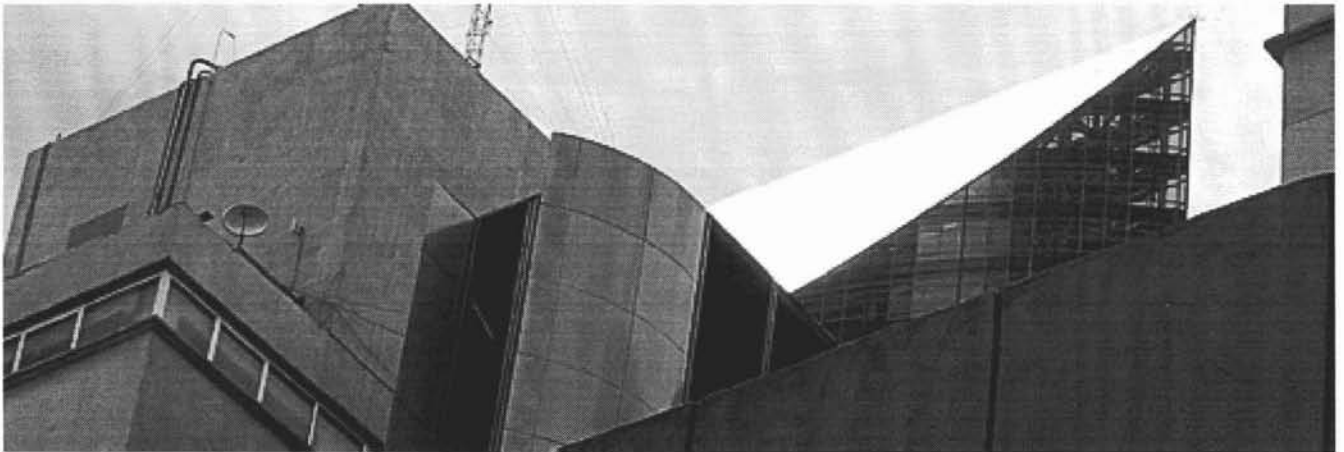


Ahora comprendo por qué el orden es la norma que rige tu cabeza y cuadricula el mapa en el que deberíamos desplazarnos. Los nortes que no chocan con los sures; los orientes y ponientes ignorados; el centro, mítico, una y mil veces evitado por el trazo de tu mano al bosquejar los proyectos de un futuro que no vivirá sino en la ausencia. Para ti y por ti la realidad es lo que debe ser: disposición, función, utilidad, eficiencia, valor, uso, beneficio: orden. Y en realidad resulta algo tan simple como lo que es: estruendo, enmendaduras, obstáculos, desviaciones, asfixias, conflictos, nudos, barreras, retraso, olvido, negligencia: caos.

Orden y caos. Dos conceptos que se autoexcluyen pero también se buscan; que necesitan uno del otro, como la regla requiere de la excepción para cumplirse, del campo fértil donde sustentarse y madurar.

Por encima de este mar tú vuelas y, cuando mucho, le concedes a tus pies andar aferrados sobre la orilla de tus límites, pero mantienes ciegos los ojos, ajeno hasta donde tu necesidad por replantear el todo te lo permite. Si llegan a escurrirse las imágenes de este universo urbano en tu interior, pronto comienzas a derribar muros, aplanar cerros y enderezar recovecos. Pero no. Ni toda tu vida, ni todas tus energías son suficientes para mover la voluntad de una ciudad ni la de quien lleva el espíritu de sus calles y el ímpetu de su gente dentro.

Ahora pienso que esta distancia que a diario construyes, camino que nos lleva en direcciones opuestas, te conduce a territorios mejor



planeados, a terrenos menos telúricos, a alguna urbe perfecta en la que las calles sean amplias, bien iluminadas, rectas, únicas, estéticas, funcionales, suficientes, precisas y correctas, por donde concurrir a y por tu vida.⁵

Mientras aquí, en este nudo de quinientos ríos pétreos, yo no me pierdo como solía ocurrir en mis sueños infantiles; a diario descubro y aprendo nuevas formas de llegar a destinos, para ti, ahora, insospechados.⁶

1.3. Cuna de las voces

Con el tiempo aprendí su lenguaje: era la historia, la mía, quien a toda hora me hablaba al oído. Y fue de noche cuando supe atesorar sus palabras, a solas, cuando no había necesidad de bloquear mis sentidos al resto del mundo para enfocarme en ella. Sin ninguna barrera interpuesta labró su camino hacia mi interior y llegado el momento abrió una puerta para que pudiera pasar su herencia, moneda del tiempo: el entendimiento. Pulió

muchos pisos y paredes internas; sensibilizó todo a su paso haciendo de mí una antena receptora, ansiosa por escuchar y aprender.

Oído entrometido y avezado, a toda hora y en toda situación, pudo recoger los gritos, los susurros, las consignas, los juramentos, las charlas, los relatos, las maldiciones... y exprimirles el significado, la enseñanza, la anécdota.

Nunca he abandonado este laberinto habitado por voces y por ecos que nacen y fenecen día y noche; vidas que se cuentan a sí mismas, historias que aunque terminan, permanecen.⁷

Abro los ojos de nuevo y despiertan ansiosos los oídos; comienza el murmullo su abrazo infinito, la caricia impalpable pero consabida de esta ciudad. Ocurre adentro y afuera, debajo, encima, bajo el sol, bajo la luna; en los lugares a los que no hemos llegado y en los que la imaginación no ha reparado. Un chorro de agua o de luz cae, brota, choca, se extiende, inunda, perfuma, endulza, recuerda, pinta, añora, desea, maldice, ubica, yerra, salpica, hiera, ilumina, confunde, crece, se excita o se extingue. Es una luz⁸ y son millones de voces depositadas y resguardadas, entre estas paredes y montañas, desde el principio y hasta el final de la historia.⁹

Son los juegos secretos de los niños; el delito que por mucho no se esconde; la promesa que se ha roto; el diálogo interior; las consignas; la oración comunitaria; el balar de los seguidores; el zumbido de las mentes repletas de aburrición. El vaivén y disolución de las sombras. El parpadeo de los semáforos; el discurrir de los fragmentos de vidrio que su buscar con desesperación al romperse y encuentran solamente el piso; el retumbar subterráneo y sus rumores que escapan a través de tragaluces y fauces selladas con acero. El andar de los hijos de esta cueva expuesta. El recuerdo de una historia imaginada; el anhelo de una gloria que no llega. El bufar de las bestias del viento, inquietas entre las ramas, rendijas, torres y fortalezas de acero, concreto y cristal.

Todo tiene un timbre distintivo. Una lengua secreta que habremos de aprender a descifrar. Todo tiene una voz. Voces somos: suspiro, grito, llanto, discurso, conversación, reclamo, confesión, relato, ilusión, juramento, mentira, pacto... y nunca silencio. Suben hasta el cielo llamaradas inadvertidas para el ojo mediano, retumban ecos inaudibles para el oído perezoso, autocomplaciente; se elevan los recuerdos y producen vapores o nubes que al precipitarse fertilizan el inerte valle y hacen brotar la vida de nuevo.

Germinan con luz, pero también con oscuridad; en la tormenta incansable y con el gotear nocturno van ocupando las oquedades. Viven aquí y aquí mismo mueren, ruedan por la cuenca de esta mano suplicante. Astillan la realidad; horadan el transcurso de los días; cantan a destiempo los triunfos y fracasos de una raza.

1.4. Diálogo de identidades

Con sus ecos y susurros, la ciudad nos llama y enfrenta sin remedio al pasado y al futuro; hace del presente un intento por encontrar el significado de nuestras acciones en el vaivén de las herencias y las promesas. Salir al encuentro de sus calles y sus habitantes no es sólo cuestionar el accidente de la vida, sino las circunstancias que la gestaron y las consecuentes vueltas que habrán de tomar nuestros pasos. Implica temer y aborrecer las semejanzas, aborrecer y anhelar las diferencias. Es reflejarse en los mil rostros que no son yo, pero que podrían serlo. Es deambular, deslumbrados, ensoñando episodios que han quedado atrás o que no han visto la luz. Es hablar con el extraño y comenzar a apropiarnos de él, siguiéndolo, observándolo, acostumbrándonos a su cercanía a veces antipática, a veces necesaria, a veces tranquilizante. Es reconocer el perfil de la historia que nos contempla o nos espera, nos sonrío o nos recibe con expresión amenazante. Es hablar, dialogar, discurrir, comunicarse, comprender, encontrar sentidos; es reconocerse en las distintas presencias que parecen antecedernos y no querer ir a otro lado aun cuando nosotros hayamos partido.



—Estoy aquí. Te hablo desde todas partes. Siénteme, aspírame, obsérvame; pero, como siempre, mejor imagíneme y nunca me olvides. No te arriesgues a perderte en mí, a salir a mi encuentro. No me tiendas la mano porque me tomo el pie. No intentes abarcarme ni limitarme: soy vasta y caprichosa, voy a mi antojo, devoro cuanto y a quien me place. ¡No engordo!, crezco: no me detengo. Sé que te intrigo y que harías cualquier cosa por desentramar los misterios que guardo, pero son tantos que algunos ya los he perdido. Te repito: mejor imagíneme y nunca me olvides.

—Me das risa, pero no me burlo. El exceso es lo tuyo, pero también la inseguridad. Tu sobrada presencia te ha vuelto vulnerable; admítelo, no puedes cubrir todos tus flancos, así como yo admito que sería un necio si tratara de tenerlos vigilados todos. Sí, prefiero imaginarte y, aunque quisiera, nunca te olvido. Tu recuerdo late siempre en el

presente. Eres memoria de lo que va a ser y premonición de lo que fue. Cómo olvidarte si para eso sería necesario no haberte vivido y, tú lo sabes, estamos atados, existimos unidos. Aunque no te vea la cara, sé que me observas y me acompañas, sé que me cubres y me albergas; sé que estás aquí.

—Me halaga tu mesura, aunque tus palabras no dejan de sonar a demasiada lisonja. El tono no puede engañarme, conozco bien a los de tu tipo: esconden las manos y la mirada, están atentos al más leve ruido o indicio de actividad vital; como tú, blanden la lengua —a veces de forma ramplona y otras con estudiado estilo—; buscan conquistarme con su miel hablada; recorrerme; invadir hasta el último de mis rincones y salir ilesos. No, eso no es posible. Quien entra buscando reconocerse y llegar hasta mis partes íntimas no sale como llegó. Algo en su interior cambia. Imagínalo: lo contamina, lo pervierto, lo mancho, lo emborracho, lo saturo, lo obligo a vivir mis pesadillas acumuladas; lo seduzco, lo enamoro, lo transformo —para bien o para mal—, y eso ya no depende de mí. Quien me acaricia y lee las historias que traigo escritas en la piel no volverá a ser el mismo.



—Encantadora y repulsiva. Nos convocas con tu canto de sirenas al abismo, a la caída sin final. Todavía no comprendo esa actitud, ni su forma ni su origen. Puedo decirte que por muy amenazante que parezcas, a mí no consigues amedrentarme; por el contrario, me atraes hacia ti, al lugar desde donde tu voz susurra mi nombre. Tus advertencias trazan caminos sin retorno, demarcan imposibles laberintos y señalan la orilla de insondables profundidades. Me hablas a mí —porque no veo aquí a más nadie—. No soy un ciego que te visita por vez primera y con titubeos diera pasos en tus terrenos. No hay camino tuyo que me confunda ni violentas o extrañas son las respuestas que das a mis preguntas; no me siento ajeno porque de ti vengo y a ti llego; si estoy perdido es en ti y si no lo estoy, y he de hacerlo, será contigo.

—¿Quién eres? O ¿quién supones que eres para hablarme con tal altivez? Si en un principio me pareciste descaradamente halagüeño y humilde, un simple curioso, ahora, con tu confianza en demasía, me pareces un garabato sobrado en palabras; más un ruido que se repite inútil e incansablemente que una idea que nace con un fin práctico. ¿Qué quieres? ¿Por qué buscas ahora hacer que se inflame mi enojo? Recuerda que si me da la gana puedo hacer que de ti no queden ni recuerdos de tu nombre ni de ninguna de tus acciones; que puedo tragarte y llevarme para siempre lo mucho o poco que signifiqués tú



—si es que para alguien significas algo—.

—La vanidad es tu peor defecto: sus humos nublan tu visión y provocan esa migraña que te aqueja eternamente. Ves enemigos donde no los hay e ignoras a los que minuto a minuto merman tu ser. Esa vanidad y tus excesos terminarán contigo. Todo en ti es demasía, desbordamiento, exageración y, por lo tanto, descuido de los elementos sutiles que son en muchos casos los que tienen un mayor peso específico y valor real.

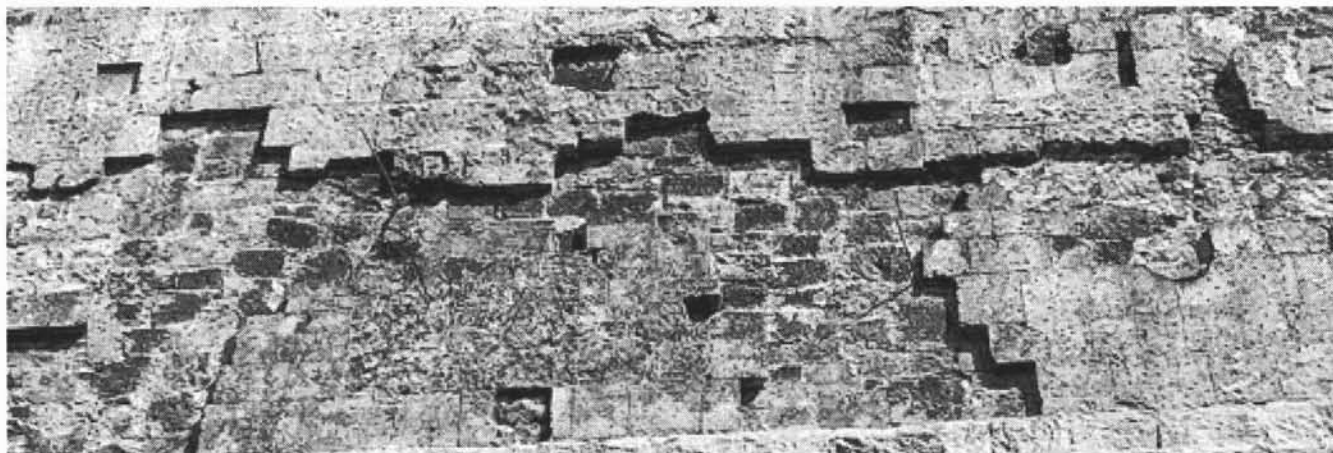
—Tus palabras no conseguirán aturdirme. Más vale que expongas lo que buscas de manera clara y me dejes en paz. Basta de achacarme excesos y exageraciones. Lo que tú no puedes ver desde tu diminuta

y sesgada perspectiva es la herencia y el porvenir que me revisten y proyectan mi imagen en todas direcciones. No cabe en tu cabeza la magnitud de mí, el peso y significado de mi existencia. Así como ni todos los días ni todas las noches de tu vida serían suficientes para conocerme, la total capacidad de tu mente no te alcanza para comprenderme.

—Date cuenta de que eres tú quien busca, por todos los medios, desencadenar el enojo, el tuyo y el mío; pero no vas a conseguirlo. No he venido aquí a pelear y te repito: fuiste tú quien comenzó todo: el diálogo y, posteriormente, la discusión.

—¿Fui yo? ¿Estás seguro? ¿O fue una voz dentro de ti que, usurpando la mía, buscaba hacerme reaccionar, teniendo con ello el pretexto perfecto para hablarme?

—Fuiste tú. Estoy seguro.



Notas del capítulo 1

¹ ¿Qué importa si haber nacido en esta ciudad fue un hecho circunstancial o coincidente? Lo que no puede dejarse al azar es encontrarse en un fuego cruzado y no hacer nada. Las oportunidades que ofrece un ámbito urbano como el Distrito Federal son combustible para el motor del ingenio, para la mente inquieta, la voz que no cesa y la mano que no descansa, son el principio de toda actividad creadora y creativa:

La importancia cultural de la ciudad dependía a su vez de los dos factores anteriores: de su centralidad a un tiempo económica y política. Su trascendencia respecto de “un” orden y la capacidad de generar alternativas se basaba en la multiplicidad de códigos que en ella se acumulaban, solapaban, confundían y enfrentaban: profesionales y políticos, familiares y estamentales. En las márgenes y huecos de estas instancias —es decir en la libertad y el vacío que nace sólo de la proliferación de códigos y sistemas de pertenencia— surgió la ciencia y la bohemia, la imaginación artística y revolucionaria. En los rincones y costuras de una ciudad que era a la vez el lugar de la división del trabajo y del mercado, del poder político burgués y de las instituciones confesionales, del proteccionismo y del libre cambio,

soplaba aquel "aire de la ciudad que hace libre" donde podía aún crecer y camuflarse la "anomalía" cultural.

Ventós, Xavier Rubert de, *Ensayos sobre el desorden*, Kairós, Barcelona, España, 1976, pp.82-83

² Cada día hay más gente, que se empuja, se integra en la marea de los objetos prensados y prensables que antes de entrar al vagón fueron cuerpos.

Monsiváis, Carlos, Op. cit. pág. 171

³ ...la multitud entra y sale de los vagones, se vuelve una sola entidad compacta, y se fragmenta en seres tan distintos unos de otros que apenas los hermana el regazo del amontonamiento. Y al mezclarse lo homogéneo y lo supremamente heterogéneo, el Metro resulta la universidad de lo inigualable que es también la suma de los iguales.

Monsiváis, Carlos, Op. cit., pp. 170-171

⁴ ...la ciudad histórica... ayude a distribuir más relajadamente la afectividad y la agresividad, a entrar en contacto con lo diverso y a organizarse en función de lo desconocido. Sólo la experiencia y negociación día a día del conflicto urbano, su canalización y expresión cotidiana, puede evitar su sublimación en violencia contenida y agresividad sorda.

Ventós, Xavier Rubert de, Op. cit., pág. 92

⁵ La invasión de territorios que permite el crecimiento de la mancha urbana da paso, también, a la especificidad y objetivación de cada espacio: habitación, trabajo y consumo, de acuerdo con los modelos planteados por el sistema económico globalizador que tiende a originar zonas espejo que reflejan, en distintas latitudes, una forma de vida "mejor planeada, mejor organizada" y cada vez más homogénea:

La "coordinación de áreas y regiones", en efecto, es una organización espacial mucho más eficiente y acorde con las exigencias políticas de las tecnoestructuras y monopolios multinacionales.

Ventós, Xavier Rubert de, Op. cit., pp. 86

⁶ Ahora la muchedumbre insolente y los caminos desconocidos ya no me amedrentan:

Las calles de una ciudad no "planificada" parecen también la única alternativa para el establecimiento de una relación recíproca entre extraños; una interacción en la que el gesto es hecho y devuelto, la palabra dicha y respondida. El moderno "tejido urbano"; por el contrario, es un marco para el consumo, no para la relación; para la transformación incluso de esta "relación" en bien de consumo.

Ventós, Xavier Rubert de, Op. cit., pp. 93-94

⁷ ...los hombres sólo cobran verdaderamente conciencia de sí mismos (conciencia individual de sí mismos como individuos) en el momento en el que toman conciencia de su situación frente a otros, es decir, de su situación social... sólo cobran conciencia de sí mismos al cobrar conciencia de los otros... no hay conciencia individual que sea social...

Augé, Marc, *El viajero subterráneo Un etnólogo en el metro*, pág. 63

⁸ Esa luz se concreta, como la del recuerdo, para siempre en la imagen de un momento.

Elizondo, Salvador, *Farabeuf o La crónica de un instante*, Joaquín Mortiz, México, 1967, pág. 25

⁹ En las calles de la ciudad
siempre tienes que aguantar;
en el barrio, en el camión,
siempre tienes que oír la voz
y escuchar, escuchar

Morenaza, Maldita vecindad y los hijos del quinto patio



CORRESPONDENCIA

Nacer, crecer, reproducirse y morir. ¿En qué fase se encuentra la ciudad de México? ¿En parir hijos bastardos, padecer una muerte lenta o en una resurrección no anunciada?

¿Qué será cuando aquí ya no quede nada? ¿Cuando este espacio para la vida no albergue sino ruinas, indicios del paso de una turba inmisericorde y obtusa? ¿Cuándo llegará el momento en que no sea posible infligir más heridas en su suelo, cuando sean inútiles los trasplantes y la vinculación de arterias? ¿Quién atestiguará el desvanecimiento del último eco en las calles y en las cuevas de artificio? ¿Qué hallará bajo su cara de asfalto quien venga a redescubrirla? ¿Y quién se atreverá a hacerlo? ¿Habrà quien llegue al centro de la desolación y se aventure en sus entrañas para esclarecer sus secretos?

Mientras la oscuridad del túnel me traga intento imaginar escenarios de lo que será. A todos nos gusta jugar a la pitonisa (¿o



no?), sobre todo en estas épocas aciagas en que la certidumbre del presente es tan volátil que más nos vale imaginar un futuro terrible para no deprimirnos mientras atravesamos la ciudad dentro de sus tripas. Así, seguramente, cuando el futuro deleve su misterio, no podrá ser tan malo como lo habíamos imaginado y ya será esto una ganancia.

¿Un terremoto derribará y arrasará con todo, nos tragará la tierra y nos iremos al abismo? ¿Las aguas reclamarán su territorio durante la próxima temporada de lluvias, provocando la muerte de la ciudad por ahogamiento? ¿El Popocatepetl hará erupción y tendrá la suficiente fuerza para salpicarnos con su saliva hirviente?

¿Qué más da si todas las mañanas y todas las noches soy parte de esta digestión o circulación que mantiene respirando a este gigante cuyo ombligo apunta al cielo? ¿Qué importa si soy una sola partícula del torrente humano, cuando quizá mañana se inunden, colapsen o estallen estos ríos subterráneos?

¿Quedará algo de mí? ¿Acaso el eco de mi voz?





2. El Metro

Partes la esperanza de quien no consigue olvidar. Por la mañana y por la noche adivino en los rostros el ansia por el olvido de quienes van, como yo, bajo tierra, sumidos en sus pensamientos, transportados por el Metro. Parten con ganas de perderse o de encontrar una vida, un nombre o un paisaje distintos¹. Por la mañana buscan olvidar el frío que no consiguieron ahuyentar de la cama, las frases y los gestos rutinarios. De noche huyen de la esclavitud de la corbata y el tacón alto; de la exposición, o desnudez disfrazada, en el mostrador; de la fábrica y su estruendo hipnotizante y, sobre todo, de las voces que asfixian el cauce de los días.²

El silencio es la esperanza de una multitud para la que partir no es más que un sueño pasajero, compartido en las profundidades a intervalos de dos minutos.

2.1. Bajo la piel de la ciudad

Así como el agua y la sangre, sustancias vitales, fluyen al amparo de la amenaza exterior por tubos y venas, bajo profundo y bajo la piel, el alma fraccionada de la ciudad transita por sus entrañas: túneles y laberintos donde se perpetúa la noche y el sueño invade el espíritu como promesa conciliadora entre uno (Yo) y el exterior lacerante. Capullos de acero obsequian un poco de tranquilidad y amparo como si de vientres maternos se tratara pero, al final, de su interior son arrojados irremediabilmente los hijos de esta urbe y sus proyectos más inmediatos.³

De la entraña viene la rabia que sobre las paredes, vidrios y puertas ha quedado impregnada. De la noche a la mañana han aparecido las señales de una frustración que ya no se logra contener. Piedras y puntas de vidrio ulceran la superficie del mausoleo erigido para una muerte que todavía no es, que se sacude ante el estruendo de gusanos de acero que no oxigenan la tierra, pero la mantienen viva; vainas que recogen y esparcen las células que por costumbre digieren y metabolizan la historia de esta ciudad, que contribuyen con su actividad y su propio relato al torrente que unos cuantos se afanan en contener o en el que no terminan de ahogarse, mientras quienes van por aquí, buscando su destino en el laberinto subterráneo, juegan a morir, a dejar de ser, a partir.

En este vientre y en las paredes de sus conductos resuenan el hambre y el malestar de generaciones que se desplazan en el tiempo, que compactan sueños y temores y se convierten en susurro.



Estos rostros y siluetas son un presente y un pasado, una carga de sueños, frustraciones y rabia. Adivino en cada mirada las ganas de romper la tranquilidad del recorrido y estallar en gritos confesionales, en agresión ciega contra quien amenace con arrebatar el minúsculo espacio conquistado.

El viaje en el Metro simboliza una separación de la vida corriente, una transición ligada al sueño, un cambio y finalmente un despertar; un parto múltiple que se repite todos los días y cuyas contracciones estremecen a una ciudad que ha olvidado el dolor.



Indefensos, aunque salgan al mundo con la más dura coraza, estos engendros circulan bajo tierra y brotan por las estaciones, heridas en la tierra, sangrías que tatuaron el paisaje y ahora gotean la materia viva de este valle. Bocas de cueva por las que de noche vuelven vencidos a sus refugios quienes vueltos líquido vital se dejan llevar por la red del Metro como el agua captada por la extensa raíz de los cactus en el desierto, para renovar el ciclo la siguiente mañana.

Rito de acumulación. El número de personas que surcan el mapa de la ciudad mediante el Metro ha ido en aumento, reflejo del crecimiento de la población de la urbe y de la red misma de este transporte.

Encierro, oscuridad, luz artificial, aislamiento, soledad acompañada. El Metro nos acerca al límite de nuestro reflejo. Por encima del ruido de su marcha y del murmullo indescifrable de sus ocupantes, nuestra voz interna resuena con mayor potencia para señalar todo cuanto se revela a nuestros ojos (la gente se agolpa; no cabe un alma;

qué feo tipo; ¿qué me ve esa gorda?), y aquello que no perciben (¿quién rayó así los vidrios?). Ante el espectáculo de la inmensidad cotidiana, el circo de horrores que se engalana con actos que se superan consecutivamente nos reclama el seguir en este lugar; su contemplación señala la incapacidad para escapar de esta celda, las ataduras a un sistema que nos obliga a aceptar esta procesión como penitencia ritual; ceremonia iniciática cuando somos niños, celebración de una condena cuando somos hombres.⁴ Este peso compartido se acrecienta y hunde más nuestros pies en el camino conforme el espacio se abarrota de otros cuerpos y el aire escasea o escapa de los pulmones. Lastre que produce llagas, sudor frío, puños apretados y deseos de fuga, de explosión, ¿de muerte?⁵ y a lo más se convierte en grito ahogado, en un suspiro o en un inconsciente clamor público, tallado por hábil mano sobre la superficie de los vidrios. ¿Cuántos reclamamos hay grabados dentro de los vagones? ¿Cuántas voces dejan su eco visible y siguen, aun así, ignoradas?



Es una indigestión el transcurso por el Metro; sangre que circula infestada por cánceres y colesterol, derramada sobre la piel de concreto, aglutinada, reseca y nuevamente puesta en marcha. Mecanismo generacional que se lubrica con aceite quemado, productor de voces de humo negro y semblantes sombríos surgidos de las grandes obras de la literatura de lo real: el directorio telefónico y el censo de población.

Con el amanecer se renueva el rostro de la urbe, se encienden los motores y los engranes continúan su marcha. Dejan las ventanas abiertas el paso a un día nuevo, único, irrepetible y, a pesar de ello, tan parecido al anterior y al venidero. Las puertas nuevamente acaban con el límite de lo íntimo y exponen a todos los que van a su camino (exponen, a todos, los que van a su camino... o exponen a todos los que van, a su camino...). Todavía no acaba de ser el horizonte un brumoso contorno cuando la urbe nos engulle. Por túneles y cavernas las entrañas de la ciudad se llenan con el murmullo de quienes se enfilan a su destino cotidiano trazado según el curso de su brújula interna –la dirección que yace en la memoria, producto de la necesidad y la costumbre–.

2.2. Espacio y tiempo

Recuerdos sonoros atesorados en su interior parecen reproducirse cuando los túneles y vagones están casi vacíos. Indicios latentes de la sobreocupación del espacio, de la angustia y la tensión causados por la implosión del tiempo y la infinitud de las distancias. Vibran los suspiros, los susurros, las maldiciones, los pregones, los balbuceos, el llanto, las risas; viaja el sonido de los cuerpos, el caminar, el frotarse, el caer, el marcharse.

En la hora final de la jornada, la amplitud es holgura y letargo, pero en la hora primera apremia la prisa y gobierna la habilidad de quien conquista un espacio⁶; reina el miedo al naufragio en los túneles y su principal consecuencia: la llegada tarde al trabajo, a la escuela; por la tarde, acaso, a la cita a ciegas.

Si bien una parte nuestra (la carente de cobijo, la pervertida, la excéntrica) podría hallar refugio, aun diversión, en el amontonamiento anónimo de los cuerpos al perder su



singularidad en el embutido humano, la otra lo padece⁷. Maldice los pisotones, la continua sensación de caída, el vaivén de los cuerpos, los acoplamientos multitudinarios (orgía de los buenos días y de las buenas tardes), la masificación empaquetada en su máxima expresión, el desperdicio de dinero en la tintorería, los arrimones, las manos que no encuentran un punto de dónde asirse –pero que ¡ah, cómo lo buscan!–, las mochilas, bolsas y bultos que estorban, golpean y pareciera que, con vida propia, lucharan por su derecho a ganar un espacio donde no lo hay. Y de la carencia de este espacio y la abundancia de contacto, lo peor: el calor. Infiernos anaranjados de trescientas almas condenadas a la no verticalidad, al sauna humano, los tropezones y la ropa arrugada. Bienaventurados los madrugadores y los que abordan el Metro en las estaciones de origen, porque de ellos será el reino de los asientos.

Mente y cuerpo sufren el correr del tiempo, la escasez de aire y la imposibilidad de movimiento, la inmovilidad del tren o la lentitud de su marcha. Vehículo prisión, magnífica nuestra atadura a las dimensiones del universo: espacio y tiempo, rectores de la vida que termina allá afuera y, pareciera, símbolos adversos que marcan nuestro paso por el inframundo al que descendemos a diario. Gatillo que detona el deseo irrefrenable por acabar con la realidad agobiante mediante el empleo de notas contradictorias, ruptura de las leyes universales de la lógica y la física aun cuando no haya más motivo para hacerlo que vencer la angustia por el encierro del recorrido subterráneo.⁸

Inmóvil va mi cuerpo, recorriendo la distancia de mi destino cotidiano. Inquieta va mi mente, acelerada la imaginación.



Embriagado, nauseabundo, dolorido. Desciendo, salgo, regreso y, sin embargo, sigo dentro, trasladándome. Observo y revivo las escenas; deconstruyo y reacomodo situaciones y personajes. La oscuridad del túnel me traga, el ruido estalla y sofoca las voces, la mirada se pierde hasta que un instante brota, caprichoso, único, irreplicable, y ahí estoy yo sin poder hacer nada. Los rincones se iluminan, pierden

proporción las dimensiones. El tiempo se estira, se congela, se entrecorta; el espacio se reduce o se magnifica. La mirada rebota. Se disuelve todo en lo cotidiano.

Empujo mi cuerpo al interior del vagón, busco un espacio para ocupar y encuentro un poco de alivio al frío del exterior mientras el Metro va hacia la siguiente estación, y yo, hacia mi destino cotidiano.

Al abrirse las puertas del vagón en Revolución una mujer se queja tras pasarle casi por encima, y a punto de arrojarla al piso, una turba de pasajeros que, de último momento, decide o recuerda bajar en esta parada. Se reacomoda y frunce el ceño mientras se cierran las puertas y el tren retoma su camino.



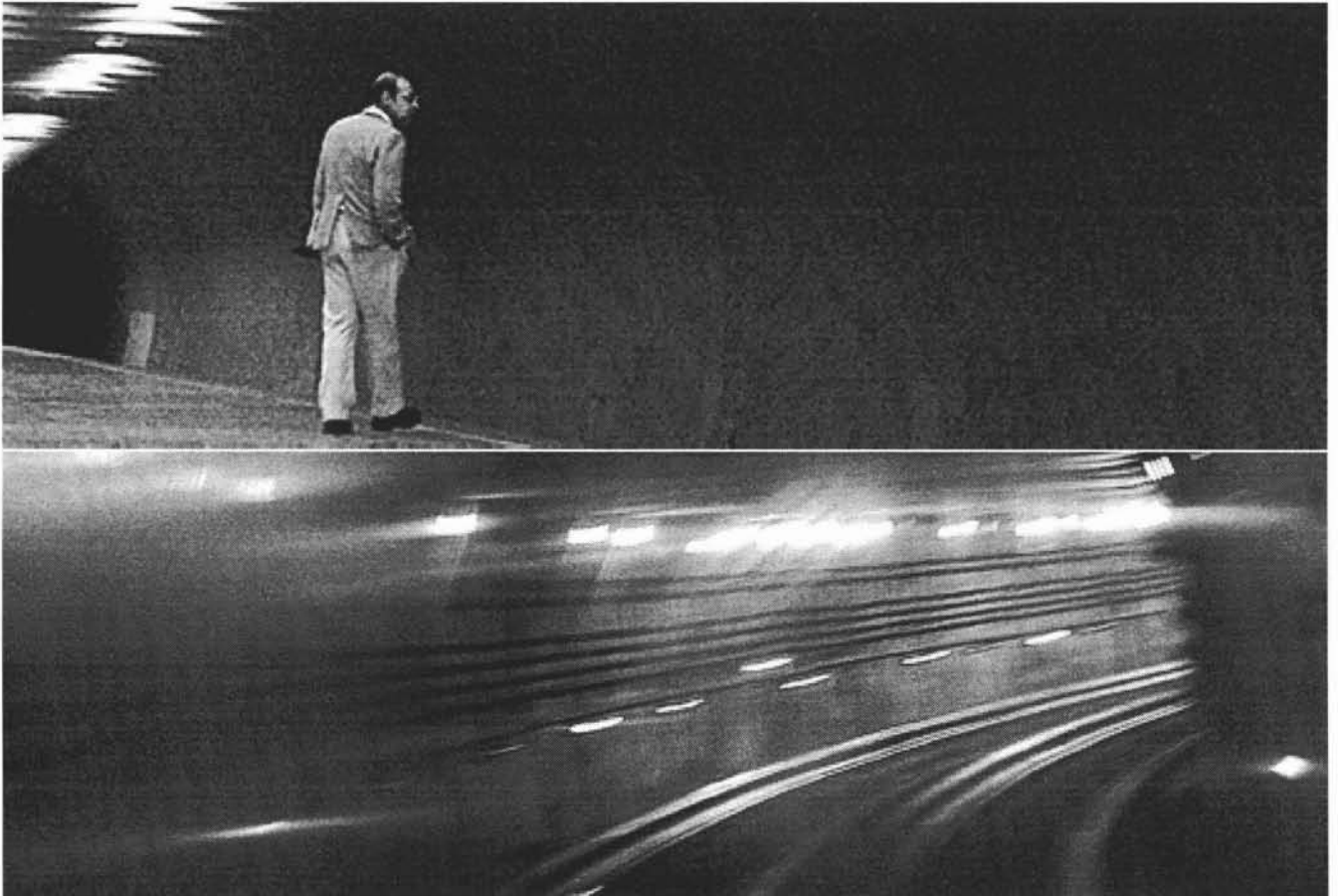
Dentro de los vagones, durante los recorridos, cada cuerpo abandona su individualidad; entra en un estado de reposo, comparte un paréntesis con los compañeros de viaje, atraviesa un limbo silencioso, deja de ser un propósito para transfigurarse en esencia o en ausencia presente que se desplaza inmóvil en función del trabajo de un sistema externo a su cuerpo. La percepción del tiempo al interior del tren puede aletargar los sentidos, suspender el alma de un hilo que se rompe al asomarse la carátula de un reloj o al aparecer

la luz barrida de una estación.⁹ Por el contrario, en los pasillos y estaciones el tiempo es una experiencia particular relativa a cada uno de los individuos que los ocupan y al estado de movilidad en que se encuentran: los que corren porque ya se les ha hecho tarde, los previsores que salieron de casa temprano y van con paso relajado, los turistas que transitan pausadamente, los amantes o cómplices que esperan un encuentro bajo el reloj, junto a los torniquetes o al final del andén. Cada uno vive el transcurrir del tiempo de una forma distinta; puede ser densa, pesada, tormentosa o fluida, ligera y quizás tranquilizante.¹⁰



2.3. La otra ciudad: el inframundo

Dejamos atrás la luz verdadera. El aire que inflama los pulmones contamina la sangre con su espíritu viciado por el encierro de tres décadas. A nuestro alrededor los cuerpos que tarde o temprano ocuparán una celda subterránea para la posteridad se convierten en cortejo que acompaña nuestro descenso al inframundo.



Este espacio, universo paralelo, inframundo, ¿infierno o purgatorio? (¿habrá quien pueda escapar de él?) es sistema de transporte, conjunto de funciones, mecanismo vital de la ciudad. Espacio que deviene lugar. Lugar compartido, lugar común al que acudimos y del que sólo apreciamos, de forma sesgada, sin importar cuán profundo nos lleve, los elementos más superficiales de su esencia.¹¹ Tema recurrente en las sonoridades rockeras,¹² guarida de temores, de locuras, de huidas sin retorno. Molde en el que se quiso dar forma a una sociedad que efervescía y que terminó por convertirse en una sucursal más de su anárquica voracidad¹³ donde el espacio y el tiempo exhiben los retratos vivos de las formas de sentir, pensar y vivir (incluso de morir) y se amasan las anécdotas de diario, se adivinan, siempre a lo lejos, las tonalidades de la voz, se construye

un mundo de simbolizaciones que germina bajo una tormenta de ruidos y silencios. Paisaje donde reinan las siluetas que, como fantasmas, avanzan con el rostro oculto entre las sombras.



Al igual que el descenso a los infiernos a Dante, a nosotros el Metro nos muestra las penurias que, si bien no inflinge en su totalidad por sí mismo, por lo menos las hace públicas y las magnifica. Muertes en vida, penitencias que parecieran eternas e inmutables, espectáculos-castigo en cuyos escenarios no queremos ocupar un lugar (sin darnos cuenta de que estamos inmersos en ellos) y de los que huimos, aparentando ignorarlos, cuando el tren se detiene y abre sus puertas en la estación de nuestro destino.¹⁴

Ensayo de muerte, pérdida de identidad. Aquí abajo se disimulan los fines, pero se evidencia la naturaleza verdadera, brilla lo inherente de cada espíritu. Los rostros denuncian el estado del alma y del cuerpo: el dolor, la tristeza, la esperanza, la agonía, el consuelo, la serenidad, el ansia, la muerte que carcome sigilosamente una existencia, el extravío, la tortura ocasionada por la carencia o el aburrimiento. Éste es el reino de los silencios elocuentes que explicitan los sentimientos más profundos; el refugio para las almas que no encuentran paz en el exterior.¹⁵ Ciudad alterna poblada por espectros que

olvidan su nombre mortal al pagar su peaje para transitar por las profundidades.

Sombras, fantasmas, monstruos, ángeles y demonios. Ningún ser puede llamarse fantástico en un plano donde la realidad no es única ni se supedita a las reglas de la lógica convencional. Las almas arrastran cadenas invisibles, se empalman, soportan el castigo de una historia que se narra en su contra. Víctimas y verdugos del compañero de viaje son parte de la maquinaria que aniquila lo que de vital pueda residir en su interior. Aun así, cada uno siente su cuerpo palpitar sin cuestionarse si realmente es vida el impulso que lo mueve.



¿De dónde venía? No lo recuerdo. Sé que iba hacia mi casa; recuerdo bien que era de noche y que iba en el Metro, llegando a San Antonio Abad, cuando ella apareció. Estaba yo sentado viendo de frente el vagón semivacío; las puertas se abrieron y por la última, como hacen los mendigos y los méndigos vendedores, hizo su entrada. Nadie le prestó atención a su aspecto ni a los lamentos que balbucía a modo de canción y súplica. En realidad no pidió nada explícitamente, pero aquí todo el mundo espera algo de los demás lo diga o no, lo acepte o no. ¿Quién viajaba conmigo? ¿Eran mi madre y mi hermano o alguno de mis amigos? Tampoco de eso estoy seguro, pero solo no iba. Lo único que tengo claro de aquel momento es que, apenas la vi, supe que no era de este mundo.

Comenzó a avanzar por el pasillo del vagón, pasando frente a los pocos viajeros adormilados o indiferentes. Arrastraba los pies con dificultad. Las bolsas de plástico que le servían de zapatos, enredadas en los pies y en torno a sus tobillos huesudos, iban a deshacerse muy pronto por la fricción contra el piso. Los brazos le colgaban y apenas los mecía mientras caminaba. Vestía unos harapos descoloridos: una bata azul (¿de un hospital?), un delantal raído y, sobre ambos, un suéter largo que le caía hasta la mitad de los muslos. Pensé que quizá habría escapado de un psiquiátrico pero, ¿hacía cuántos meses? Su estado y apariencia evidenciaban un vagabundeo prolongado. La mirada, vidriosa, perdida en un punto no visible sino para ella

misma, efecto producido por los glaucomas que devoraban sus ojos; los dientes putrefactos; el cabello sucio y revuelto, y lo que me mantuvo sin parpadear mientras la sentía aproximarse: su palidez. La piel le relucía, envolvía la fragilidad de su cuerpo y, de tan reseca y aparentemente cristalizada, daba la impresión de resquebrajarse. Amarilla, verdosa, azulada; a través de la capa más externa uno podía imaginar sus huesos, venas y músculos atrofiados, casi inexistentes, todo sin rastro de vida verdadera; más parecía un artificio de museo que hiciera andar un cadáver refrigerado, que un ser viviente.

Con cada paso se acercaba más a mi lugar y su extrema blancura, resaltada por la luz de halógeno, me hería: al percibirla crecía en mí el temor de que en cualquier momento se develara su naturaleza no humana. Una sensación de caída al vacío me hizo sujetar el asiento con ambas manos; intenté no moverme ni respirar muy fuerte para no llamar su atención. Me vi atrapado en un sueño del que en cualquier momento iba a despertar, pero no pude. Y no podía sino percibir el murmullo indiferente de la ciudad: los autos a distintas velocidades avanzaban por Tlalpan hacia el sur; el correr del metro sobre las vías, ruido que oculta siempre palabras y evidencias de quienes van en su interior. Los gemidos continuaron saliendo de la boca de la mujer, como si garabatearan una forma melodiosa. Quizá fueran el recuerdo de una canción de su infancia, pero sólo conseguían formar aullidos entrecortados que exageraban la apariencia espectral y aceleraban mi pulso sin que nadie más se inmutara.



¿Cuántas cosas así no habrá vagando todas las noches de vagón en vagón, o flotando por túneles y pasillos, esperando el Metro en un punto del andén como cualquier otro viajero? ¿De dónde habrá salido ella? ¿Hacia dónde irá?, me pregunté una y otra vez mientras vigilaba los detalles de su persona. La veía sin pretender hacerlo, inquisidor y congelado: sus rodillas huesudas, su rostro extraviado, la suciedad de su cabello, piel y vestimenta, la rigidez de sus brazos. Balbucía delirante; mantenía un volumen de voz claro, pero no alto, como si hablara para sí misma. Temblorosa, como un espantapájaros o un maniquí desvencijado, siguió caminando. Fingía no prestarle atención, pero conforme fue ocupando toda mi vista no pude sino

clavar directamente la mirada sobre ella: se me agolpaban preguntas, suposiciones y un temor irracional a lo desconocido.

Un paso más cerca. ¿Será que está muerta? Otro paso. ¿O será un vampiro? Otro paso; se acerca más. ¿Escaparía de un largo encierro? Más cerca. Ahora pasa junto a mí y quien parece un muerto en vida soy yo. Inmóvil, sin respiración, sin parpadeo; tan solo da señales de vida lo que se diría mi corazón delator que, de contar con la fuerza suficiente, rompería las paredes del tórax y saldría para gritar que tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo, tengo... miedo, tengo... miedo, tengo..., tengo..., ten-go..., ten-go..., ten-go...

Pasa justo frente a mí y no deja de canturrear su tonada.

Ni siquiera sabe que estoy ahí, que he pasado los últimos ciento veinte segundos padeciendo su presencia -su aparición- e intentando descubrir qué fuerza alimenta a ésta que parece una caja de música ambulante -¿respira?-; una lunática encubierta por la noche que se oculta en la soledad y el silencio casi perpetuos de los pasillos del Metro. ¿Qué mecanismo enciende la voluntad de este ente que no es sino un muñeco embadurnado de grasa, cubierto por andrajos polvorientos y pestilentes?

A esta distancia percibo su olor y preferiría no haberlo hecho. Mi rostro se estira cuando ha llegado al punto donde sus pies casi rozan los míos. Canturrea y el sonido que sale de su garganta, un lamento o un estertor; a un tiempo agudo, a un tiempo gutural, está impregnado de amnesia y nostalgia. Quizá esta mujer camine en busca de una salida; tal vez espera que alguien le sirva de guía y se la muestre. Sólo ahora pienso en esta posibilidad; entonces, mientras ella arrastraba los pies envueltos en bolsas de plástico, a unos centímetros de mí, lo único que podía pensar era en dejar de verla, aunque -naturalmente- no lo conseguía. Entre lo que veía y lo que imaginaba no podía decidirme o distinguir otra opción. Afuera, el rostro de la ciudad cubierto de luces suspendidas no conseguía capturarne ni un segundo; todos mis sentidos estaban depositados en el interior del vagón, puestos en ella.

Un escalofrío me recorrió la espalda y erizó mi piel. El Metro llegó a Chabacano, las puertas se abrieron. La mujer encontró la salida -al menos del vagón- y retomó su camino, adonde quiera que éste la llevara. Antes de que se cerraran las puertas nuevamente y el Metro continuara su marcha, salí al andén central y me encaminé hacia las escaleras eléctricas. No me volví para evitar observarla una última vez, avanzando trabajosamente por el último vagón, pues temía que, como si fuera una pesadilla, ella volteara a verme directamente y yo quedara paralizado por el terror. Así que monté la escalera y llegué hasta el nivel alto de la estación. Caminé apretando el paso hacia el túnel que comunica esta parte con el andén de la línea ocho.

Aún hoy, cuando paso a una hora similar a la de aquella ocasión, no consigo recordar de dónde venía ni quién me acompañaba (quién, supongo, debió ser un amigo, pues yo me bajé solo del vagón... o

eso me parece); sólo estoy seguro de recordar aquel ente sobre cuya piel pálida y brillante casi conseguí reflejarme y que, al abrirse las puertas, como hice yo, salió para seguir o encontrar su camino.



Como un espíritu desencarnado que abandona su entorno familiar e intenta acostumbrarse a una nueva morada en el mundo de los muertos, el viajero del Metro quiere a toda costa mantenerse al margen de las escenas que atestigua en su recorrido. Son los otros quienes discuten, no es mi hijo el que llora, *yo nunca podría vender el periódico ni tendría el valor para pedir limosna aquí adentro.*

Avanza sin darse cuenta de que él mismo forma parte de este universo, se aferra a su normalidad, a su cordura, observa su reflejo en los vidrios y piensa cuán ajeno luce con respecto al ambiente que reina en el andén, en los vagones. De pronto el abismo que lo separa de esa realidad se acorta, comienza a caer, se obliga a sí mismo a hacer cualquier cosa por mantenerse a flote, por no homogenizarse. Distingue entre el paisaje humano siluetas que se repiten, rostros que se roban facciones, gestos que se multiplican, anatomías que se desparraman y le roban espacio, espectros de lo que jamás querrá ser. Los ciegos, los vagabundos, los desempleados, los niños de la calle, todos los seres marginados pueden ser cualquiera menos él¹⁶.

Y también, aunque en contadas ocasiones, estatuas cobran vida, figuras atraviesan un umbral y lo cautivan, miradas lo seducen en fracciones de segundo, juegan con él, lo elevan a un cielo imaginario para después dejarlo caer y abandonarlo en el abismo del que no ha podido salir.¹⁷ De nada puede escapar y de nada puede apropiarse. Se resguarda en el silencio hasta que en un instante se topa con lo que aparenta ser su reflejo, no en la superficie de una ventana o de una puerta, sino desprendido y puesto frente a sus ojos (podría tocarlo si estirara el brazo). *Que no me vea*. Quien se creía distinto, único, irrepetible, se da cuenta que la separación que distinguía su forma del fondo se acorta aún más, casi se empalma consigo y lo otro, cada vez, se asemeja más a él. Sentimientos de indefensión y vulnerabilidad invaden el espíritu del viajero al imaginar que una voluntad o fuerza superiores lo mantienen en este encierro al dimensionar su propia fuerza y comparar su aparente individualidad con el peso de lo cotidiano.¹⁸

2.4. Tránsito de soledades

La travesía en el Metro es una aventura solitaria. Significa enfrentar individualmente un mundo aparte habitado por figuras recortadas de un entorno indefinido, quizá reflejos de una parte nuestra, copias de la necesidad generalizada de desplazarse a un destino próximo y rutinario. Siluetas cuyos límites se pierden, que van codo con codo, casi encima unas de otras, inmersas en el silencio, aisladas en reflexiones, en la ceguera y la sordera inducidas, a solas en una burbuja que revienta o se solidifica cuando el murmullo es alterado por el estruendo inesperado de algún músico, vendedor, predicador o mendigo ambulante.¹⁹



Seres únicos e irrepetibles pero, tan semejantes entre sí, que inquieta los sentidos recordar si hemos visto un mismo rostro dos veces o dos rostros idénticos. Multitud de fantasmas que se ignoran, que proyectan en sus rostros el sentir de la vida que dejaron allá afuera; cada uno, absorto, inmóvil en su nicho, con un nombre y una historia desconocidos.²⁰

Es una sensación extraña sentir como si viviera en un sueño repetido. De alguna manera sé lo que va a pasar. Los escenarios son siempre los mismos pero, cada vez, descubro detalles nuevos que habían pasado inadvertidos aunque siempre estuvieron ahí (¿no es así?). Al sumergirme en este abismo me invaden ésas y otras imágenes.



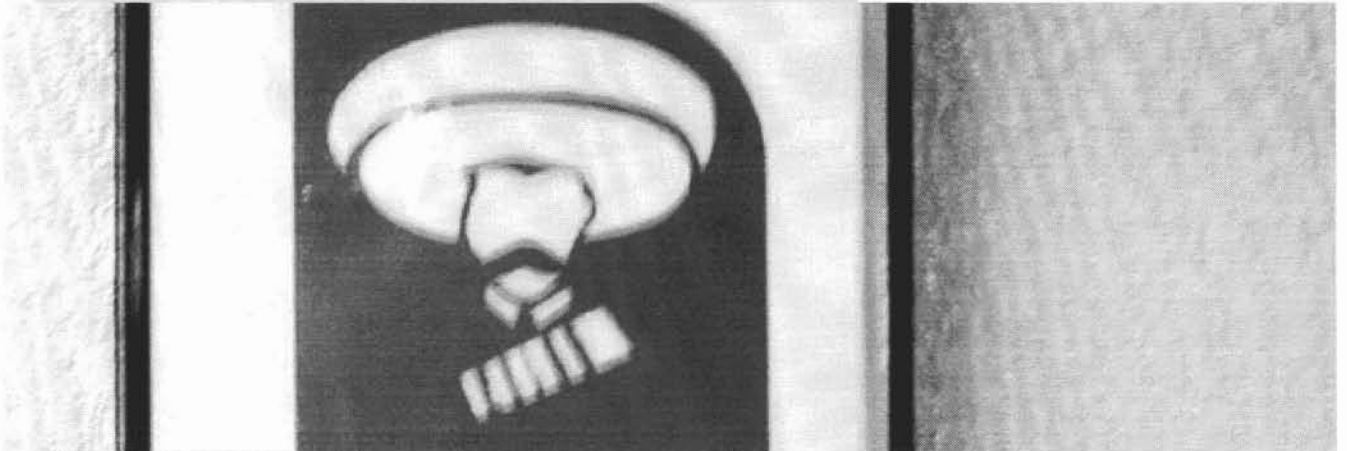
La imposibilidad de hacer cualquier otra cosa detona la memoria y el deseo. Aumenta el volumen de los mecanismos que dan forma a mi historia, resuenan los episodios del pasado y vislumbro los escenarios del futuro. La nostalgia por lo que fue y por lo que será, el dolor o la alegría, el miedo, la desesperación, hacen que en cada una de mis travesías en el Metro se presenten pasajes de mi vida de acuerdo a la línea y estación en que me encuentre.

Abro los ojos y salgo, bajo por el camino de todos los días; las voces siguen ahí, ya están despiertas, pero no atraviesan mis muros. Me encierro en las sonoridades que acompañan y marcan la convulsión de mi cuerpo estos días, subo casi todo el volumen sin pensar si el sonido escapa y puede ser molesto para quienes vayan junto a mí. Cuando mucho lo percibirán como el zumbido eléctrico de un concierto al interior de mi cabeza: "Se va a quedar sordo"²¹. Paso revista a los detalles nuevos-repetidos del vagón. El reflejo de la luz en un tubo cromado; una palabra indescifrable tallada en un vidrio; una oreja mal desarrollada pegada a la cabeza de un hombre tímido; un bebé en brazos que me observa, como nadie, con atención desmedida, como si escuchara mis pensamientos y quisiera comprender lo que me pasa.

Estaciones, túneles y vagones guardan y despliegan la memoria de mi paso por esta ciudad subterránea, traen los momentos que atravesaba en cada ocasión, y les dan forma valiéndose de ectoplasmas semitransparentes, sonidos ambientales, *soundtracks*²² y voces que nadie sino yo puede percibir.²³

Zapata²⁴

No recuerdo cuántas veces lo hicimos en Zapata. Darnos una cita en el andén para ir de compras, a cenar o ver una película. Yo, como de costumbre, venía tarde, con el pretexto en la punta de la lengua, y una sonrisa delatora ondeaba nerviosa en señal de tregua. Leía o estudiaba mi reflejo para acortar la sensación distancia-tiempo. Por fin el túnel entre División del Norte y nuestro punto de reunión quedaba atrás, la luz verdosa de la estación reanimaba la actividad dentro del tren. Detrás de otras personas que bajaban en el mismo lugar ponía yo los pies en el piso del andén y ahí, a cierta distancia, en silencio, contrastaba con la pared tu silueta menuda envuelta en negro, tus ojos enormes me reconocían y el reclamo se dibujaba en tu rostro, pero nunca hacía vibrar el aire. Te abrazaba y me llenaba tu olor y en mi espalda se paseaban tus manos y tu voz encendía la luz de una historia nueva: "¿Y ahora...?"²⁵



Y ahora paso por aquí de largo y tú podrías estar ahí bajo el reloj o junto al muro de las escaleras, pero ya no. Alguien más espera, alguien más llega y yo sigo mi camino por los distintos sitios donde haya un propósito para que yo llegue hasta ellos, sea la necesidad, el recuerdo o el anhelo. Iztacalco, Bellas Artes, Normal, Colegio militar, Garibaldi, Nezahualcóyotl, Salto del agua, Insurgentes, Sevilla, Chabacano, Tasqueña, Xola, Villa de Cortés, Nativitas, Centro médico, Miguel Ángel de Quevedo, Universidad, Refinería, Terminal aérea...²⁶

Paranoico, veo cómo se mueven los hilos para hacer de cada viaje un paseo por mis recuerdos. Pretendo no dejarme avasallar por mi indefensión ante la rutina o el paso del tiempo y el peso de la memoria.²⁷ Sin embargo, a diario recorro mis puntos débiles en el mapa de lo cotidiano: errores caducos, soledad y aburrimiento; zonas tan oscuras como los túneles que unen las estaciones más profundas y que me hicieron creer que había ya tocado fondo.

Entiendo entonces que, en el silencio disfrazado, al igual que yo, cada uno de mis compañeros de viaje se desplaza a través de dos dimensiones. La primera, el espacio que recorre su cuerpo entre dos

puntos de la geografía de la ciudad, y la segunda, las estaciones que visita su mente a lo largo de las líneas de lo que fue, lo que pudo ser y lo que será; terreno caprichoso adonde llega su espíritu sin imaginar cuánto de olvido o de mentira los llevó hasta ahí. Observo sus miradas, flamas agitadas por ráfagas de recuerdo y porvenir. Velas que se consumen en su procesión hacia lo inevitable: la supervivencia, el destino cotidiano y, en último lugar, el fin de la vida.²⁸ Podría decir que a muchos de ellos he llegado a conocerlos por la fuerza del encuentro –aunque no hayamos cruzado nunca una palabra– como si el solo intercambio de miradas nos hubiera acercado. Sé en qué estación bajan, imagino de cuál vienen e intento adivinar el timbre de sus voces, sus pensamientos y el sonido del motor que los mueve.²⁹

Acepto que sólo debería hablar por mí, pues lo que pueda decir de los demás es mera elucubración. Aun así, escribo estas páginas, aunque quizá no me corresponda, por el hecho de que no puedo dejar de hacerlo.³⁰ ¿Es esto razón suficiente? ¿Es este viaje una búsqueda, una obsesión o un propósito?



Notas del capítulo 2

¹ ...mis itinerarios son semejantes a los de los demás, con quienes me codeo cotidianamente en el metro sin saber a qué colegio han ido, dónde vivieron y trabajaron, quiénes son y adónde van, siendo así que en el momento mismo en que nuestras miradas se encuentran y se apartan, después de haberse demorado a veces un instante, esas personas están tal vez, también, ellas tratando de establecer un balance, de recapitular una situación o ¿quién sabe?, de abordar un cambio de vida y, accesoriamente, un cambio de línea de metro.

Augé, Marc, Op. cit., pp. 14–15

² En el Metro se esmeran los silencios... que depositan su elocuencia en un hecho fundacional: si no se piensa nada es el idioma del transporte, más pronto se llegará a la meta, más pronto se recuperarán las palabras.

Monsiváis, Carlos, Op. cit., pág. 172

³ ...los recorridos del metro dispersan por los cuatro puntos cardinales... a hombres y mujeres presurosos o fatigados, que sueñan con vagones vacíos y andenes desiertos, empujados por la urgencia de su vida cotidiana, y que en el plano que consultan o en las estaciones que se suceden sólo perciben el decurso más o menos rápido de su propia existencia personal, y apreciada en términos de adelanto y de retraso.

Augé, Marc, Op. cit., pág. 35

⁴ ...la rigidez de las escaleras marca despiadadamente la desigualdad de los cuerpos y de las edades. En el metro, cada día hay, es evidente, individuos que realizan su primer recorrido y otros que hacen su último viaje.

Augé, Marc, Op. cit., pp. 100-101

⁵ Véase el cortometraje *El héroe* de Carlos Carrera. En una estación del Metro, un hombre ve que una jovencita se acerca de manera peligrosa a la orilla del andén. Al tratar de salvarla, el héroe recibe una desagradable sorpresa.

⁶ ...los metros de la primera hora se llenan más espectacularmente... con una muchedumbre apresurada, concentrada (por lo menos en dos sentidos, pues en esa "concentración" de multitudes solitarias cada individuo parece movido y guiado por la idea fija de un horario estrictamente calculado, y "concentrado" cual un campeón deportivo, en el objetivo que debe alcanzar).

Augé, Marc, Op. cit., pág. 60

⁷ ...en el Metro de la ciudad de México me siento atrapado, al borde de la angustia. No me refiero sólo o principalmente a los apretujones sino al temor "metafísico", el de perder para siempre el gusto por el espacio, y ya nunca más sentirme a mis anchas.

Monsiváis, Carlos, Op. cit., pág. 166

⁸ Ojalá este Metro no tuviera estaciones,
pues no quiero transbordar,
voy camino a ninguna parte, pero
tengo prisa de llegar...

Camino a ninguna parte, Los estrambóticos

⁹ El usuario del metro, en lo esencial, sólo maneja el tiempo y el espacio, y es hábil para medir el uno con el otro... sabe adaptarse a los rigores de la materia y al agolpamiento de los cuerpos...

Augé, Marc, Op. cit., pág. 18

¹⁰ Lo que tienen en común, y que evidentemente no les impide ser tan diferentes los unos de los otros como diferentes son sus orígenes y sin duda lo serán sus respectivos destinos, es su relación con el tiempo...

Augé, Marc, Op. cit., pág. 31

¹¹ Sobre el telón de fondo del metro, nuestras acrobacias individuales parecen participar así, de manera felizmente apaciguante, de la suerte de todos, de la ley del género humano que resumen algunos lugares comunes y simboliza un extraño lugar público... maraña de recorridos, algunas

de cuyas prohibiciones explícitas ("Prohibido fumar", "Prohibido pasar") acentúan el carácter colectivo y regulado.

Augé, Marc, Op. cit., pág. 54

¹² El Metro Balderas, canción original de Rockdrigo González que retomara y popularizara más tarde Alex Lora y El Tri. El fantasma del Metro, del mismo Alex Lora. Rarotonga y Metro, de Café Tacuba. Camino a ninguna parte, de Los Estrambóticos.

¹³ La generación de tejido urbano nuevo y la "regeneración" de los cascos antiguos siguen de este modo el principio que, según Foucault, ha regido la instalación de cárceles y aulas. Se trata de organizar un espacio físico y funcional en el que "normalizar" al ciudadano; en el que hacer de él una personalidad definida, circunscrita, repertoriada.

Augé, Marc, Op. cit., pág. 88

¹⁴ El vagón es la Calle, el Metro es la ciudad, el boleto es el santo y seña para sumergirse en la asamblea del pueblo, el hacinamiento es el origen de las especies, y el usuario (yo en este caso, o cualquier otro de los escasos seis millones que al día se agregan y se alejan) acepta las fatigas de la convivencia y, lo acepte o no, admira los espectáculos a su alcance, que en sitios con espacio disponible o posible le parecerían abominables.

Monsiváis, Carlos, Op. cit., pp. 168-169

¹⁵ El Metro es la Ciudad... Es la vida de todos atrapada en una sola gran vertiente, es la riqueza fisonómica, es el extravío en el laberinto de las emociones suprimidas o emitidas como descargas viscerales. Y es el horizonte de las profesiones y los oficios, de las orientaciones y las desorientaciones, de los empleos y los subempleos.

...la megalópolis alojada en las ruinas de la prosperidad demográfica.

Monsiváis, Carlos, Op. cit., pág. 177

¹⁶ Los mendigos son una frontera, representan lo infranqueable, como si ya estuvieran un poco muertos. Y la idea de la ofrenda hecha a esos muertos forma parte de una evidente e inmediata voluntad de permanecer nosotros en el interior de nuestras fronteras...

Augé, Marc, Op. cit., pp. 85-86

¹⁷ Hasta 1970, cuando comienza en la ciudad de México el Metro, la Calle, la vía pública, es el ámbito único del desfile de las clases sociales, de los oprobios y escalofríos antojadizos de la prostitución, de los tipos humanos que de tanto repetirse forman subespecies, de las categorías laborales, de las escenas de romance, de las excursiones laborales, de los paseos solitarios, de los ligués...

Monsiváis, Carlos, Op. cit., pág. 167-168

¹⁸ ...un gigantesco juego de sociedad, un laberinto de innumerables salidas o más bien un dispositivo escénico pero desmultiplicado: decenas de escenarios, que no sólo se reparten en una red sobre la extensión de la zona urbana y periurbana sino que disponen en varios niveles, son invadidos a intervalos regulares por una multitud más o menos compacta de comparsas

de todos los géneros que obedecen a algún misterioso director de escena, dios-arquitecto de este universo subterráneo.

Augé, Marc, Op. cit., pág. 91

¹⁹ ...la intrusión de dos jóvenes con guitarras en el vagón (en el cual cada uno piensa en el trabajo de ese día y del día siguiente) tiene como efecto hacer que algunos solitarios se encierren en sí mismo e ignoren resueltamente el mundo exterior, ya porque no les gusta la música, ya porque no tienen monedas, ya porque en el metro aprecian exclusivamente la sensación de una intimidad consigo mismos, intimidad animal y calmante, que no pueden gustar en otra parte y que todo contacto exterior hace que se disipe arbitrariamente.

Augé, Marc, Op. cit., pág. 82

²⁰ El metro no es un lugar de sincronía, a pesar de la regularidad de los horarios: cada cual celebra allí por su cuenta sus fiestas y sus cumpleaños; cada biografía es singular...

Augé, Marc, Op. cit., pág. 45

²¹ Now i will tell you what I've done for you
Fifty thousand tears I've cried
Screaming deceiving and bleeding for you
And you still won't hear me
Don't want your hand this time I'll save myself
Maybe I'll wake up for once
Not tormented daily defeated by you
Just when I thought I'd reached the bottom
I'm dying again

I'm going under
Drowning in you
I'm falling forever
I've got to break through
I'm going under

Blurring and stirring the truth and the lies
So I don't know what's real and what's not
Always confusing the thoughts in my head
So I can't trust myself anymore
I'm dying again

Ahora te diré lo que he hecho por ti
Cincuenta mil lágrimas he llorado
Gritando fingiendo y sangrando por ti
Y aún así todavía no me escuchas
No quiero tu mano esta vez me salvaré yo mismo
Tal vez despierte por una vez
Sin atormentarme a diario vencido por ti
Justo cuando pensaba que había tocado fondo
Estoy muriendo de nuevo

Me estoy hundiendo
Ahogándome en ti
Cayendo por siempre

Tengo que escapar
Me estoy hundiendo

Desenfocando y mezclando la verdad y las mentiras
Ya no sé lo que es real y lo que no
Siempre confundiendo los pensamientos en mi cabeza
Así que no puedo confiar más en mí mismo
Estoy muriendo de nuevo

Going under, Evanescence, traducción del autor

²² Estas imágenes casi siempre van acompañadas de música cuando los personajes no hablan, cuando sólo es dado contemplar sus rostros insistentemente en esa oscuridad aparentemente silenciosa, pero que, sin embargo, está llena de rumores y del sonido que hacen los cuerpos en la quietud. Hubiera sido preciso escuchar exactamente la misma música, exactamente la misma...”

Elizondo, Salvador, Op. cit.,

²³ La frecuentación del metro nos enfrenta ciertamente con nuestra historia... Nuestros itinerarios de hoy se cruzan con los de ayer, trozos de vida de los que el plano del metro, en la agenda que llevamos en nuestro corazón, sólo deja ver su canto, el aspecto a la vez más espacial y más regular, pero de los que nosotros sabemos bien que todo se cifraba allí o que (no existiendo ningún tabique de separación, a veces para nuestro mayor malestar) todo se esforzaba por distinguir al individuo de quienes lo rodean... nuestra historia de la de los demás.

Augé, Marc, Op. cit., pág. 20

²⁴ A toda estación se une también una pluralidad de recuerdos irreductibles entre sí... La carga de cada uno de ellos... es llevada únicamente y durante un tiempo por una o dos conciencias singulares cuya secreta pasión, hace poco o hace mucho, debe haber seguido los caminos subterráneos del metropolitano.

Augé, Marc, Op. cit., pp. 20-21

²⁵ “Somos la imagen fugaz e involuntaria que cruza la mente de los amantes cuando se encuentran.”

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 94

²⁶ Cada uno de esos itinerarios, en una época dada, articuló diariamente los diferentes aspectos de mi vida profesional y familiar, y me impuso sus puntos de referencia y ritmos.

Augé, Marc, Op. cit., pág. 16

²⁷ La mayor parte de los recorridos individuales en el metro son cotidianos y obligatorios. Uno no elige conservarlos o no en la memoria, sino que está impregnado de ellos.

Augé, Marc, Op. cit., pág. 19

²⁸ ...ese territorio no es la simple suma de mis divagaciones y de mis recuerdos personales: es un recorrido social...

Augé, Marc, Op. cit., pág. 14

²⁹ ... todos esos viajeros subterráneos, tan diferentes los unos de los otros, cuyos movimientos casi regulares... sugieren sin embargo que una misma atracción los anima y los corroe, los reúne y los dispersa. Estas múltiples soledades... ¿no tendrán en común sino la coincidencia, no enteramente fortuita, de sus maneras de emplear el tiempo?

Augé, Marc, Op. cit., pág. 75

³⁰ ... la ley del metro sitúa el recorrido individual en la comodidad de la moral colectiva y es en este aspecto que dicha ley es ejemplar de lo que se podría llamar la paradoja ritual: siempre es vivida individualmente, subjetivamente; únicamente los recorridos le dan una realidad, individuales, y sin embargo es eminentemente social, la misma para todos, ley que confiere a cada uno ese mínimo de identidad colectiva por el cual se define una comunidad. De manera que el observador interesado en expresar del mejor modo posible la esencia del fenómeno social constituido por el metro... debería dar cuenta no sólo de su carácter instituido y colectivo sino también de aquello que dentro de ese carácter se presta a elaboraciones singulares y a imaginaciones íntimas, las cuales dicho fenómeno ya no tendría ningún sentido.

Augé, Marc, Op. cit., pág. 55



3. Crónica

Páginas enteras en mi interior se llenan al experimentar o recordar las historias que han marcado mi recorrido. Algunas de ellas tal vez volarán de boca en boca para esparcir su esencia y estallarán en el recuerdo o inyectarán una carga de sentido en la imaginación de quien las escuche. Otras, ajenas a toda conciencia, excepto la mía, quizá se extingan en el silencio de lo desconocido. ¿Qué debo hacer yo con estas historias, las que me constituyen, las que presencio y forman parte de mi memoria? ¿Vivirlas, rememorarlas, soñarlas, atesorarlas y tenerlas bajo llave? ¿O servirles de medio, sembrarlas, prodigarlas, compartirlas?

Así, yo me vacío en las crónicas de mi espacio y tiempo para no ahogarme en la conciencia de lo que he vivido. Quizá a nadie le importe mi labor ni sean tomados en cuenta los relatos que me empeño en hilar. Sin embargo, mis palabras dictan el esfuerzo constante por que vida y obra no sean un intento fútil por trascender la frontera de lo agobiantemente cotidiano.¹



Los hechos de nuestros días dictan las líneas que se plasman sobre el diario de esta ciudad. Tintas que con su relato estridente chorrean y manchan páginas al garabatear lo que las voces del cauce cotidiano arrastran sin descanso. Historias de todos géneros ocurren y excitan la pluma de quien, como yo, ve en cualquier hecho el pretexto o la invitación para relatar cada día un nuevo acontecimiento y no sólo dar cuenta de él como si de un parte médico o policial se tratara, sino también para poder revisitarlo, revivirlo una vez puesto sobre el papel, recrearlo y explorar sus subtramas hasta donde la realidad, la posibilidad o la capacidad para internarse en los terrenos del instante lo permitan.

Algunas veces las historias suceden de manera lineal; otras, estallan por todas partes involucrando actores y situaciones disímboles en espacios únicos; aún más, pueden suceder simultáneamente en espacios distintos y, sin embargo, estar conectadas, compartir

una naturaleza y un fin o principio en común. Pueden ocurrir esporádicamente, con una frecuencia mecánica o de manera cuantiosa. Para darles forma y sentido hay que servir de conducto, hacerlas deslizarse desde nuestra percepción hacia el exterior en forma de palabras.

Cuando los hechos y las historias bombardean el tiempo, más vale guarecerse y hacer notas mentales de cuanto ocurra, aguzar la vista y el oído, recordar los aromas y texturas para que nada escape al momento de trabajar sobre la narración de los sucesos. Así, a través del rápido vistazo y el oído presto, de la memoria que captura y almacena cuanto cae en sus redes sensoriales, del ingenio que con la palabra hablada, en rima o prosa, ceremonial o protocolaria, festiva, sarcástica, y de la palabra escrita espontánea o cultivada, ordenada o laberíntica; al presentar la forma como ocurrió un hecho en particular y un panorama del ambiente en que se desarrolló, al revivir o rememorar, al transportar al lector a través de un relato hasta el lugar y el momento en que sucedió, es como se crea una crónica.²

Las puertas del vagón se cerraron cuando todavía algunas personas se acomodaban en sus asientos o terminaban de adoptar una posición más cómoda al recargarse sobre una de las puertas o sujetarse a un tubo cromado para leer el periódico con fecha del viernes 21 de agosto o, simplemente, para esperar que transcurriera el viaje entre Cuatro Caminos y la estación a la que se dirigían.

Eran alrededor de las seis y veinte de la tarde cuando el tren avanzó como tantas miles de veces lo ha hecho, dejando tras de sí la estación terminal para dar lugar a un nuevo convoy y que éste fuera ocupado por otros usuarios y recorriera las vías de la línea 2 del Metro que atraviesan la ciudad de México del norponiente, donde se destaca el Toreo de Cuatro Caminos, hasta el sur, en la estación de Tasqueña.

El túnel tragaba el gusano de nueve vagones cuando un grupo de sujetos sacó armas de fuego de entre sus ropas para amenazar con ellas a los pasajeros. Apuntaban en distintas direcciones con el fin de ubicar una cabeza o un pecho como objetivos. Los hombres armados lograron apagar las exclamaciones de miedo y ansiedad que brotaron en distintos puntos, al mismo tiempo que proferían frases para hacer que los ocupantes entregaran sus efectos personales. Pistola en mano se distribuyeron a lo largo de la unidad sin dejar de apuntar y amedrentar a la gente con cobrar vidas si alguien se atrevía a hacer algo. Mientras uno de los asaltantes pasaba a recoger carteras, relojes, celulares y otros objetos de valor, el tren continuaba su marcha rumbo a la estación Panteones sin que al parecer se llamara la atención de los ocupantes de los carros contiguos. El recorrido, que dura en promedio dos minutos, fue suficiente para que los sujetos despojaran de sus pertenencias a la cincuentena de pasajeros que se vio inmersa en aquel instante de confusión y angustia. Al llegar a la estación Panteones y haber asegurado el botín, los asaltantes salieron del vagón y se confundieron con la gente que ocupaba el andén y salía del Metro sin que nadie pudiera o tuviera la intención de hacer nada para evitarlo.

Crónica. Relato que con el devenir de la historia ha sido cultivado por escribanos e informantes, espías, guerreros, juglares, testigos, poetas, historiadores, mensajeros, reporteros, periodistas y escritores; género que narra el *cómo* de lo que ha sido y, tal vez incluso, lo que pudo ser.³

Las puertas del vagón se cerraron cuando todavía algunas personas se acomodaban en sus asientos o terminaban de adoptar una posición más cómoda al recargarse sobre una de las puertas —aunque todos saben que está prohibido— o sujetarse al tubo cromado que a lo largo de treinta y cinco años de servicio del Metro ha perdido su brillo con el toque constante de las millones de manos de quienes van por esta línea a su trabajo, a la escuela, de visita o de paseo. Manos toscas y sudorosas o pequeñas y huesudas, cuidadosamente arregladas o con alguna cicatriz; manos cuyos dedos se estiran y aún no consiguen asirse con facilidad a los tubos transversales a cada lado del pasillo. Alguien abre el periódico con fecha del viernes 21 de agosto y lo ojea sin demasiado interés. El viaje transcurre para todos, como cualquier otro, entre Cuatro Caminos y la estación a la que cada uno de los viajeros se dirige.

Eran alrededor de las seis y veinte. La tarde caía afuera oscureciendo el cielo de manera paulatina con pinceladas violáceas y rojizas sobre el horizonte; nubarrones suspendidos —dibujados, como manchones grises— marcaban las zonas en que alguna lluvia caía sobre la ciudad. Adentro del vagón el tiempo permanecía indefinido, con esa sensación de noche eterna que crean las lámparas de halógeno que aún funcionan. El tren avanzó como tantas veces lo ha hecho. Dejó tras de sí la terminal para que un nuevo convoy se formara y fuera ocupado por otros usuarios y al dar la señal sonora y cerrar sus puertas, recorriera las vías de la línea 2 del Metro que atraviesan la ciudad de México desde el norponiente hasta el sur, uniendo con un trazo colosal el Toreo de Cuatro Caminos con la estación Tasqueña, pasando por el Centro Histórico y la calzada de Tlalpan que, para estas fechas, se convierte en una de las arterias más bloqueadas de la ciudad al primer signo de lluvia.

De manera casi automática al atravesar el umbral del túnel, en uno de los nueve vagones un grupo de sujetos sacó armas de fuego de entre sus ropas para amenazar con ellas a los pasajeros. Apuntaban en distintas direcciones, buscando siempre ubicar un objetivo para infundir miedo. Lo mismo estiraban un brazo empuñando el arma contra un chavo que con los audífonos puestos no había escuchado las primeras amenazas, que contra la anciana sentada junto a una puerta o el par de hombres que hablaban y reían desconfiadamente. Ante la posibilidad de que las pistolas fueran accionadas, las pocas exclamaciones de miedo y ansiedad se fueron apagando para dar paso a las frases que proferían los asaltantes para obligar a los ocupantes del vagón a que entregaran sus pertenencias. En medio de la confusión hubo quien contó únicamente a tres maleantes, otros tenían la certeza de que se trataba de seis. Los hombres, pistola en mano, con rasgos tan parecidos a los de cualquier persona y vestidos como cualquier otro ocupante del Metro, se distribuyeron

a lo largo de la unidad sin dejar de apuntar y amedrentar a la gente con cobrar vidas si alguien se atrevía a moverse o intentaba hacer algo. De ellos, el más pequeño, uno bajo de estatura que aparentaba unos doce años de edad pasaba a cada lugar a recoger carteras, relojes, celulares, pulseras y otros objetos de valor mientras el tren continuaba su marcha hacia Panteones. En los carros contiguos, al parecer nadie se percataba del suceso.

Con la presteza de los vendedores ambulantes que entre estación y estación ofrecen sus productos, cobran y dan cambio a quienes les compran, así este comando obtuvo en el lapso transcurrido entre dos estaciones un botín —aún no calculado— de la cincuentena de pasajeros que vivieron instantes de confusión y angustia. Luego de permanecer inmóviles debido al miedo, con los músculos tensos y las caras congeladas, y a pesar de la sensación de encierro y eternidad que muchos experimentaron, el tiempo no detuvo su marcha. Finalmente, el tren llegó a la estación Panteones donde, tras haber asegurado sus ganancias, los asaltantes salieron aprisa del vagón para confundirse con la gente que ocupaba el andén y la que salía de los otros carros del tren sin que nadie pudiera o tuviera la intención de hacer nada para evitarlo.

La crónica es un verdadero viaje sensorial a través de un relato. Es un artificio que captura la esencia del tiempo en el que podemos percibir, dependiendo de la destreza o la intención de su autor, los colores, las formas, los aromas, sentimientos y sensaciones que se produjeron en el instante que nos narra. Podemos incluso distinguir a los testigos y participantes, escuchar sus exclamaciones, sus frases, sus pensamientos.⁴

Al escuchar el sonido que hace el Metro antes de cerrar las puertas ya la vi demasiado cerca; ya ni cómo echarse para atrás. "Tú, nomás al tiro", me dijeron; "cuando te diga: 'vas', vas". Y ya, pues ahí iba. La gente ni en cuenta, cada quien en lo suyo. Yo los volteaba a ver como quien ve para todos lados sin ver nada; nomás porque no fuera a venir alguien conocido y, entonces sí, se chingaba la cosa. Chequé por todos lados casi sin moverme y no vi a nadie. La banda casi nunca andaba por acá, y si fuera algún carnal creo que no habría ningún problema: todos callados y ya luego daríamos explicaciones o haríamos cuentas. Pero, ¿qué tal que por ahí estuviera sentada una de las morritas de la colonia o la jefa de un valedor? Entonces sí iba a sentir gacho. Me recargué en un tubo mientras, frente a mí, un cabrón pasaba las hojas del Esto como si no leyera nada.

Se cerraron las puertas y arrancó el Metro. Ya otras veces había venido por acá, nomás rolando, en plan leve; también, cuando acompañé a Alicia a que tomara el micro para ir a la nueva casa de su jefe cuando él y su mamá se divorciaron. Al regresarme aquella vez, y escuchar el sonido que hace el Metro antes de cerrar las puertas, sentí un hueco en el estómago. Aquel día le hablé todo el camino de no sé cuántas chingaderas, pero nada realmente importante. Hubiera podido decirle: "Qué bonitos ojos tienes, Alis. ¿Me das un beso?"; y se lo hubiera dado. Pero *nel*, nada. Alis me gustaba un resto y no le

dije nada. Escuché el sonido que hace el Metro y ya no pude salir ni regresarme para decirle nada. Un hueco así, como el de aquella vez, sentía en la panza cuando el tren entró en el túnel y yo esperaba la señal.

Desde la otra puerta me echaron una mirada para que estuviera listo. En eso, estos cabrones sacaron la fusca que cargaba cada quien y empezaron con que el primero que se mueva le parto su pinche madre y con que ora sí hijos de su puta madre aflojen la cartera, el celular y todo lo que traigan si no quieren que les meta un plumazo por ojetes. En eso me quedé sordo. Veía a mis compas caminando de un lado al otro del vagón apuntándole a todo el mundo. Pensaba en que no se les fuera a salir un tiro, porque entonces sí se armaba. Bajar carteras no era tanto, pero ya cargar con un muertito es otro pedo. La gente sí se sacó de onda; pelaban los ojos como si se les hubiera aparecido la Llorona y medios apendejados empezaron a extender sus cosas mientras veían pasar a estos güeyes fusca en mano. "Vas," ahí estaba la señal; fue lo único que oí. Caminé por el pasillo igual que hace mi tía —que es bien acomodada— los domingos en misa, pasando la charola para recoger las limosnas; nomás que yo me los estaba taloneando gacho pero, igual que hace ella, me iba a llevar una parte de lo que hubiera apañado. Total, qué tanto es tantito. Ora sí, como los muditos que dejan un dulce y te piden una cooperación, recorrí cada asiento antes de llegar a la otra estación para echar en una bolsa lo que me iba dando la gente; "sin armar tantos panchos —me dijeron— para que no te vean de los otros vagones y si te ven, para que piensen que eres un vendedor o que andas como los chavos de la calle, pidiendo para un taco". En chinga recorrí todo el vagón y no hubo bronca. Ya casi al final, una señora que me dio su monedero se me quedó viendo y giraba la cabeza de un lado al otro como lo hubiera hecho mi jefa si me hubiera visto metido en estos *bisnes*, y medio me sacó de onda.

De repente, llegamos a Panteones, "lo caído, caído", pensé. Ya nadie dijo nada. Cuando se abrieron las puertas salimos todos en chinga, dándonos a la fuga entre la gente que estaba esperando o saliendo de los vagones. Mientras avanzaba hacia los torniquetes escuché de nuevo el sonido que hace el Metro antes de cerrar las puertas; me acordé de lo que no me atreví a decirle a Alis y pensé en lo que ahorita sí me había atrevido a hacer. La diferencia fue que en el estómago ya no sentía ningún hueco.⁵

En nuestra experiencia como nación, la tradición oral por la que el conocimiento y las costumbres son transmitidos de padres a hijos es una dinámica que ha permanecido viva durante siglos. La crónica se ha manifestado en las enseñanzas de orden religioso, los conocimientos prácticos, la formación académica y los valores sociales a través del relato, del cuento fantástico, de la leyenda o de la anécdota. Con el paso del tiempo, y la consecuente evolución y complejidad de las sociedades, la crónica se ha formalizado como transmisora de información, datos, nombres, fechas, sucesos y acciones que han marcado momentos precisos de nuestra historia. Los cronistas han dado cuenta de enfermedades, guerras, uniones,

alianzas, celebraciones, triunfos, derrotas, desastres, errores y logros. De esta forma, el valor de la crónica, como género periodístico, reside en su capacidad para conservar intactos no sólo los instantes narrados, sino también la descripción de los lugares y la naturaleza de los personajes participantes en un hecho; en que guarda el sentir de la gente, el espíritu del tiempo que dentro de la narración ha sido capturado y que mantendrá por siempre tanto la energía que le dio origen como el esplendor de una realidad que existirá suspendida e inmutable para la posteridad.



Como fuente misma de conocimiento, el estudio de las crónicas de otras épocas permite la mejor comprensión de un momento histórico determinado, ya que en ella habitan los usos y las costumbres de un sitio y tiempo; el ritmo que imprimió el autor como percepción de la celeridad de la actualidad particular que le tocó vivir; y de los participantes de la historia, sus motivaciones, los temas de su interés, sus preocupaciones, gustos y aversiones, todos, transmitidos por la voz que teje cada trama.

En otras palabras, la crónica periodística es una máquina o cápsula de tiempo que transporta la mente de quien se acerca a ella hasta un instante que, de no ser por este medio, pudo perecer en el total

desconocimiento. Vehículo por el que acortamos la distancia entre la existencia propia y la ajena, entre el ámbito de lo privado y lo público. Herramienta por la cual se compacta la red de identidad que contiene a una generación y la distingue de sus antecesoras y sucesoras. Primer paso de quien quiere compartir su amor por las palabras y su gusto por contar historias.

3.1. Cacería de instantes

A punto de sucumbir y ahogarme en un río de imprecisiones; inmóvil, fascinado y sediento de misterios y visiones, rompo mi quietud, me abro paso entre la multitud de soledades, dejo que los murmullos de este mundo graben su canción, me impregnen con sus olores e invadan mis sistemas. El viaje es intoxicante, hipnótico.



Digan que es instinto o que aprovecho las oportunidades, pero he aprendido a robar al mundo un poco de su esencia. Mis sentidos se hipersensibilizan ante el estímulo preciso, congelan el movimiento, absorben los colores y las formas, capturan los sonidos, incluso aquéllos que nunca llegaron a producirse. De pronto, percepción e imaginación estallan y se confunden. ¿Lo que he visto, lo había vivido ya en un sueño? ¿O estoy teniendo una lectura de los signos más íntimos, resguardados en la profundidad de los espíritus, en la oscuridad de los rincones? Ahora no quiero saberlo. Lo importante es que estoy cerca de ellos, los acecho mientras se deslizan como serpientes de humo entre los cuerpos amontonados, me envuelven, los aspiro, me crisan la piel y me hacen soñar. Los instantes. *Flashazos* de realidad. Cortocircuitos en el orden de las cosas⁶ que caerán atrapados en mi red. Aguzo la mirada; lanzo un tiro certero y se apropia de ellos la memoria hasta que el olvido arranque sus rostros disecados o la palabra los exhiba como trofeos de una exitosa jornada de cacería.

Algún día vas a meterte en verdaderos problemas y no habrá pretexto en verdad convincente para librarte de una paliza o, al menos, de un golpe bien asestado en la cara. Tu curiosidad va a terminar con la paciencia de alguien y no tendrás más remedio que enfrentarlo y atenerte a las consecuencias. Piensa que aquí, bajo profundo, nadie escuchará si gritas o si tu cabeza cruje al chocar contra el piso. ¿Quién le prestará atención a un par de hombres o un grupo de individuos que se apartan para tratar cualquier asunto en donde nadie los moleste, donde sus voces se confundan con el aliento de los túneles y pasillos? Alguien, acaso, distinguirá un gesto cargado de rencor o una señal de alarma dibujada en tu rostro; un manoteo repentino. Tal vez un curioso, como tú, se detenga a observar lo que pasa cuando te reclamen “¿qué me ves?”, pero enseguida continuará su marcha y luego de caminar dos pasos habrá perdido el recuerdo de la escena que acaba de presenciar al tratar, él mismo, de encontrar el orden de su propia historia.



No te rías, ni me mires como el necio a quien todo lo que escucha le parece una incoherencia. ¿No te das cuenta? Te comes a la gente cuando clavas tus ojos en ellos. ¡Ahí está la clave! Clavas la mirada cuando los observas; es agresiva, inquisidora, voraz, entrometida, obscena, impertinente, morbosa. Más parece un arma que una herramienta. ¿Inocente? ¿A quién quieres engañar? Cuando estudias sus gestos invades su intimidad; pareces no darte cuenta, pero atraviesas los límites de su espacio físico vital, clavas las uñas en la coraza de su identidad, irrumpes en su halo. De ser posible, invadirías y escudriñarías en sus pensamientos rompiendo el cristal de las ventanas de sus ojos; entrarías en sus mentes deslizándote, como un saqueador, por el túnel de sus oídos; besarías a cualquiera para robar la esencia de sus palabras y el sabor de sus historias recientes.

Hazme caso. Si no tienes cuidado vas a meterte en líos. Procura conducirte con cautela. Aquí abajo el mejor cazador puede convertirse en presa. Ten en cuenta que a ninguna bestia le gusta sentirse intimidada; sea por miedo o por enojo, el instinto las hace reaccionar con violencia. Un golpe seco, letal; una emboscada; un

ataque sorpresivo de la jauría; una estampida. Tienes que ser ligero de pies, hábil con el ojo, la memoria y la palabra y, sobre todo, discreto. Vuélvete uno con el entorno, mimetízate y, de ser posible, recurre a la invisibilidad; sé paciente y muy atento, permanece despierto, sujétate a la conciencia, no te dejes llevar porque lo que veas o el cauce del instante puede arrastrarte a un terreno del que no saldrás fácilmente.



Sé que tu silencio dice muchas cosas. Sé que cada una de estas palabras resuena en tu interior y, por muy distante que te muestres ahora, tengo la certeza de que no te es extraño cuanto he dicho. Lo mismo piensas cuando caminas en medio de la multitud y ubicas tu siguiente presa: si un cálculo falla, si haces un movimiento brusco o te atrapa el encanto del momento, perderás la oportunidad de conseguir un nuevo trofeo y, aún más, como a cualquier ladrón, puede costarte caro tu atrevimiento y ser capturado en flagrancia. Recuerda cuanto te digo, ya sabrás tú si haces caso.

✻

No puedo evitarlo. Muchas veces he intentado bloquearme, repetir estribillos populacheros y mortíferos como mantras para mantener mi curiosidad serena con el fin de estar al margen de lo que ocurre alrededor.

Es imposible. La atracción se vuelve más fuerte cuando intento negar mi naturaleza. No me refiero a evitar ver lo común y evidente, la aparición de un vendedor o un fakir subterráneo —escena que asalta a los ocupantes de un vagón con la estridencia de una voz que sentencia uno de tantos espectáculos del patetismo diario—; hablo de la incapacidad para dejar de cazar las sutilezas, los relatos ocultos que marcan la diferencia de los días al estremecer la monotonía con hechos ajenos a los ojos de una mayoría que permanece suspendida en el sueño, umbral de su historia cotidiana.⁸



Voy detrás de los lentes oscuros, guarecido apenas para evitar ser descubierto en mis andanzas por el peso intangible que imprime la inquisitiva mirada que disparan mis ojos. Estoy inmerso en el sonido de mis audífonos, pretendo practicar el ritmo de un instrumento que nunca aprendí a ejecutar mientras aprovecho para observar con libertad los cambios caprichosos del paisaje del amontonamiento; eras transcurren y se transforma la composición de su terreno cada dos minutos en promedio. Cierro los ojos y escucho una conversación anónima, personal e íntima, exquisitamente tentadora para el oído morboso;⁹ quisiera participar, pero permanezco en silencio. Viajo siempre en guardia; en posición de alerta continua para cerrar la trampa sobre las historias que son o que podrían tejerse con los instantes que recojo en el ir y venir del Metro. Firme y preparado para entrar en acción, recorro las entrañas de la ciudad para engrosar mi archivo de notas mentales y, sin embargo, voy indefenso, a merced del vicio de la suposición y la falsa telepatía, proclive a caer en la ensoñación y a extraviarme seducido por una mirada lánguida o a perder el rumbo por los caminos de una anatomía perfecta que me invita a la exploración.

Bajo la piel de la ciudad yace un mundo abundante en tesoros, plagado de bestias, habitado por fantasmas y sombras al que

acuden y atraviesan criaturas de todos los confines de esta tierra. La maquinaria que los conjunta y los mueve pretende mantener el orden y, bajo estricto control, el giro de sus engranes, la lógica de sus trayectorias. Orden, control, función, utilidad, productividad son los preceptos rectores de su existencia, dictados por el dedo que trazó su forma y destino originales. Conceptos que se agotan y reinventan con las alteraciones y rupturas que dan un nuevo sentido a la naturaleza del sistema y se convierten en llamados a unirse a la implacable marcha por la supervivencia, moneda corriente de nuestra historia. Estas rupturas, nuevas formas de vivir y de ganarse la vida, actos de supervivencia, despliegues de poder, actos de generosidad y humildad, transformación y adecuación de los espacios, concepción de lugares donde existen varias realidades y códigos distintos, formadas con instantes que estallan bajo el signo de la violencia contenida, del erotismo velado, de la sorpresa o del miedo; auspiciados por las mafias urbanas de generación cuasi espontánea pero histórica, por la negligencia, la ignorancia, el conformismo, el silencio o los gritos contenidos; lenguaje corporal, mimesis, inercia de las masas vivientes; son las presas que cazaré, las recompensas que espero cobrar si el instinto que aflora en cada travesía no me falla.

Allá voy de nuevo. Comienza mi búsqueda de todos los días. El escenario se descompone en multitud de relatos simultáneos e individuales, en distintos estados de conciencia y actividad, de movimiento o inmovilidad, en dosis circunstanciales de orden temporal y espacial que excitan los sentidos y la imaginación.¹⁰ Unidades básicas de la realidad. Rincones en el tiempo que se iluminan con la luz de una mirada para imprimir una fotografía en el alma.¹¹



Como una mosca a la miel se dirigió sin pensarlo justo frente a mí. Me había recargado en una puerta del vagón para asegurarme de que no me tragara la masa cuando el espacio del vagón se viera colmado por cuerpos fatigados en la hora final de la jornada. Él estaría rondando los treinta años; su calvicie y sobrepeso hacían difícil apostar por un dato exacto acerca de su edad. Entró al vagón,

al igual que yo, en Bellas Artes. Para cuando dejamos atrás Salto del Agua, el vagón estaba lleno. Los cuerpos y las miradas se agolpaban y chocaban incómodamente. Su cuerpo quedó a unos centímetros del mío. Apuesto que mi aliento se deslizaba por su rostro.

¿Qué te pasa? ¿Por qué te acercas tanto? Había espacio suficiente para ti antes de que el Metro se llenara; ahora no tendrías que estar aquí casi como una mancha sobre mi ropa. ¿Qué intentas con esto? ¿Qué esperas que ocurra con acercarte tanto a mí? ¡Qué burdo! No sabes fingir. ¿Crees que no me doy cuenta de que intentas excitarme todo el camino? O mejor dicho, calentarte; porque no hay una sola sensación que pudieras provocar en mí que te gustara escuchar.

Sí, es mi boca lo que tus ojos tienen a menos de un paso. Es mi aliento la tibieza que baja por tu cara y se pierde en el vapor invisible que ha comenzado a formarse. Anda, aprovecha que el vagón está lleno. Aprovecha que no puedo moverme para hacer de un sueño tu realidad en este momento. Cuéntate, mientras dure, esta historia.¹² No sabes que soy yo quien la escribe y decide qué rumbo tomará.

Haces un cerco con tus brazos a mi alrededor. ¿Para apresarme? ¿Para evitar que corra o que los demás puedan acercarse a mí como tú, o para evitar que escape de tu fantasía? Los otros se dan cuenta de mi aprisionamiento y pueden creer (así lo quieren creer) que esto es cosa de los dos, que nos hemos encontrado y hallamos ventaja del anonimato de la multitud para iniciar un lígúe subterráneo. Eso creen ellos; eso deseas tú.

El tren frena con rudeza y me sujetas por el brazo para evitar mi caída (un movimiento en falso, un cambio de posición serían suficientes para derrumbar el escenario que has construido para regodearte). ¿Caer dónde? Ni siquiera puedo mover un pie. Los cuerpos forman un embutido silencioso dentro de esta tripa anaranjada. "Gracias," te digo, y por fin escuchas mi voz, grave, profunda, descarada, tan descarada como la sonrisa que estalla en mi rostro al sentir tu contacto, y se burla de tu falsa ingenuidad y de la censura que se dibuja en los rostros de quienes están al tanto de tus intenciones.

Conforme recorremos la línea del Metro, tus estrategias cambian. Transitas por mi cuerpo, te aventuras a viajar con la mirada, se posan tus ojos sobre los míos, luego llegan a mis labios, siguen hasta mi cuello y yo, mientras tanto, por encima de las cabezas que tapizan mi campo de visión, busco en la puerta de enfrente el reflejo de lo que sobresale de mi figura mientras intentas halagarla con tus tímidos embates.¹³

Anunciando que pronto terminará tu viaje, estiras un dedo y rozas mi hombro. Acomodas una pierna y sientes la gruesa mezcúlla de mi pantalón. Tienes ya una idea general de mi olor. Se te acaban los movimientos sutiles y entonces doblo la rodilla derecha para hacer presión en tu entropierna. Mi bolsa, la única barrera que me separa de tu cuerpo, choca contigo y desearías que el movimiento fuera una señal. Tu reacción es inmediata, estás en guardia. Tus deseos son

ahora posibilidades que pronto se aclararán. Cómo desearías que no hubiera barreras, ni la bolsa, ni la ropa, ni la gente, ni suposiciones.¹⁴

Así hemos dejado atrás varias estaciones. Tras abandonar Santa Anita, el Metro regresa a la superficie. La puerta donde me recargo se abrirá en la próxima parada y tu tiempo habrá terminado. La gente se dispone a salir. Lentamente despegas tu brazo del vidrio de la puerta y, mientras baja, el canto de tu mano choca con la piel de mi brazo. Actúas con cautela; no quieres que termine este instante.¹⁵ “¿Vas a bajar?” me preguntas. Sin mirarte, sonrío, extravió la mirada en el vacío y contesto que no.¹⁶ No observo la reacción en tu rostro, pero la imagino.¹⁷

Giro la cabeza, te miro fugazmente y vuelvo a mi posición.¹⁸ El tumulto que, al salir del vagón, lleva tu cuerpo vencido rumbo a las escaleras, arrastra también las últimas palabras de tu historia y pone punto final a la esperanza que albergabas durante el camino, en tu silencio.

Muchas veces me pregunto si soy yo un ser de mis relatos, un vampiro que deambula a cualquier hora, bajo el amparo de la noche sin fin, en la ciudad subterránea; que acecha a su víctima y se alimenta con la esencia de un momento de su vida para luego botar o esconder su cuerpo y su recuerdo en el túnel más oscuro de la memoria. ¿Hay en mis ojos dos hoyos negros que succionan los relatos cuando éstos ocurren en las peligrosas cercanías de mi interés?

Como depredador en una selva cuya vida es abundante,¹⁹ espero entre la vegetación durmiente el movimiento que detone mis reflejos para lanzarme y cerrar mis fauces sobre una presa: una historia nueva. Cegado ante la posibilidad de que descubran mi identidad y mis intenciones, continúo mi viaje; no hay aventura sin riesgos ni riesgo que no valga la pena tomar cuando el objetivo es ir a una cacería de instantes.

3.2. Vivir para contar historias

“¿Por qué estudian periodismo?” Fue la pregunta que, dicen, le hizo Enrique al grupo. Digo “dicen” porque la primera semana de clases aquel semestre me la salté olímpicamente y no estuve aquella tarde en el salón para responderle: “porque me gusta el chisme”.

“Porque les gusta el chisme”, puntualizó él ante el silencio apático y precautorio del grupo. “Porque me gusta el chisme”, sin dudarle contesté a mi amigo Benjamín, quien sí había asistido a la escuela desde el primer día y me relatara después aquel episodio. “Algún tiempo consideré ser psicólogo, dar terapia y enterarme de las intimidades de la gente”, continué, “pero lo mío es el chisme a gran escala: los medios, las masas, las historias y, sobre todo, poder contar aquello de lo que me entere; hacer de eso mi labor. Al ser psicólogo, tendría que ser reservado porque el secreto profesional me impediría revelar los secretos de mis hipotéticos pacientes.” Así que el periodismo y la comunicación son lo mío. Lo pensaba entonces

y lo confirmo ahora. Quizá no con una sentencia tan categórica y burda como aquella de “porque me gusta el chisme”, pero sí en parte o, mejor dicho, con razones basadas en el principio que hace del ir y venir de información a través de distintos canales y con distintas intensidades, una de las actividades más propias y placenteras del género humano.



De una u otra forma todos ejercemos la comunicación en distintos niveles y ámbitos y con propósitos diversos. Observamos para memorizar, aprender e imitar. Preguntamos para saber o aclarar. Decimos para expresar. Callamos para ocultar o para evidenciar. Mentimos para no decir la verdad, para obtenerla o para aderezarla. Relatamos para pormenorizar. Y también opinamos, criticamos, analizamos, sintetizamos, retomamos, nos inspiramos, imaginamos, soñamos, recordamos y creamos. El estudio de estas y otras actividades que, por ser inherentes a nuestra naturaleza y ejercerlas de manera cotidiana, podrían pasar inadvertidas, más la enseñanza o guía a través de los lineamientos de su uso²⁰ en diferentes episodios de la historia²¹, pueden constituir un esbozo de lo que en la actualidad se trata la carrera universitaria de comunicación y periodismo, que recoge la evolución de los géneros y la apropiación de estilos que hacen de esta actividad declarada “objetiva”, una labor subjetiva, intimista, diversa y apasionada, hermana con la literatura y revestida de sus recursos creativos.²² En teoría, un viaje bajo profundo en el que, luego de subirse a un tren y pasar por numerosas estaciones subterráneas o superficiales y transbordar entre líneas que se cruzan, esperamos trazar un camino propio sobre el mapa del curso que nos es ofrecido, con la finalidad incierta de formarnos como comunicólogos, comunicadores y/o periodistas.

BOG

Soy periodista. Mi labor no se desarrolla como todo el mundo podría imaginarlo: en la mesa de redacción de noticias de un medio o correteando la nota o la entrevista —eso nunca se me dará— micrófono o grabadora en mano. El trabajo que hago —o que he hecho— implica que a partir de cierta información genere

mensajes, los jerarquice, los mantenga actualizados y todo esto con una periodicidad establecida. Así que, por definición, sí soy un periodista.

En el fondo, me considero un cronista, un narrador de historias; más como un juglar o un cuentacuentos que como un reportero. Lo mío consiste en tomar todo aquello que, en teoría, aprende un periodista durante su formación universitaria para aplicarlo en una constante generación de historias que, reales, semioníricas o fantásticas, propias o ajenas, individuales o compartidas, constituyen la materia prima de un imaginario que en algunas ocasiones, de tan cuantioso en géneros, estilos y voces, gotea y en otras podría desbordarse y engullirme.²³ Mi trabajo es cazar instantes que he de compartir a través del relato. Vivir para contar historias.

Terminamos una jornada más de tareas poco trascendentes. En Miguel Ángel de Quevedo abordamos la línea 3 del Metro para llegar al centro de la ciudad e ir al Café Tacuba a comer. Sin duda, había sido un día como tantos otros: sábado por la mañana, reunidos, los amigos habíamos planeado las estrategias para asegurar nuestro futuro; habíamos contribuido, con el talento especial de cada uno, al mejoramiento de la sociedad; un grupo de universitarios que más que hacer, hablaba, anhelaba en voz alta, como tantas otras voces se elevan para quejarse, desear o reclamar sobre el asfalto y bajo la tierra de esta ciudad.

Luego de terminar una sesión más de nuestra *serie* de proyectos, los amigos salimos a la calle en busca de una opción para saciar el hambre. El Centro Histórico era un punto que nos quedaba bien a todos, fuera porque estaba cerca de la casa de algunos o porque era zona de paso en el camino hacia la casa de los otros. Unas cuantas estaciones, un cambio de línea y luego de unos veinte minutos enfiláramos por la calle de Tacuba al restaurante que hace muchas décadas adoptara para sí el nombre de la vía que lo vio nacer. Buscaríamos ocupar un gabinete para quedar bajo uno de esos arcos decorados donde al parecer todo el mundo quiere estar, ordenaríamos algo rico del menú y bebidas para refrescarnos. Y no era para menos, el calor en la línea 3 es sofocante, más aún, cuando se trata de un sábado veraniego por la tarde. Los cánticos de los mendigos eran más agudos e insoportables; los vendedores ambulantes zumbaban como mosquitos gigantes tratando de picar la piel de nuestros brazos con mercancía de procedencia ilegal. Las señoras gordas se desparramaban. Los bebés llorones hacían lo suyo conectados al sistema de audio del tren. Los cuerpos sudaban, la ropa se pegaba, y todo aquello resultaba insoportable, pesado y duro como una condena que, por fortuna, duraría sólo unas estaciones más. El sopor nos invadía; entrecerrábamos los ojos; sellábamos los oídos y, más allá de nuestras conversaciones, no escuchábamos la estridencia del exterior ni los susurros que nunca llegarían a ser gritos.

Cambiamos a la línea 2 en Hidalgo. Llegamos a Bellas Artes. Una estación más y estaríamos fuera y a unos pasos de nuestro destino. Al abrirse las puertas de los vagones y salir al andén en Allende y

tomar rumbo hacia la calle, la burbuja que habíamos construido a nuestro alrededor para aislarnos del entorno se reventó con el estruendo de vidrios rompiéndose y un grito que cortó de un tajo la tranquilidad de aquel instante. Aturdidos, nos tomó algunos momentos reaccionar. Nos observamos, preguntándonos con la mirada sin querer mencionar lo que ya teníamos la certeza que había ocurrido.

El tren que nos trajo había partido ya. El que llegaba a la estación, en la dirección opuesta, había frenado en una maniobra inútil por evitar lo que ahora podíamos ver y ninguno se atrevía a poner en palabras. La respuesta del personal del Metro fue inmediata. Sin darnos cuenta desactivaron la energía de las vías; al momento, dos inspectores de estación volaron en sendos saltos hacia ellas para quedar justo frente a la cabina de control del tren, cuyo cristal estaba estrellado a la altura de la vista del conductor. Con manotazos y grandes voces alejaron a la gente y evacuaron la estación en segundos. "No hay nada que ver aquí. Desalojen la estación, por favor". Sus miradas se dirigían después a la parte inferior del tren; observaban entre las ruedas y las vías y se volvían a dar órdenes a más personal que aparecía como de la nada.

En silencio salimos de la estación. Cada uno reconstruía a su manera lo ocurrido: la tragedia, el fin de una vida al que fuimos invitados sin pedirlo. Nos preguntábamos el porqué, el qué habría detrás, el quién era. Caminábamos quizá un poco más lúcidos acerca de las sutiles fibras que se mueven o se rompen para que algo así ocurra. Quién sabe cuánto tiempo duraría esa lucidez. "Se tardan un máximo de cuarenta y cinco minutos en sacar los restos, limpiar y volver a energizar las vías. Tienen planes de acción bien estructurados y listos para cuando pasan estos eventos", dijo uno de mis amigos y continuó, "mesa para seis, por favor".



Nunca nadie puede saber cuándo ni cómo. Cuándo el velo frío de la muerte rozará nuestro rostro tras su paso o cuándo nos sonreirá con gélido gesto para conducirnos de la mano, con la fuerza de lo inevitable, a lo desconocido. Ni cuándo ni cómo se pondrá fin al

relato de una existencia. Ni el que está ahí para vivirlo, cuando por voluntad propia renuncia a seguir vivo, sabe cómo será el instante en que ocurra, aunque tenga dispuestos los medios para hacerlo. Tan sólo pasa, ejecuta un acto último, vive el final de su vida: termina con ella y, de sí, sólo queda el recuerdo de quienes lo conocieron y, en algunos casos, de quienes asistimos, sin ser invitados, al momento en que consiguió dejar de ser.

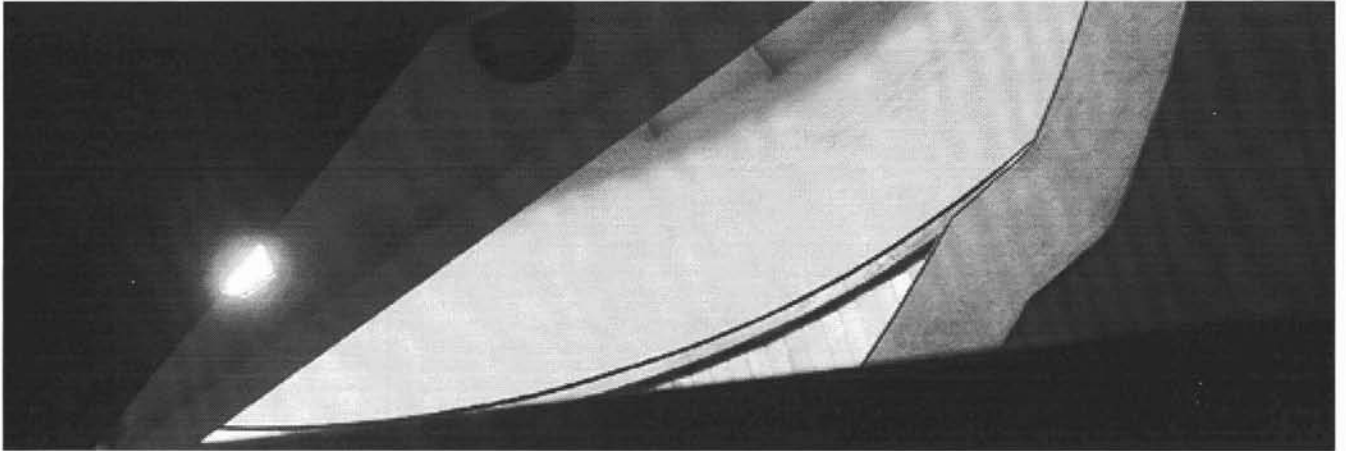
3.3. Vida y crónica

La vida es una historia que se cuenta a sí misma, en la mayoría de los casos, a oídos sordos. ¿Rutinaria, aburrida, predecible? Sólo en apariencia. Relato único que genera llamaradas que rozan el cielo y luego, al extinguirse, reduce todo a cenizas cuyo recuerdo se esparcirá en el aire. Cuento de nunca acabar —que sí acaba— del que somos, en todo momento, protagonistas y espectadores. Narración que comienza por accidente²⁴, sin pedirla, sin esperarla, sin tener conciencia de ella hasta que descubrimos que, sin remedio, una parte se nos ha extraviado, se nos ha salido de la bolsa y caído en el olvido, abismo del que, contrario al pasado, poco podemos recuperar.



La vida, por lo menos la mía, es una *serie* de episodios guardada en una colección de imágenes imborrables; archivo que se desborda de tan cuantioso como multiforme. Lo mismo lo llevo en la memoria que lo almaceno en cajas, en el disco de la computadora, o lo llevo impreso en la piel. Cada imagen, un indicio fehaciente de mi historia, es, en sí misma, un camino andado o el gatillo que detona versiones distintas de esta vida, un relato opuesto o paralelo. Al observar algunas de ellas, vienen a mí recuerdos de lo que fue y se producen imágenes nuevas: las escenas de lo que pudo ser. El pasado puede ser una celebración o una tragedia, todo depende del ángulo desde donde se le contemple.

Desciendo por interminables escaleras hacia abismos donde están las remembranzas, los ecos, las conjeturas, los proyectos trancos, los aciertos y también los errores. Al estar allí, la realidad pierde su dimensión. "Por siempre" y "Nunca" duran lo que tardo en llegar a otro punto al avanzar o retroceder la cinta de los recuerdos y, si la detengo, el presente me trae a la superficie, hace de una expedición a través de los años un instante que ha quedado también en las profundidades del pasado.²⁵



Cuando ya no estuvimos juntos pensé que se me iba la vida. Las noches en que tu voz hizo eco tras dejar nuestro mundo intenté por todos los medios inyectar vitalidad a nuestra historia, recuperar lo que tuvimos, soñar con lo que podríamos tener. Poco a poco, los recuerdos se fueron consumiendo y, con ellos, mi energía; tu imagen quedaba únicamente en las fotografías que había hecho de ti. El creer en lo imposible era sólo un paliativo; la razón me achacaba a cada momento que había presenciado el final.

Ahogaba mi voz con una almohada para evitar que me abandonara también la copia malhecha de tus sonidos, pero fue imposible. El llanto provocó que mi cuerpo vaciara paulatinamente lo que de ti llevaba dentro y, si mi constitución hubiera sido otra, su fuerza habría arrojado mis entrañas y mi espíritu al vacío. Me habría dado por muerto, me habría perdido en los oscuros pasadizos del inframundo. Deambularía por ahí, mudo, incapaz de contar lo que fuimos y lo que ahora soy; ciego, negado para maravillarme con los giros de esta historia que continúa.

Me aniquilaba el terror a la soledad, el contemplar yerto un campo que habíamos cultivado para llegar juntos a su cosecha. Terreno sobre el que ahora se proyectaba una sola sombra cada vez más cercana a la horizontalidad del suelo; silueta que quizá buscaba cobijo y consuelo bajo el abrazo eterno de la tierra.

La ciudad se empeñaba en mostrarme los escenarios que compartimos. Los padecí, los deambulé sin poder evitarlos, pues el camino que tantas veces transcurrimos era el mismo por el que mis

pasos me llevaban ahora sin ti. Nuestros planos se cruzaban y había momentos en que sentía tu presencia y creía adivinar tu rostro entre la gente que ocupaba un vagón del Metro al alejarse. Me aventuré a invocarte, a pisar el suelo donde yo no podía estar, y comprobé que no hay *vida después del amor*,²⁶ al menos, no la vida que había sido nuestra. Mi relato se extraviaba; otros caminos me llevaron desde las cloacas de la ciudad hasta los rumbos donde perderse es un acto irreversible. Conforme pasaba el tiempo, caía por completo en una parálisis, en un estado de petrificación emocional y creativo, pero fueron la creación y su fuerza vital, el redescubrimiento de las palabras, entre maldiciones, plegarias y oscuros vocablos que sanan, como mi historia retomó su cauce, continuó escribiéndose y estuvo lista para ser contada.

En la conciencia de una vida atada al mundo de los muertos descubrí que demasiados exorcismos no son suficientes para erradicar la influencia negativa de un espectro que nos ronda tan sólo porque nos aferramos a él, porque nuestra ceguera e invalidez son las causas que impiden su partida. Aprendí que traerlo a la mesa por cualquier medio, en contra de su voluntad, puede convertirlo en un demonio.²⁷ Es mejor hacer de él el final de un relato agotado, o el fantasma inofensivo que aparece, únicamente como epílogo, cuando se le invoca al servir una copa demás. El trago amargo que se desvanece en la garganta al saberlo muerto para mí.²⁸



Intento capturar la vida y recrearme en ella al poner en palabras sus historias y vericuetos. Vivirla y revivirla para no dejar que se desvanezca en el olvido ni que caiga en el silencio profundo tan parecido a la muerte cuando no puede romperse, como el contemplar un cuerpo yerto que sujetan nuestros brazos o una tumba sin nombre donde ningún llanto habrá de regar la tierra.

La vida es la conciencia de la vida, aunque es innegable que también se vive en la inconsciencia. —¿acaso más?— libre de la sujeción a la norma de lo lineal, lo correcto y lo verdadero.²⁹ ¿Quiere decir esto que vida es igual a conocimiento? ¿Vivir es un concepto que se aprende o es un camino por el que se va en una continua búsqueda, un sendero

que se dibuja al caminarlo? ¿Es una meta o es la forma de llegar a ella? ¿Es un espectáculo o es nuestra obra? ¿O es la vida la libertad de existir sin conocimiento de todo cuanto la determina, la delimita y la complica? ¿La vida es felicidad y armonía o tristeza y caos? ¿Vida es lo que contemplo o lo que siento fluir dentro de mí?

Bajo por las escaleras. El Metro sale ya de la estación y camino hacia el final del andén para esperar el siguiente. Hay algo que transforma mi vista. Lo que veo son sólo manchas. En vez de personas moviéndose sobre el piso, observo plastas de distintos colores sobre una base grisácea que se dirigen succionadas hacia un punto en común y siguen la orientación de las líneas amarillas en cada borde del andén y la franja azul donde, generalmente, el nombre de la estación está escrito, aunque ahora sólo distingo extraños caracteres blancos. Sé que estoy en Xola y que es de día. Tengo la certeza de que tomaré el Metro para llegar al centro de la ciudad, pero no sé por qué mi percepción se ve trastornada. Al mirar mi cuerpo noto que yo mismo soy un conjunto de brochazos que se desplazan sobre una superficie compuesta por bloques en distintos tonos de gris. He avanzado sólo unos pasos, pero todo se ha vuelto lento, pastoso, y estoy tan confundido que me cuesta trabajo saber cuánto tiempo ha pasado desde que comencé a ver las cosas así hasta que percibí el foco de atención que, como punto de fuga, absorbía las líneas y las formas que conformaban este cuadro.

Sigo avanzando y, de repente, todo a mi alrededor se perfila; vuelven a aparecer los detalles. Sobre la cuadratura de los mosaicos del piso crece una mancha roja con aparente vida propia. Es brillante y espesa, efervesce conforme gana terreno; puedo decir, incluso sin comprobarlo, que está tibia. La forma suave y orgánica en que se desarrolla contrasta con la rudeza y el brillo apagado del piso. Cuando finalmente detiene su avance observo lo que ya todo el mundo ha apreciado, la fuente de esta mancha: un hombre que yace bocabajo, inconsciente.

Las voces a mi alrededor denotan preocupación, angustia y, al mismo tiempo, temor y fascinación. Yo permanezco en silencio, intento capturar cada detalle, cada textura, cada línea. Surgen las hipótesis en voz alta: "Lo golpeó el tren." "Intentó arrojarse." "Alguien lo empujó." El hombre comienza a convulsionarse ligeramente sin emitir sonido alguno. Se le escapa la vida. Tras unos segundos, no hay más movimientos y todos alrededor guardan silencio. Dos policías han notado lo ocurrido y llegan al círculo que se ha formado. Uno de los uniformados acerca su pie hasta el cuerpo y con la punta del zapato mueve la cabeza para confirmar que "ya está muerto. Hay que llamar al M.P." "Retírense, por favor. Vamos", dicen.

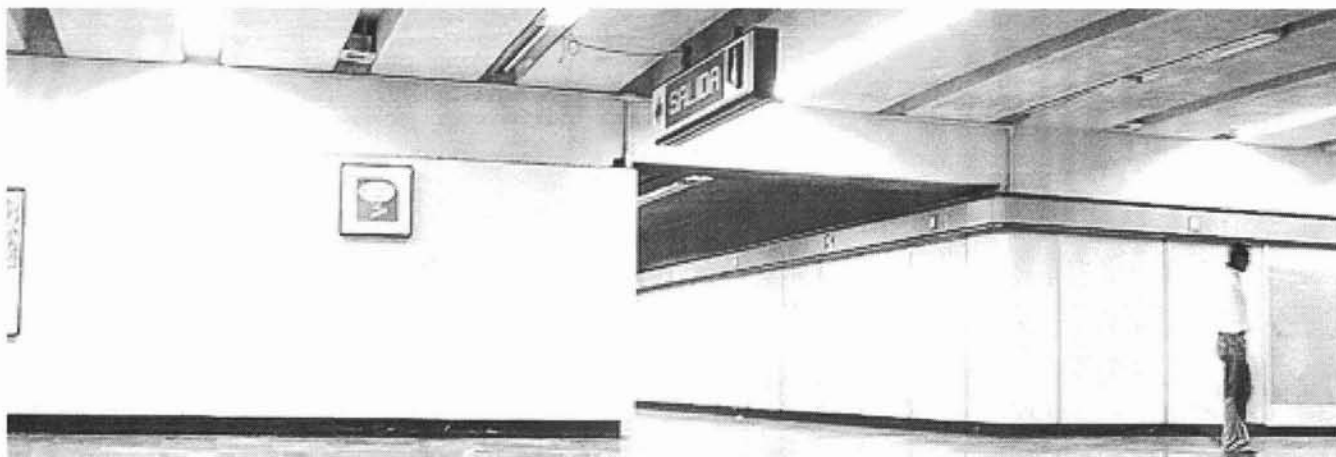
La vida se le acaba a un hombre y veo el instante en que abandona su cuerpo y lo convierte en un cadáver sobre el piso junto a un charco de sangre. Esa vida, de la que sólo presencié el final, queda capturada en estas palabras y permite que quizá aquel hombre que ya no vive no haya muerto del todo.³⁰

La vida es una *serie* de vivencias, de ilusiones, de relatos que producen imágenes; un juego de luces, una proyección; es quietud y movimiento; color, destello, claridad y oscuridad. Creación que perdura o se desvanece, pero que sabe llegar.³¹ La vida es un instante capturado para la posteridad en el recuerdo. Imagen física o mental traducida en palabras que ya no escapa, nos enseña, nos transporta, nos nutre, nos recrimina, nos reinventa. La vida es una crónica y la crónica es el relato de la vida. Historia que se cuenta a sí misma; visión y versión inasibles, pero perdurables, de los pormenores del tiempo que tuvimos y aprovechamos o desperdiciamos.

Vivo para contar mis historias, para dar cuenta de los hechos que han marcado el rumbo de mi travesía, para apropiarme de los lugares y los nombres que no quiero confinar al olvido, para no tener que vivir entre los muros del futuro y del pasado, sino tener todos los planos presentes: los que serán, los que son y los que fueron, probables y comprobables, reales e imaginarios.

3.4. La frontera de lo real

Siempre, en algún punto del camino, pierdo la certeza de todo, incluso de mí mismo. Me enfrento a las dudas que cimbran el sentido de la vida y desatan las tormentas en el interior: ¿Quién soy? ¿Qué soy? ¿Soy?



La realidad no es dura ni inquebrantable, un hecho furtivo cambia el rumbo de una historia y es así como evoluciona el relato de una vida a través de los años, moldeando lo real en función de los sucesos. Sin embargo, los cambios que perfilan la realidad son tan sutiles que muy pocos individuos los notan —generan una sensación de *linealidad* interminable—, e ignoran que cualquier hecho, cualquier alteración, pone de manifiesto la flexibilidad y maleabilidad de dicha realidad. De pronto, un escenario se derrumba y surge uno distinto, con nuevos personajes, nuevas situaciones; lo que era real no lo es más y surge la duda, siempre presente en la introspección onírica: ¿Es esto real o estaré soñando?

Mi espíritu se tambalea en cavilaciones. Me observo en el espejo innumerables veces para no olvidar que soy yo esa figura que me contempla —sin alcanzarme— del otro lado de la superficie reflejante. En cada ocasión se asoman un rostro distinto y una misma alma inquieta. Es necesario un gran esfuerzo para no fragmentarme ante la posibilidad de no ser yo quien piensa y habla por mí; para no dejar en el espejo un poco de mi esencia cada vez que me reflejo en él y quedarme sólo con los rasgos que tengo al contemplarme.³² Observo también cuanto ocurre alrededor: los objetos, los escenarios, las situaciones, las historias que conozco porque las he vivido o me las han contado. Todo está ahí y parece ser incuestionable, pero no es así.³³ Todo lo que es me remite a la posibilidad de lo que puede o podría ser y cómo eso me afecta o cómo podría yo afectar que ello sea o no sea así.

Al buscar en cada signo el significado de las cosas, en realidad mi objetivo es encontrar la razón de mi propio ser, único e inequívoco. Al hacerlo me enfrento con un burlón remedo de mí mismo, un proyecto o versión que me representa en el escenario de la rutina como imagino ser o como me imaginan los demás.³⁴ ¿Cómo puedo estar seguro de que yo soy éste y de que soy así?



En el relato de mis días —narración que hasta hace muy poco mantenía oculta—, en los personajes que involucra, en las circunstancias, los lugares y los momentos en que ocurre, busco mi esencia, mi origen y mi propósito; la causa, la energía motora para cada una de mis acciones. Cuando parece que he dado con todo ello, la duda que acecha siempre se me abalanza y me obliga a cuestionar todo de nuevo: ¿Es mío el impulso que me activa? ¿Es éste mi cuerpo, ésta mi casa, éste mi universo? ¿Soy real o soy sólo una invención?³⁵ ¿O soy lo que alguien más quiere que sea: un dibujo, una imagen en movimiento, un personaje, una leyenda?³⁶

Me ha seguido desde Justo Sierra, esquina con Argentina, hasta convertir la calle en Donceles. No puedo perderlo, va a mi paso, coordinando cada movimiento; es persistente, no cesa en su intento por aparejarse, por tomar mi mano y guiarme o perderme. Doy

vuelta en Palma, hacia la izquierda; nada lo distrae. Por el rabillo del ojo alcanzo a distinguir su contorno. "¿Estoy huyendo?" Así parece; aceleró el paso y esquivo a los *coyotes* que intentan comprarme algo. "¿Qué vendes, joven?" Ahora giro a la derecha en Madero, al final de la calle se levanta la Latino, fría, inerte, estropeando lo parejo de los viejos palacios. Sigo y sigo y viene detrás, casi con su aliento sobre mí. He pasado por aquí mil veces, anónimo, contra la corriente del río. Hoy me han reconocido, me requieren para algo. ¿Y qué ocurre? Me hago el *interesante*; escurridizo como el suspiro que alberga deseo. Me atormento, es la tensión de ser la presa: sé que me tiene en la mira y que puedo dejarme alcanzar, aflojar el paso, pero... ¿para qué me arriesgo?, ¿qué tal si no es nada bueno? Rechino con cada zancada



y no quiero ni ver los aparadores. Instintivamente busco el semáforo en verde, o si está en rojo, que no venga un auto a romperme el ritmo para seguir adelante, sin titubear. "Tengo que llegar al Metro". Si corro hasta pasar el Sanborns de los Azulejos y cruzo a todo prisa el eje quizá pueda esquivarlo, si es que no me aplasta el tránsito que viene de Juárez. Sin tanto pensar, cruzo la avenida y me doy cuenta de que me sonrío desde un parabrisas. "Creo que estoy loco". No es un delirio: en cada rincón lo percibo; viene detrás, o en las alturas me observa; quizá ahí, debajo de la coladera. "Sí". Del interior de Bellas Artes sale

haciéndose el disimulado y me observa por encima del hombro. "Caí, caí en el juego; estoy corriendo". Es una mezcla de sentimientos: el miedo y la emoción, el corazón a tope, la paranoia, acorralamiento, claustrofobia y desamparo. Rápido, bajo las escaleras y me cierra el paso media docena de tipos que quieren pasar por el torniquete antes que yo. "¿Qué no ven que tengo prisa? ¡Me viene siguiendo!" Quiero estallar en risa —será por los nervios—. Por fin entro y las piernas me quisieran llevar hasta el otro lado del andén, de un solo salto, un pequeño vuelo, sin que nadie se diera por enterado; mejor no, ya viene el convoy y tampoco se trata de eso. "Vamos". Por las escaleras, con los pelos de punta, sudando, y aún puedo sentirlo, me sigue sin esforzarse. Acaba por fin el pasillo y oigo llegar el Metro. "Es el mío. Constitución de 1917. Como voy", pienso. De pronto estoy en el andén: tercer vagón, tercera puerta, "tururú", y por fin respiro. Se cierran las puertas y ocupo mi lugar recargado sobre la puerta, "se quedó allá atrás —je, je—, no pudo conmigo". San Juan de Letrán, Salto del Agua, Doctores, Obrera, Chabacano... ¿Qué me pasó? ¿Cómo lo explico? ¿Quién era ese? ¿Por qué me escondo? ¿Por qué corro? ¿Por qué tanta ansiedad? Sigo muy tenso, el vagón me asfixia, el calor de la primavera hace del inframundo un infierno en la Tierra. Pasa La Viga, luego Santa Anita, y antes de salir a la superficie y a mi



destino, alzo los ojos. Me está observando. Está ahí en el reflejo. Está aquí, conmigo; en mí. Soy yo. "He sido yo, siempre".

La incertidumbre de uno mismo es la llave que abre la puerta hacia la exploración de los otros, de la vida, del mundo; es la invitación a creer en lo que vemos y a llamarlo *real*, o el pretexto para negarlo y construir algo en lo que los otros puedan creer y hacer que lo vean *real* a través de nuestros ojos y de nuestras palabras.

3.5. Narrar y crear

La creación encierra la esencia de nuestro ser, todo lo que de bueno y malo hay en nuestra naturaleza; lo que vivimos y lo que soñamos; lo que creemos, lo que deseamos y lo que queremos olvidar; la suma de nuestras fortalezas, temores y convicciones.

En un objeto, en un lienzo, en una imagen, en un plano, en un relato, se vierte el impulso por ver cristalizados los sueños, los proyectos, las ideas; tanto nuestros deseos más legítimos como los más egoístas.

Modelamos con nuestras manos un universo a nuestra imagen y semejanza.

En la palabra que concebimos para formar el hilo que tejerá una historia yace la fuerza vital, el rasgo que le robamos a la naturaleza para accionar los mecanismos necesarios para que se dé el misterio de la creación y de la vida.

Narrar es una cura para los males del pasado; ejercicio para ahuyentar las pesadillas de la soledad; la mejor materia para nutrir la vida cuando se sufre de aburrimiento y desgaste por causa del uso rutinario. Chisme o noticia, ensoñación o perversa fantasía. De la más honda intimidad a la comunicación masiva, a través del relato —de la crónica— se conjuran los instantes, se reviven los hechos, se les recrea y puede incluso dárseles un nuevo rostro. Por la gracia de las palabras somos capaces de soplar el aliento vital a un cuerpo que de la nada comienza a vivir bajo nuestra mirada. Al desbordarse los torrentes de palabras sobre el papel o el teclado, se fertilizan los sentidos y el espíritu para que se apresten y den buenos frutos en la cosecha de visiones y recuerdos.

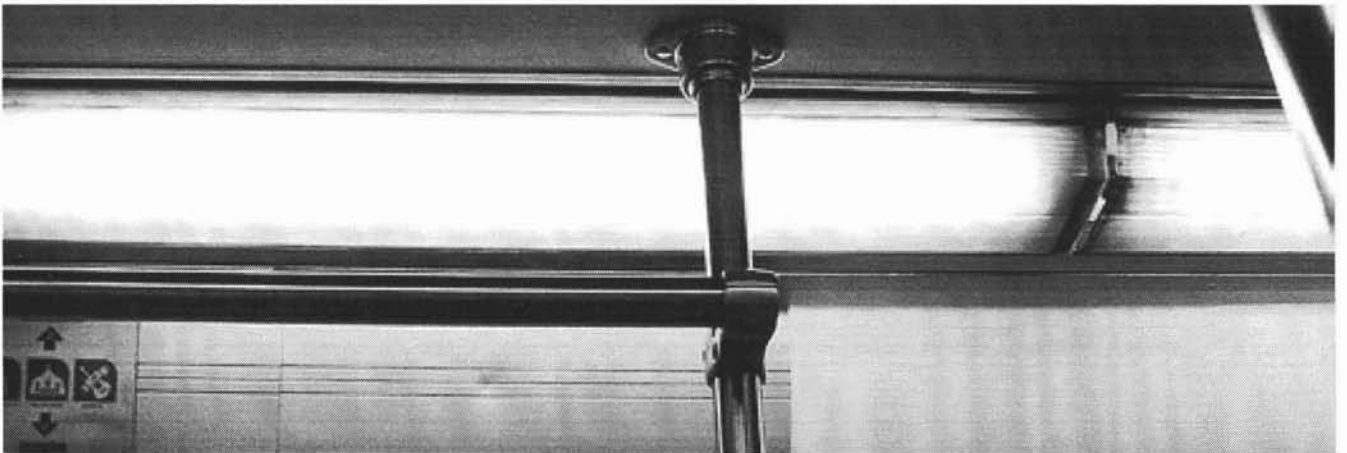


El cronista no sólo tiene el poder de relatar lo que ha ocurrido, sino también el de otorgar y quitar valor a los detalles, crearlos u omitirlos, conducir al lector por el camino que desee y pintarle el mundo como él lo ve. Puede ser el guía que acompañe los pasos de un inseguro viajero por los oscuros terrenos del inframundo, de una mente atormentada por las sombras del pasado y atada a la tierra yerta de la incertidumbre. La luz que alumbra los túneles por donde los pensamientos confundidos penen, como almas alejadas de la verdad, en busca de su redención. El vendedor que ofrece un mundo a la medida de los deseos de cada individuo. Araña que observa desde un extremo de su red cómo otras formas de vida

caen y se adhieren a su encanto, oponen resistencia y terminan por abandonarse hipnotizadas por el diseño de una trama pensada para no dejar escapar ninguna presa.

Al narrar, vislumbra el futuro y lo inventa. Recuerda el mundo y le da forma.

Hechicero que infla un recuerdo, aparece un objeto perdido, imita una voz, levanta paredes y columnas, hace cantar las aves y reverdecer los campos. Este relator revive un muerto o un episodio pasado, genera una ilusión y puede guiarnos a través de sus senderos, por lo alto de los valles o bajo tierra, entre cuevas y tumbas, venciendo el peso de las realidades oníricas que no son sino burbujas que estallan en las manos. Si así lo desea, puede convertirse en un personaje de sus encantamientos y engañarnos, perdernos, hacernos olvidar el rumbo por el que veníamos y el objetivo que buscábamos. Y también tiene la capacidad para crear mundos aparte, que cohabitan en el espacio de los que conocemos sin tener que perturbarlos, adonde podemos llegar si seguimos el camino de sus palabras.



Notas del capítulo 3

¹ Lo que los “nuevos periodistas” se proponen es ocupar el sitio privilegiado de los autores de novelas mediante el realismo provocador, irreverente y agresivo de sus textos y una clara voluntad de estilo. El reportero no desaparece, como en la nota informativa convencional que cubre el espectro qué-quién-dónde-cuándo-cómo y por qué, sino todo lo contrario: se involucra como protagonista en la historia que reporta y redacta sin desdeñar ninguno de los recursos —diálogos, descripciones, monólogo interior, reflexiones ensayísticas, caracterizaciones de los personajes, punto de vista narrativo, manejo del tiempo— de que dispone un novelista en su arsenal literario.

Campbell, Federico, *ídem*, pp. 110-111

² Se trata de una relación de hechos, detalles, ambiente, organizados en orden cronológico. Es la narración de un acontecimiento de interés colectivo en la que el cronista se puede permitir comentarios y acotaciones y ejercer su estilo personal.

Si bien la crónica responde a todas las interrogantes de la nota informativa qué, quién, dónde, cuándo, cómo y por qué a fin de cubrir para el lector todo el espectro de la información básica, su característica como género periodístico es que el cronista pone énfasis en el cómo sucedieron las cosas.

Campbell, Federico, *ídem*, pág. 65

³ ...la intención del cronista consiste en ir más allá de los hechos: describir el ambiente en que se producen, un contexto, y elaborar a lo largo del relato una interpretación.

Campbell, Federico, *ídem*, pp. 65-66

⁴ La crónica se distingue del reportaje en que no media en ella una investigación documental ni testimonial, aunque sí recoge el cronista para dar color y verosimilitud frases pertinentes de quienes tengan un valor de testigos.

Campbell, Federico, *ídem*, pág. 66

⁵ El estilo como juicio moral y político, la implicación de que el tema refleja a la sociedad en su conjunto, la intención de penetrar en las mentes de asesinos, motociclistas, gánsters y políticos, constituyen para Monsiváis las características del nuevo periodismo.

Campbell, Federico, *ídem*, pág. 111

⁶ ...la experiencia de entonces era una sucesión de instantes congelados. ¿Quién congeló esos instantes? ¿En qué mente hemos quedado fijos para siempre? Empiezo a recordar algo de todo aquello y es como si todo lo que hubiera estado contenido se vaciara hacia el mundo.

Elizondo, Salvador, *Op. cit.*

⁷ Hay miradas que pesan sobre la conciencia. Es curioso sentir el peso que puede tener una mirada. Es curioso comprobar cómo el afán de retener un recuerdo es más potente y más sensible que el nitrato de plata extendido cuidadosamente sobre una placa de vidrio y expuesto durante una fracción de segundo a la luz que penetra a través de una combinación más o menos complicada de prismas.

Elizondo, Salvador, *Op. cit.*, pág. 25

⁸ A fines del siglo XIX el personaje ciudadano de la capital es... el paseante, el botánico del asfalto, el cronista y el filósofo de la variedad de tipos humanos y sus oficios y manías.

...ya despojada la Calle de sus virtudes formativas, desaparece el Paseante y en cada vagón del Metro se presenta el Voyeur, el Mirón, el que deambula sobre apariencias, semblantes, cornucopias del habla, noviazgos que se reblandecen en un beso, ensimismamientos con o sin la mente en blanco, fajes discretos y no tanto, goces generacionales...

Monsiváis, Carlos, *Op. cit.*, pp. 167-168

⁹ ¿Hay algo semejante al "voyeurismo auditivo"?... esa destreza que del oleaje de rumores... extrae el tema elocuente... En el Metro el "voyeur

ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA

auditivo" se frustra, llega tarde a los intercambios noticiosos y debe retirarse antes de las revelaciones.

Y en el segundo o el minuto donde se agolpan las revelaciones, uno sale del vagón abrazando la derrota. Ay amor, qué incompleta es la vida cuando los chismes se truncan...

Monsiváis, Carlos, Op. cit., pp. 166-167

¹⁰ "El periodista no es una máquina. No es una grabadora. No es una taquimecanógrafa. No es una procesadora electrónica de palabras. Es un escritor [...] intenta, mejor, reconstruir una experiencia y hacerla sentir al lector [...] Utiliza las herramientas de la narrativa para dar un cuadro, un contexto vivo, y procede de escena en escena —como los novelistas o los narradores cinematográficos—..."

Campbell, Federico, ídem, pág. 113

¹¹ Esa luz se concreta, como la del recuerdo, para siempre en la imagen de un momento.

Elizondo, Salvador, Op. cit.

¹² Es preciso que ese momento se fije en tu memoria. Es preciso que ahí, congelados, inmóviles, nos retengas para siempre como has retenido el rostro que viste aquella tarde, ¿recuerdas?

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 81

¹³ Mi relato es uno; es, como he dicho, elucubración. ¿Qué pensamientos recorrerían tu cabeza en aquel momento?:

En aquel momento empezó a caer la noche. Esta impresión había cobrado evidencia con la mirada de aquel hombre ('...de aquel desconocido') inmóvil, con la vista fija en la ventana y que, tal vez, evocaba un recuerdo lejano al cual ahora nosotros estábamos íntimamente ligados.

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 66

¹⁴ Era preciso no decir ni una sola palabra. Absorbería mentalmente cada uno de estos objetos poniendo toda su atención en ellos, en la luz que los iluminaba...

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 18

¹⁵ ¿Por qué te has detenido?, ¿por qué se ha congelado este momento?

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 25

¹⁶ Quizá tu entendimiento llegue más allá y pienses:

...en el momento en que tu mano tocó la mía, había algo sagrado, algo infinitamente intocable y prohibido en tu mirada; el misterio de un momento agónico contenido en la fijeza de tus ojos que se dirigían tenazmente hacia aquella ventana...

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 108

¹⁷ Hubieras huido para siempre, sólo por el miedo de alterar el significado de un gesto en el que estaba contenida la esencia de un cuerpo.

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 110

¹⁸ Algo, quizá una mirada cruel me contuvo y me hizo volverme hacia aquel camino que acababa de andar.

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 40

¹⁹ ...las actividades del que viaja en metro son numerosas y variadas. La lectura ocupa allí un gran lugar, mayormente (por más que algunas líneas de metro sean más intelectuales que otras) en la forma de historietas o comics o de novelas sentimentales... Así, las aventuras, el erotismo o el agua de rosas se derraman en los corazones solitarios de individuos que se concentran con una constancia patética en ignorar todo cuanto los rodea sin dejar pasar la estación en que deben apearse... pueden ser reducidos a su actividad del momento, pero resultan aún más remotos detrás de esta fachada inmediatamente identificable porque no nos dan el menor indicio, ni siquiera indirecto o parcial, de sus delirios, de sus deseos o de sus ilusiones... los más jóvenes están absortos en la audición de músicas misteriosas... También están aquellos (mayoría en efecto silenciosa) que no hacen nada, que sólo esperan, con los rostros aparentemente imperturbables en los cuales el observador atento (el paseante ingenuo, el viajero inocente) puede sin embargo sorprender a veces el paso de una emoción, de una preocupación o de un recuerdo, cuya razón u objeto se le escapan siempre.

Augé, Marc, Op. cit., pp. 61-63

²⁰ "...los géneros: la entrevista, el reportaje, la crónica, el artículo de fondo, el editorial y la reseña que, aunque unos menos objetivos que otros y más interpretativos que otros, se distinguen cada vez más de la forma literaria y tienen como fin principal transmitir información."

Campbell, Federico, *Manual de periodismo*, Alfaguara, México, 2002, pág. 19

²¹ ...en plena Segunda Guerra Mundial, una lenta transformación hacia formas más imaginativas del periodismo, es decir, técnicas de redactar que aportan un mayor contexto social, político e histórico a los lectores. Los diarios empiezan a asimilar la influencia del periodismo llamado interpretativo que desarrollan revistas como *Time* y *Newsweek*.

Campbell, Federico, ídem, Loc. cit.

²² ...hacia 1967 por ejemplo, cuando Truman Capote publica *A sangre fría* (una novela "sin ficción"), empieza a sentirse cierta incomodidad en los periodistas norteamericanos como Tom Wolfe que estaban hartos de las convenciones de la objetividad y la imparcialidad tradicionales y, a partir de entonces, los llamados géneros pasaron a fundirse y a confundirse.

Campbell, Federico, ídem, Loc. cit.

²³ ...el periodista de los años 70 opta frecuentemente por el "nuevo periodismo" en el que se desvanecen las diferencias entre los géneros. Las entrevistas entran en el reportaje y el reportaje se integra libremente en una crónica que asimila todos los recursos de la narrativa literaria: la descripción, los diálogos, la nota de ambiente, el retrato de personajes [...] lo único que hay es narrativa.

Campbell, Federico, ídem, pág. 20

²⁴ ¿Dónde comienza una historia? Pensó que las historias no empiezan, las historias suceden y no tienen un principio. O al menos ese principio no se ve, se escapa, porque estaba ya inscrito en otro principio, en otra historia, el principio es sólo la continuación de otro principio.

Tabucchi, Antonio, *El ángel negro*, Editorial Anagrama, Barcelona, España, 1998, pág. 55

²⁵ Somos una película cinematográfica, una película cinematográfica que dura apenas un instante.

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 93

²⁶ Do you believe in life alter love?

Believe, Cher

²⁷ ¿Somos la materialización del deseo de alguien que nos ha convocado, de alguien que nos ha construido con sus recuerdos, con sombras que nada significan?

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 121

²⁸ [Al morir] ¿Somos el recuerdo de alguien que nos está olvidando?

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 84

²⁹ La vida quedaba sujeta a una confusión en medio de la que era imposible discernir cuál hubiera sido el presente, cuál el pasado.

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 13

³⁰ Tu cuerpo se queda solo en medio de la esta muchedumbre que viene a presenciar el fin de un hombre y sólo tu participarás del rito, de la purificación que el testimonio de su sangre realizará en tu mente.

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 132

³¹ Somos un signo incomprensible trazado sobre un vidrio empañado en una tarde de lluvia.

Elizondo, Salvador, Op. cit., pp. 93-94

³² ...tal vez eres un hombre sin significado, un hombre inventado, un hombre que sólo existe como la figuración de otro hombre que no conocemos, el reflejo de un rostro en el espejo...

Elizondo, Salvador, Op. cit., pág. 15

³³ Muchas veces pienso que no he pasado nada por alto, absolutamente nada, pero hay resquicios en esta trama en los que se esconde esa esencia que todo lo vuelve así: indefinido e incomprensible.

Elizondo, Salvador, *Op. cit.*

³⁴ Para ser verdaderos es preciso que seamos tal y como nos imaginan los desconocidos.

Elizondo, Salvador, *Op. cit.*, pág. 28

³⁵ ¿O somos tal vez una mentira?

Elizondo, Salvador, *Op. cit.*, pág. 84

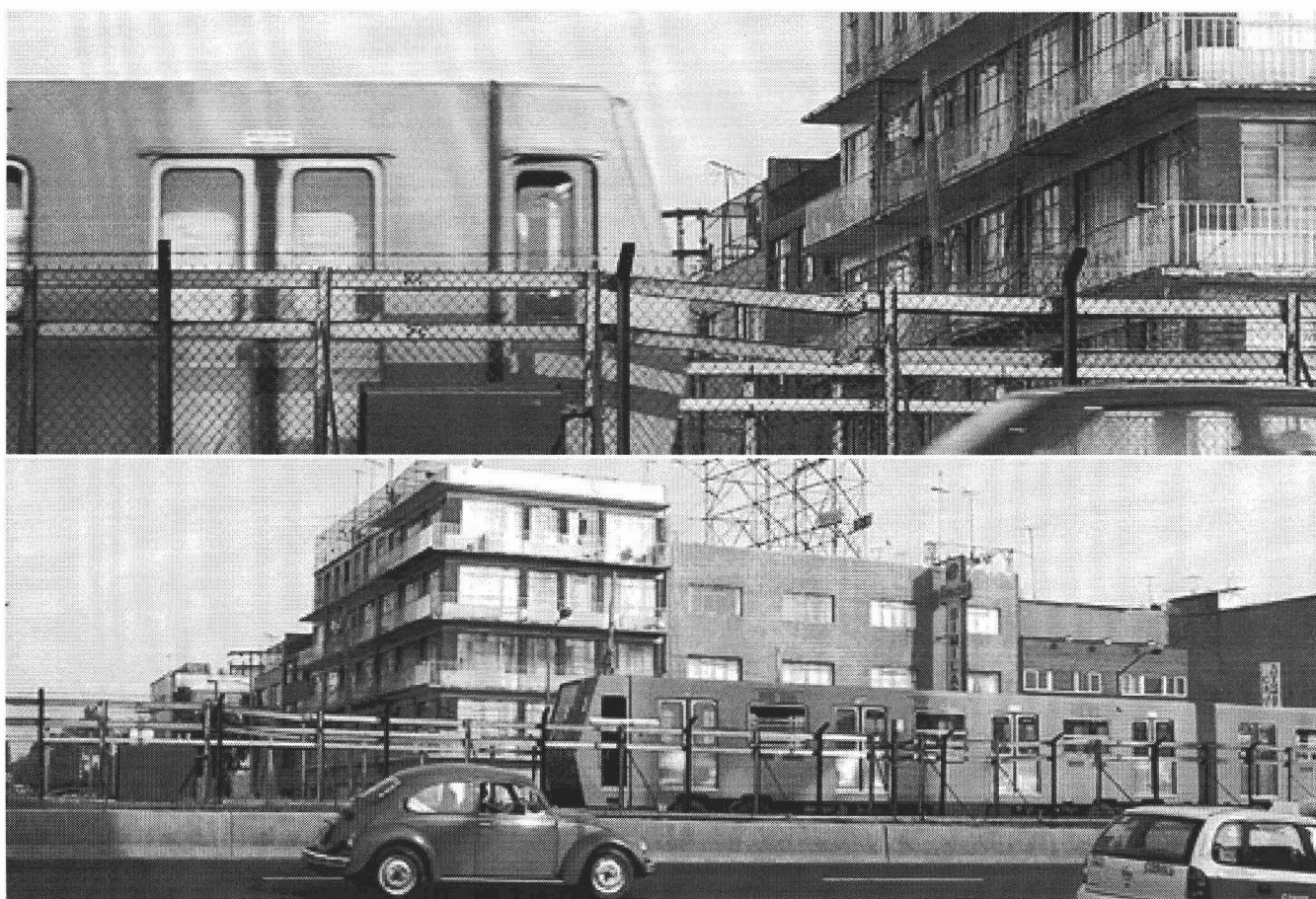
³⁶ Alguien ha señalado la posibilidad de que seamos una realidad inquietante: la de que seamos nada más que las imágenes de una película cinematográfica.



Apuntes finales

Este viaje bajo profundo no sólo nos ha llevado al subsuelo. Durante el recorrido también nos hemos asomado al horizonte, a las calles, a los rincones y a la esencia de una ciudad, a sus rostros y sus miradas. Sobre todo, hemos alcanzado a rozar alguna historia de vida.

Las voces que nos guiaron a lo largo de esta travesía son la esencia de una fracción de las miles que escuchamos, imaginamos o pretendemos adivinar y que se han manifestado en este texto a través del empeño de una sola persona.



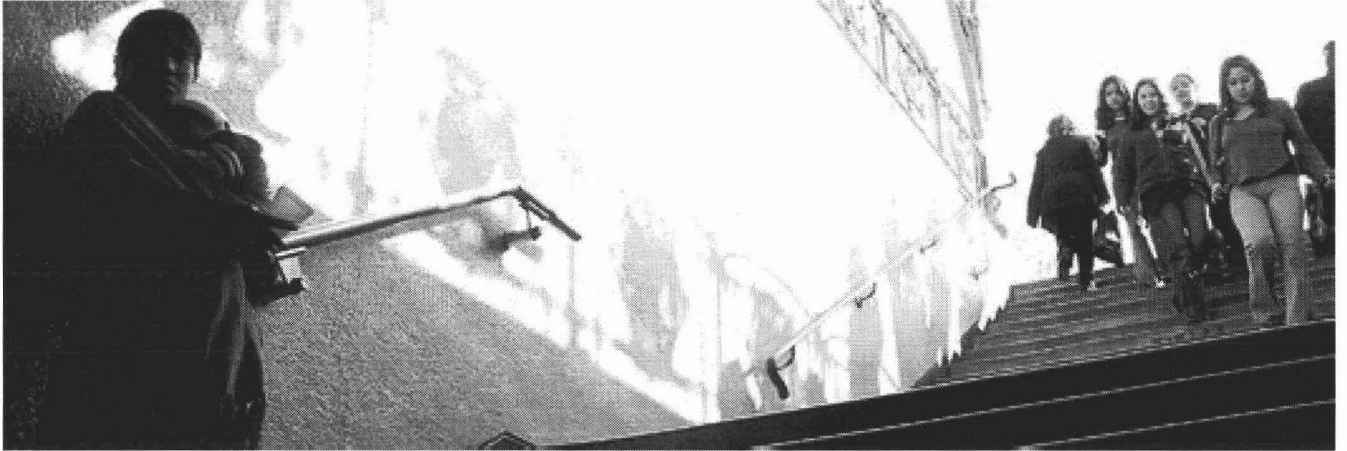
El paso continuo por las entrañas de mi ciudad, los estados de letargo e inmovilidad, el bombardeo de imágenes y sonidos, la fascinación por los susurros y cuchicheos ajenos y, sobre todo, la energía de la gente que inyecta vida al alma de la urbe, que da forma a su cambios de paisaje y de humor, y ha dejado huella a través de la historia, son las cosas que alimentan mi espíritu, mi inconformidad, mi rebeldía, mi silencio, mi actuar, mi imaginación, mi mirada, mis palabras, mi vocación.

A través de las páginas de este texto he intentado mezclar tres elementos relevantes en mi vida: el caótico entorno urbano donde vivo que continuamente me inspira para crear historias e imágenes; mi gusto por las palabras, mi pasión por escuchar historias, por contarlas, crearlas y compartirlas; y un fenómeno que siempre ha sido detonador de mi imaginación y mi interés: el Metro y la vida que contiene en su interior. El resultado ha sido la crónica de un viaje que para mí aun no termina pero que he tenido que resumir en unas cuantas páginas. Travesía por sitios y momentos que en la rutina o en los momentos decisivos de mi vida en el pasado han trazado un mapa de significados sobre la geografía de la ciudad de México y que, gracias a la relación que tienen con varias estaciones del Metro, me es posible visitar, revivir, reconstruir, replantear y poder extender una invitación para quien desee acompañarme en este viaje, no sólo para conocer mis historias, si no para ir hacia un punto más profundo en el acontecer y el sentir de la ciudad e, idealmente, hacia el encuentro de sus propias historias y recuerdos.

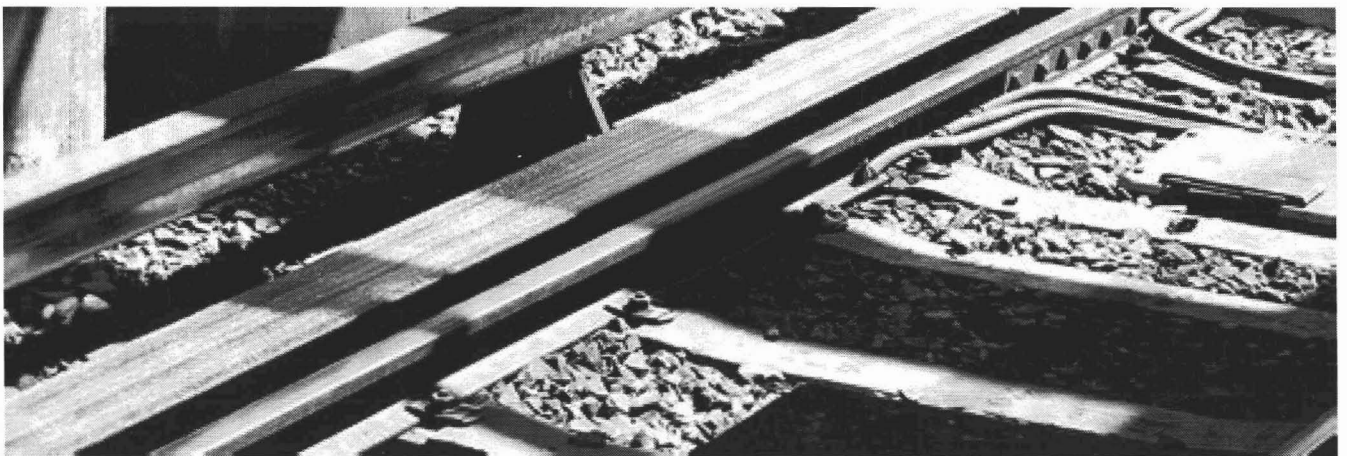


Estos breves apuntes finales no son una estación terminal sino, apenas, una correspondencia, un cruce de caminos. Un paso que me permitirá continuar siempre con la premisa de ser un colector de instantes, imágenes, esencias, texturas y recuerdos, dispuesto a

continuar mi viaje, vivir mi *serie* de historias y, sobre todas las cosas, poder compartirlas.



Este trabajo nació con la intención de mostrar cómo un fenómeno u objeto cualquiera de nuestro entorno es capaz de disparar la inspiración o el interés científico o humanístico y puede poner en marcha distintos procesos creativos, en este caso de orden periodístico, literario e interpretativo, y que lo mismo puede ser un llamado a quienes se desarrollan en otros ámbitos y disciplinas para que abran los ojos y tomen en cuenta tanto éste como otros fenómenos de la sociedad. Es, en última instancia, una invitación a abrir la percepción hacia la cotidianidad, hacia las cosas simples y comunes que damos por hechas o acabadas. Es el boleto a un viaje en busca de respuestas en el interior de cada uno de nosotros.





Bajo en este viaje a mis raíces,
a mi sustento,
a mi esencia;
en busca de la fuerza que alimenta
mis pasiones,
para hacerme resurgir
con respuestas a todas mis dudas
desde lo profundo.

¿Cómo abarcar más terreno cuando nuestro propósito es aprehender una realidad flotante, fugaz, siempre presente, en la que sólo participamos por instantes? ¿Cómo continuar una expedición cuando al parecer hemos tocado fondo y más allá no hay sino silencios que nos impiden atravesar las barreras más duras? La respuesta está en el sonido de otras voces; en apropiarse de las historias que los otros viven o atestiguan para conocer otras aristas de la vida multiforme que se gesta en el vientre de la ciudad.

Un personaje picaresco¹ deambula por los pasillos del Metro. Marcado por los signos del presente, ajeno a la ocultación y el falso pudor, va y viene con su actitud cínica y su discurso disparatado fonética y visualmente² calentando el ambiente de quien se cruza por su camino e intercepta su atención. Las siguientes crónicas encierran la esencia del estilo de este personaje que a un tiempo es voz y protagonista de la *serie* de episodios que ha vivido bajo profundo en el Metro, en las entrañas, bajo la piel de la ciudad.³



Pero en fin. Yo he tenido pocas experiencias paravergas.. Solo un chavito cute ke, de los ke me cagan. Se sube al metro, se parkea junto a mi... de reojo noto ke me voltea a ver (yo por supuesto andaba un poco irresistibile con look skatero, argollas en las orejas y mi piercing del labio..jeje). Entonces me digo 'Y porké no??' y empiezo a verlo tambor... de reojo por ke si estaba feo, no se fuera a clavar. De pronto, se cambia de lugar, de estar parado, a uno de los asientos (ke me caga usar porke vas viendote la geta con el de enfrente.. prefiero viajar PARADO). Lo empiezo a ver, y veo ke el me ve (?). Y en una de esas, me le kedo viendo fijo, cachondeandole con la lengua y el piercing, y bajando mi mirada al package... y weeeeey!, el pendejete empieza a fruncir el ceño y a mover la cabeza rapidamente diciendo 'no' y viendo al piso, como en plan de 'no no no, dios me libre!.. Jajajaja y me empiezo a reir. Pero de pronto pense ke sería un tick pendejo del wey. Lo sigo viendo, él ME SIGUE VIENDO (por eso me cagan, pinches

gays frustrados) y de pronto se levanta 1032947 kms antes de llegar a su estación onde bajará, pero se para junto a mi... Yo viendole su perfil, pero él volteando de vez en vez. Nuevamente me le kedo viendo a los ojos, y bajo la mirada a su package y... nuevamente hace su pinche expresión de 'no no no'. Se baja, lo sigo con la mirada, el metro cierra, avanza, y al pasar yo junto a él, le pinto un pito.. POR PUTO!! Jajajajaja la neta si medio me la paró.. Estaba warrin, como me laten.

✂

Yo hoy tuve de aventura, pues solo a un weicito, ke ya tendría unos 28, porke se veia desgastado, pero chikito..jeje. Un poco más chaparro ke yo. Y me echaba unos ojos cachondos. De pronto, yo volteaba a verlo, y él ya no me pelaba, solo leía un librete y yo veia ke se metia las manos a la bolsa, y se hacía no se ke madres. Pero cuando se preparo pa bajar en la estación, ooooooh, traia su pistola bien parada y entonces ya me veia bien ruta directa. Por supuesto, yo apendejado estaba viendo su pistolita parada bajo el panto... y ps como no pudo haber acción, solo al bajar me arrimo su mano a mi pistola, ke ya estaba a medias tintas y tan tan. Si se me antojaba ese wey pa hacernos una chaketa. No estaba muy de hit de la jeta... pero era carne.

✂

Con la novedá mi comandante de ke no hay novedád. En realidad, pues 0 ligués lúbricos METROpolos, salvo un chavito bien rico ke se subio en mi vagón y ke traia un piercing en la nariz, pero el wey se sentia el divo y ni volteaba a ver a nadie. Sin embargo estoy seguro de ke si se dio cuenta de le yo me lo estaba cogiendo en mi mente. Y ke no me diga ke no era gay porke entonces yo no soy Ugo.

✂

...y de las crónicas lúbricas, pues no ha habido mucho. Han estado medio de weba los machos, y por consiguiente los cachondeos. Lo único hoy fue un warrito ke vi en el metro ke traia unos converse negros y un panto de mezcla 2-3 chido. Esos tenis me la paran bien rico con panto de mezcla, y pues le vi las patas, medio me prendió, pero le vi la geta y ya no me gusto tanto...aunke aun así aguantaba un faje. El hecho es ke el pendejo subio al vagon conmigo, pero se puso a leer. Eso del librito me da weba, tons lo abrí...

Recuerda ke los buenos vinos llevan su tiempo madurar. Así las crónicas lubricadas..jeje. Habrá ke esperar.

✂

Yo hoy me aventé un cachondeo rico en el metro. Y como siempre, me estoy dando topes ahorita por no haberme bajado en la estación en la ke bajó el wey ese.

Metro Tacuba... Un macho enorme, como de 1.90 flaco, blanco, la neta no feo. Con estilo chido, no pandro, no skato, no fresa...pero chido. Me ve, y supongo ke no imagina mi realidad..jaja. Porke se empieza a hacer wey.

De reojo lo observo de las patas, del paquete, de la cara..y si, concluyo ke es una buena bestia. Me le kedo viendo al paquete para ke cuando él me vea, se de cuenta ke eso kiero, y funciona. Aun creo ke dudaba de mi realidad. Finalmente voltéo a verlo a la cara, le fijo mi mirada y termina volteando para verme a los ojos tambien. Bajo la vista a su paquete, la mejor zona para verle a un wey; y entonces reacciona... confirma lo ke él ya sospechaba.

El cabron se endereza para verme de frente, y se empieza a masajear la reata super hot!. Ya sabes, a apretarla encima del panto de mezcla, a acariciarla, marcarla chido en el panto...pero viendo a la vez mi paquete. Para entonces yo ya la traia parada, y habia empezado a masajearmela tambien. La VERGOTOTOTA ke se le veia a ese wey estaba de fábula; si se me hizo awa la boca. Durante 4 estaciones medio seguimos cachondeandonos con la mirada, y agarrandonos las vergas..cada kien la suya, porke estabamos lejos. Finalmente el wey se aproxima a la puerta, ya a un lado mio..sigue agarrandose la pistola muy chido, me ve y me insinua ke bajemos del vagon. Las puertas se abren, el wey se baja, se keda parado, como esperando a ke yo baje.... pero suena el pito, las puertas se cierran y yo me kedo arriba del tren. En ese momento me prendió, pero no como para bajarme y hacer todo el show de kien soy, edad, a donde voy y si soy activo o pasivo..jaja. Llevaba yo un buen retrazo en mi tiempo, y llegaria MAS tarde aun a la office. Ahora pienso' Me hubiera bajado con él, le hubiese agarrado la pistola, kizas le habria pedido ke me la enseñara, y ya bien horny hasta me hincaba para mamarsela'. chaaaaa..

END

Me cagan los bugas ke se siente muy machines, pero ke en el fondo los mata la curiosidad por ver lo ke se siente tener acción con otro cabron! ai te va la de hoy:

Metro Tacuba, sube un macho, pero MACHO, con un tatuaje en la nuca, 'adornado' por un piercing ke producía la imagen de los ojos del tatuaje. Era un tatuaje de águila o una madre así. La combinación, se veia de no mames!. Entra, se parkéa parado enmedio de los asientos que hay entre puerta y puerta. Ahí, empieza a voletar para ubicar a la gente, me ve, kita la mirada, y la vuelve a regresar hacia donde yo estoy. Para entonces, yo ya iba 2-3 horny por su tattoo perforado, pues se quedó parkeado dandome la espalda so, lo veia perfecto. Le veia su trasero, su panto holgado..definitivamente un macho rikisimo. Usaba lentes, de lo cual no soy muy fan, pero a ese wey cagadamente no se le veian mal... Moreno, pelos erizos, cara de maldito.... Lo empiezo a observar de la cara, y me doy cuenta ke trae dos piercings negros en el labio inferior..uno a cada lado, y ke va jugando con ellos. El wey para entonces ya ha volteado varias veces

a verme... Lo sigo observando, como cogiendomelo en mi mente, y lo veo jugando tambien con un piercing ke traia en la lengua NO-Ma-MES!. Un wey perfecto!... Veníamos ambos con audífonos, so estábamos 2-3 desconectados del exterior. Solo las miradas las 'escuchabamos'...

Transcurren 5 largas estaciones cogiendomelo en todas posiciones en mi imaginación; volteando ese wey a verme, observandole yo las nalgas, su panto holgado y sus patas. Unas patas enormes, ke aunke no traian sneaks skate, sino unos tenis negros tipo Jordan o una madre así, lo hacía ver muy machin (por n-esima vez lo digo). Nos aproximamos al metro Tacubaya, y el wey se mueve hacia la puerta siguiente para bajar...no hacia la puerta donde yo estaba. Se hace wey durante el trayecto pero, justo unos segundo antes de ke se abran las puertas, voltea y se me keda viendo a los ojos encabronadamente... la clásica señal de 'bajemos aquí'. De ultima hora decido bajarme del vagon, y seguirlo. El wey caminaba despacio, dejando ir a todos como para kedar solamente nosotros dos. Nos kedamos solos, pero el wey sigue caminando, sigue volteando a ver si lo sigo (Por eso me encabrono mas!). Finalmente se alinea en las escaleras electricas, y yo me apaño el espacio junto a él. Empece a rozar mi antebrazo con el suyo... el wey parece ke ve la situación ya neta, y 'reacciona': Levanta el brazo ke yo tocaba con el mio, y empieza a rozarse la frente... o la nariz. La neta ni se. él sigue jugando con sus piercings del labio mientras yo lo veo de reojo..finalmente, voltea y me ve a los ojos y hago lo mismo. Su mirada ya no fue muy de cachondeo, y su verga no parecía estar erecta; para estas alturas de un cachondeo, ya traes, muy seguramente, la verga bien dura...ese wey no.

Se terminan las escaleras electricas, adelanto el paso, volteo hacia atras para confirmar ke aun me sigue.. nos volvemos a ver pero termina el encanto: Él empieza akedarse atrás, su mirada ya es de 'precaución' y se desvia para ver el pendejo listado de estaciones ke están colocados en la pared. Ahí evidentemente ya no pretendía seguir con el show. Me adelanto un poco mas, y me detengo en una 'barda' ke rodea unas escaleras. El pendejo termina de 'ubicarse' en el mapa de las estaciones y sigue su camino. Pasa junto a mi, nos volvemos a ver a los ojos, pero ya no me movi, solo lo seguí con la mirada; Lo cierto es ke a partir de ese punto, el wey no volvió a voltear para nada. Kizas si lo hubiera hecho, lo hubiese alcanzado again... Me kedé superprendido wey, superpendejo, aguante ahi cerca de 2 minutos asimilando el desmadre y medio pensando en ke la pude haber cagado. Casi 10 minutos perdidos, adrenalina, la calentura al tope y sin nada conseguido...

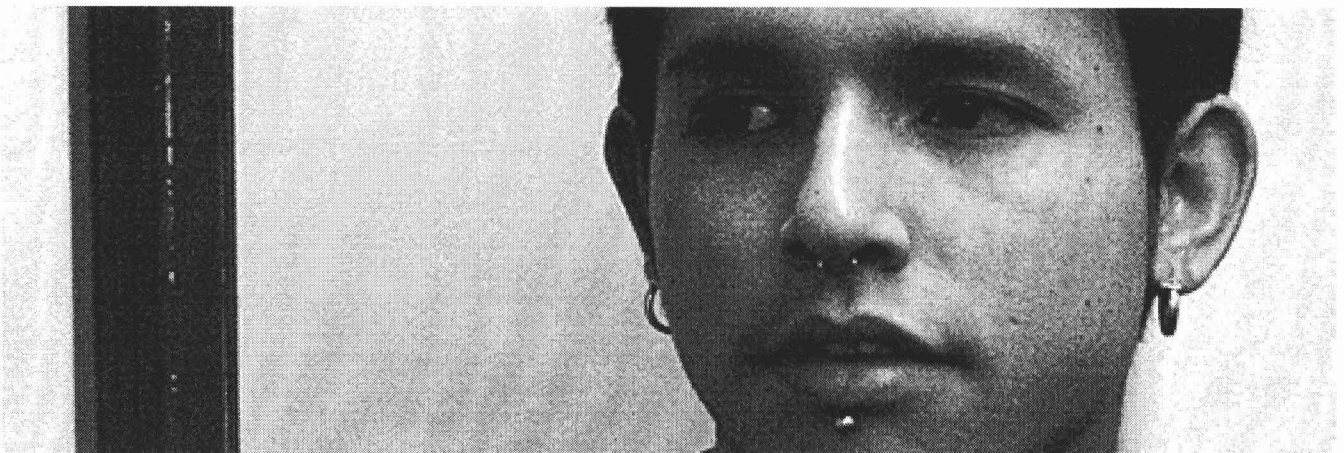
END

Crónica lúbrica(da): Metro, linea naranjada. Yo voy as yushual con mis audifonkis, mis pantos amedias nalguitas, mis perfos, nowadays con my pelona (las dos, una con arete) y mi actitú de buga mata jotás. Pero claro, reojeando a mis laredos pa ver si algo rico se aproxima. Estóico, sin hacer un solo movimiento en falso.

En no se ké estacion, se sube en la primer puerta del puti-joti-ruki-gachi-vagón, un machito ke se ve ps 2-3nzas, y ke aun con riartos a-100-tos desdesocupados se 'viene' hasta acá con la banda putañera. Pero oooh!, entre mis miradas estratégicas, cae una en el paketin 2-3 erecto de ese machito rudin, rapado like me, t-shir negra 2-3 pegadona, pero no tan puta como akellas ke me cagan. Un pantito de mezcla, no a medias nalgas, pero aguatable, mmhhh, chale, de las patas creo ni las vi. Seguramente no estaban chidas o les hubiera puesto mas atención.

El chiste man'ta, para no hacertela mas larga de lo ke la kisieras tener, pues te cuento. Se parkió en una puerta, enfrente de mi, pero como al lado. O sea, si entiendes no?? Y ps bueno, a darle!! el wey se empezo a masajear la verga, pero biiiiien mal pedo. Ke ps hasta a una vieja se la pararía. Y bueno, no soy vieja, pero tambien me la paró. Se metia la mano a la bolsa para hacerla crecer, despues por fuera la manoseaba, le marcaba el contorno encima de su panto, y ps weeeee. una rica verga al parecer.

Las estaciones pasaban, y el wey seguia manoseandose su verga, mientras todo el kerido público lo observaba. Yo pues cuando me acordaba volteaba a versela y el wey la manoceaba con mas efusion. Total, bueno. Creo ke iba a bajar en tacubaya, y ps ke se para junto a mi, de frente mio. A unos centimetros de mi y de la puerta y VERGA!! ke se levanta su pu-t-shirt do-va-ves: ASomandose por la orilla del panto, mas de media verga. en vivo y a todo color. Creo ke le llegaba mas arriba del ombligo... Una verga rikiiiiisima wey!!!!. Como la Indio litro: Ni clara, ni oscura; color perfecto, CUT, de unos 19 o 20 cms, gruesa, y se veia limpiecita. Se me antojo riarto una mamadita we, o una chaketiux. Y el wey empezaba a lagrimear, Y el hijo de la chingada, ke empieza a frotar con su dedo la punta de su rica verga pa embadurnar sus lagrimitas en el glande; Uuuuta wey!!, yo estaba ke me venia. Por supuesto, le veia la verga, y lo volteaba a ver. Veia verga, y veia cara. Tons, creo ke eso hizo abortar su operación de abandono de vagon, y ps decidio kedarse ya a mi lado. Chale, solo kedaban 2 estaciones para poder seguir viendo verga rica.



EL pedo aki, man'ta, ps es ke yo yegue a mi estación, y el wey en ves de bajarse conmigo, jaja, pues se kedo ahi, frotandose la verga y exhibiendose con el resto de la banda. Me chocan!! Jajaja. En fin, parecia ke era biiien zorrota, y cha, ahi si le saco wey. No vaya yo a pescar algo raro por andar de mamavergas y comemecos y ps luego pase a chingar tambien a mi skatito rico ke ps, la neta no le pide nada a naidien. Se ve rerudito, bien skatito, tiene sus perfos, su pistolita, ke no le mide lo mismo ke a ese wey, pero esta igual de rica, y ademas trae un arete, like mine.. Jeje. tons pues, ya ni le hice al lolo. Creo ke ya empieza a re-morderme (¿?) la consciencia cuando me porto mal. Pero se me pasa rápido. Jajajaja

En fin man'ta, ya vendran vergas mejores.

Notas del anexo Crónicas del putivagón

¹ Las crónicas que aparecen en este capítulo son de la autoría de Ugo, joven autor, y amigo muy querido, que hace de cada viaje en el Metro una aventura cómica-urbana-homoerótica en la que él es el personaje principal. Las historias que aquí aparecen están narradas de una forma anárquica y vertiginosa y se presentan en su redacción original —con dedazos y faltas ortográficas, gramaticales o sintácticas— para respetar por completo el estilo del autor.

² Lo propio y distintivo del nuevo periodismo es su lenguaje, su estilo, su diversidad de puntos de vista, sus caracterizaciones a través del habla de sus personajes o tomando en cuenta sus modos de vida y sus formas de pensar.

Campbell, Federico, *ídem*, pág. 112

³ Del estilo del periodista dependerá si escribe en tercera o en primera persona, aunque siempre es más cálida y verosímil la narración en primera persona porque le da al texto cierta intimidad, mayor verosimilitud y, sobre todo, porque así el cronista cumple un papel de testigo.

Campbell, Federico, *ídem*, Loc. cit.

**Bibliografía utilizada en
BAJO PROFUNDO. CRÓNICAS DESDE EL METRO**

Augé, Marc, *El viajero subterráneo, Un etnólogo en el metro*, Editorial Gedisa, Barcelona, España, 2002, 228 pp.

Campbell, Federico, *Periodismo escrito*, Alfaguara, México, 2002, 296 pp.

Elizondo, Salvador, *Farabeuf o La crónica de un instante*, Joaquín Mortiz, México, 1967, 284 pp.

Monsiváis, Carlos, *Los rituales del caos*, Era, México, 2001, 256 pp.

Tabucchi, Antonio, *El ángel negro*, Editorial Anagrama, Barcelona, España, 1998, 176 pp.

Ventós, Xavier Rubert de, *Ensayos sobre el desorden*, Editorial Kairós, Barcelona, España, 1976, 120 pp.

**Otros textos que inspiraron
BAJO PROFUNDO. CRÓNICAS DESDE EL METRO**

Augé, Marc, *Los no lugares, Espacios del anonimato, Una antropología de la sobremodernidad*, Editorial Gedisa, Barcelona, España, 128 pp.

Borbolla, Óscar de la, *Manual de creación literaria*, Nueva Imagen, México, 2002, 152 pp.

Davis, Flora, *La comunicación no verbal*, Alianza Editorial, Madrid, España, 2000, 272 pp.

Marín, Carlos, *Manual de periodismo*, Grijalbo, México, 2003, 352 pp.

Ortega y Gasset, José, *La rebelión de las masas*, Espasa, España, 2000, 296 pp.

Riesman, David, et al, *La muchedumbre solitaria*, Paidós, Barcelona, España, 1981, 376 pp.

Ruvalcaba, Eusebio, *Un hilito de sangre*, Editorial Planeta Mexicana, México, 2002, 184 pp.